

Salmos 89—95

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA**

Tomo 29, N.º 7

SALMOS 89—95

**Autor:
Eddie Cloer**

En búsqueda de
la misericordia de Dios (89) 3

Libro 4: Salmos 90—106 16

El lado frágil de la vida (90) 17

Dios, nuestra morada (91) 23

¿Prospera realmente
el impío? (92) 30

«Jehová reina»—
Incluso sobre los ríos (93) 36

Cómo vivir por encima
de la persecución (94) 40

Deberes supremos (95) 47

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.



**«Venid, aclamemos
alegremente a Jehová»
(95.1a).**

¿Cumplirá Dios una promesa? (Sal 89)

Crucial para el corazón y el alma de nuestra vida en Dios es la pregunta «¿Cumple Dios Sus promesas?». Si las cumple, el creyente no debería tener preocupaciones. Si Él no es digno de confianza, entonces el fundamento principal de nuestra relación con Él se desmorona. Todo corazón genuino tiene que preguntarse: «¿Qué evidencia tenemos de que Dios nos será fiel y cumplirá todas Sus promesas?».

Tenemos el testimonio de la historia. El autor miró atrás y vio la impecable fiabilidad de la palabra de Dios a lo largo de los años. Estaba en el exilio y le resultaba difícil conciliar lo que veía a su alrededor con lo que sabía acerca de Dios. Sin embargo, levantó los ojos por encima del desastre que le había acontecido a su nación y apreció en su corazón cómo Dios había actuado constante y fielmente para con Su pueblo. La historia le dijo que recordara que Dios siempre será fiel a quienes confían en Él.

Tenemos el testimonio de la naturaleza. La naturaleza se imagina a Dios declarando: «¡Soy constante!». El granjero depende de ella. Todo ser humano y todos los demás seres vivientes encuentran en ella su existencia.

Tenemos el testimonio del carácter de Dios. Cuando se estudia cuidadosamente Sus atributos (Sus grandes y perfectas cualidades de carácter), se sale del estudio con la comprensión de que es imposible que Dios mienta (He 6.18). Su santidad, justicia, pureza y compasión no dicen simplemente: «Él no mentirá»; afirman que «Él no puede mentir». Dios no desea ni puede negarse a Sí mismo.

El mundo ha visto el testimonio de Su Hijo Jesús. Cada vez que se ofrecía un sacrificio en tiempos del Antiguo Testamento, Dios le hizo una promesa a ese adorador. Le juró que un día, en la plenitud de los tiempos, se ofrecería por él el sacrificio completo y pleno. Los sacrificios de animales no podían expiar su pecado; sólo podían presagiar la verdadera expiación.

Cuando Jesús murió por nuestros pecados, Dios no sólo reconcilió al hombre consigo mismo, también se reivindicó ante el hombre. Pablo dijo que «Dios puso [a Cristo] como propiciación por medio de la fe en su sangre», y que fue «para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados» (Ro 3.25). En la cruz, Dios dio a conocer Su justa integridad para que todo el mundo la viera. La mostró públicamente. Nadie puede mirar la cruz sin contemplar la fidelidad de Dios, una confiabilidad que está escrita en la preciosa sangre real de Su Hijo.

Tenemos el testimonio del creyente del Antiguo Testamento y las experiencias del cristiano. ¿Puede alguien que ha seguido fielmente al Señor declarar que Dios no le ha sido fiel?

En cada época, Dios nos ha hecho tres promesas generales: ha prometido guía, protección y provisiones. Él ha dicho: «Te guiaré, te protegeré y te sustentaré mientras me sirvas». Todos los creyentes de todos los años, incluso aquellos que han recibido la corona de mártir, no han visto a Dios fallar en una sola palabra que ha dicho. Cuando Esteban se enfrentó a la lapidación de manos de una turba enojada, miró hacia arriba y vio la gloria de Jesús (Hch 7.55). Dios lo sostuvo en su hora difícil como dijo que lo haría. Mientras Pablo anticipaba la espada del verdugo, vio reflejada en ella, como si fuera un espejo, la corona de la victoria que le esperaba (2ª Ti 4.8). Dios lo fortaleció como lo había prometido. Lo que Dios le había prometido estaba en su corazón y eso le permitió ser fiel a la fe, fiel a la lucha y fiel hasta el final.

(Continúa en la página 15)

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2025 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU.

www.biblecourses.com

En búsqueda de la misericordia de Dios

El sobreescrito: Masquil de Etán ezraíta. El título etiqueta este salmo como un **Masquil** [מַשְׁכִּיל, *maškil*], designación que tiene que querer decir un salmo de enseñanza o contemplación. Además, el título, con su frase **de** [ל, *le*, «por», «para» o «a»] **Etán** [אֶתָּן, *'Eythan*] **ezraíta** [הַעֲזָרָחִי, *ha'ezrachí*], dice que esta composición tiene alguna conexión con «Etán». Este «Etán» era obviamente un sabio renombrado y, sin duda, un músico, como el Hemán del título del salmo anterior. Se eligió a un Etán para servir como músico durante los días de David (1° Cr 15.17, 19; 1° R 4.31). Sin embargo, el Etán de este título tuvo que haber vivido mucho después que el Etán de los días de David o fue el hombre que inspiró la escritura de un grupo de salmos como este. «Ezraíta», basándose en 1° Crónicas 2.6, se ha considerado como otro nombre para «zeraíta».

Con este salmo finaliza el Libro III del libro de Salmos. Sus características únicas lo distinguen de los salmos anteriores.

El tema general del salmo es cómo Dios estaba tratando con Su pueblo escogido. De ese amplio tema surge un repaso de cómo es Dios. La gran pregunta de la oración es ésta: «Si Dios es fiel y lleno de misericordia, ¿por qué no pone fin a la situación desesperada de Su pueblo?».

El género del salmo es difícil de identificar; parece ser una mezcla de tipos. Comienza con una alabanza jubilosa, continúa como un salmo de enseñanza y termina como un lamento.

En vista de que el salmo supone una predicción de Cristo (vea Lc 1.51 y Hch 13.22), se nos justifica que lo incluyamos en la lista de salmos mesiánicos. Además, podemos llamarle al salmo un «salmo real» porque su descripción de la fidelidad de Dios requiere una recitación de las promesas de Dios al rey. Puede que los salmos reales traten los temas del rey terrenal, Dios como Rey, la venida del Rey

mesiánico o una combinación de dos o todos ellos.

Se relatan tres verdades acerca del rey de Israel. El salmo describe al rey como el hijo adoptivo de Dios (vv. 26, 27). Dice además que se le dio la promesa de la continuidad de su reino para siempre (vv. 1–4). Lo presenta como dotado de la rectitud y la justicia de Dios para gobernar al pueblo de Dios (v. 14).

El idealismo presentado en los salmos reales para el rey terrenal contiene sin duda implicaciones mesiánicas. Las perfectas cualidades atribuidas al rey sólo podrían haber sido cumplidas parcialmente por los reyes davídicos.

El pacto que Dios hizo con David se presenta como la base subyacente del llamamiento que se hace en la oración. Dios dijo que Su reino duraría perpetuamente (vv. 1–4, 19–37), sin embargo, es como si el autor hubiera observado una violación del pacto que se hizo (vv. 38–45). Dios había permitido que el reino fuera vencido y cayera. De esta manera, el fundamento de la petición del salmista lo constituye una reflexión detallada sobre Su promesa a David.

Había transcurrido un tiempo considerable entre los días de David y la escritura de este salmo (vv. 19, 49). Los muros de Jerusalén habían sido derribados y sus fortalezas habían quedado reducidas a ruinas (v. 40). El rey había sido destronado y tratado de manera vergonzosa (vv. 44, 45). Los días del cautiverio de Joaquín (597 a.C.; 2° R 24.10–16), de Sedequías y de la caída de Jerusalén (586 a.C.; 2° R 25.1–21) parece encajar mejor con el escenario del salmo. Después de que el reino se derrumbó, las almas justas que anhelaban su restauración tuvieron que haber orado fervientemente por su resurrección.

LA BONDAD DE DIOS (89.1–4)

¹Las misericordias de Jehová cantaré perpetuamente;

De generación en generación haré notoria tu fidelidad con mi boca.

²Porque dije: Para siempre será edificada misericordia;

En los cielos mismos afirmarás tu verdad.

³Hice pacto con mi escogido;

Juré a David mi siervo, diciendo:

**⁴Para siempre confirmaré tu descendencia,
Y edificaré tu trono por todas las generaciones.**

Selah

Versículo 1. Esta extensa oración comienza con un anuncio de la noble resolución del autor de alabar a su Dios. **Las misericordias de Jehová cantaré perpetuamente**, ora. Los salmos, como unidad magnífica de las Escrituras, declaran de diversas maneras el significado de la palabra «misericordia» para la era del Antiguo Testamento. Lo apropiado de esta palabra radica en su descripción de la lealtad de pacto de Dios. El salmista usa una forma hebrea plural que quiere decir «misericordia» (חַסְדֵּי, *chasdey*). Su palabra puede traducirse literalmente como «misericordia» o «actos de amor»; y lo pone como primera palabra de su declaración para darle mayor énfasis.

Esta hermosa introducción refleja la relación del salmista con el Señor y su intención de cantar el amor de pacto de Dios para con Su pueblo a cada generación. Él dice: **De generación en generación haré notoria tu fidelidad con mi boca**. No sólo alabará a Dios, también dará a conocer las buenas obras de Dios a otros mediante su canto/oración y sus conversaciones, incluso «de generación en generación» después de él. El mensaje que quiere dar a los que vendrán después de él es la verdad abarcadora de que Dios le otorga a Su pueblo un amor de pacto fiel.

Versículo 2. Su visión de la gracia de Dios se ha desarrollado a lo largo de su vida con Dios y su fiel estudio de Dios. **Porque dije: Para siempre será edificada misericordia**. El autor ha llegado a una conclusión que comienza con la frase «Porque dije». Ha observado que Dios ha «edificado» (בָּנָה, *b'nah*) y «afirmará» (כִּוְנָה, *kun*) Su misericordia y fidelidad. Quizás su figura proviene de la tierna afirmación de Dios a David de que le «edificaría» una casa. David había resuelto construir una casa para Dios; sin embargo Dios dijo: «No puedo

permitirte que lo hagas, pero es bueno que esto esté en tu corazón. Sin embargo, yo te construiré una casa» (vea 2° S 7.5–7). Utilizando la figura de la construcción, el autor dice que Dios ha estado construyendo una casa de misericordia y fidelidad en el pasado. Con la adición de pieza tras pieza, la casa se ha convertido en un palacio. Con cada expresión de Su gracia, se ha vuelto más alta, más hermosa y más fuerte. Una nueva piedra es colocada cada vez que Dios demuestra Su preocupación por Su pueblo.

En los cielos mismos afirmarás tu verdad. Entre las huestes celestiales, Dios ha fijado o puesto en práctica la realidad de Su fidelidad. Además, se pueden mirar los cielos físicos, el firmamento y los cuerpos celestes del espacio infinito y ver la constancia de Dios, quien no es caprichoso ni casual. Así, Su fidelidad a David es confirmada en el cielo en presencia de los ángeles y se reafirma en el testimonio de las estrellas sobre nosotros y del mundo que nos rodea.

Versículos 3, 4. Sin notificación expresa al lector, se produce un cambio de hablante, y Dios hace una declaración sobre lo que ha hecho. Dice que Su misericordia y fidelidad son especialmente evidentes en Su pacto con Su pueblo. **Hice pacto con mi escogido**. Estos dos versículos contienen la idea central del anuncio que Natán le hizo a David en 2° Samuel 7.12–14. El pacto davídico de Dios se analiza detalladamente en los versículos 19 al 25, sin embargo, la idea aquí es que Dios ha dado Su palabra. Le hizo una promesa a David que jamás fallará.

La cualidad duradera del acuerdo de Dios descansa en Dios, no en las debilidades del hombre. Al hacer Su promesa, Dios puso énfasis en Su integridad, no en la dedicación de David. Él dice: **Juré a David mi siervo**. A David se le llama «mi escogido» y «mi siervo». La primera denominación indica que David fue objeto de selección divina. La segunda muestra que David sería el rey de Dios, el representante terrenal de Dios, y Dios señorearía por medio de él. Recibió esta alta posición con un propósito santo, a saber: David había de ejecutar la voluntad de Dios en la tierra.

El autor menciona dos palabras con respecto a la promesa hecha por Dios: «jurar» y «pacto». En el relato de la promesa a David en 2° Samuel 7, la palabra «pacto» no se usó ni se describió a Dios haciendo un juramento acerca de la promesa. Sin embargo, ambas ideas tienen que estar implícitas en lo dicho. En la referencia que David hace a este

pacto en su último cántico en 2º Samuel 23, habló del mismo como un «pacto perpetuo», expresión que sin duda implicaba un juramento de confirmación.

El núcleo de la promesa era que los descendientes de David reinarían después de él en este trono. Dios dijo: **Para siempre confirmaré tu descendencia, y edificaré tu trono por todas las generaciones.** El Señor garantizó la perpetuidad de la dinastía davídica. Se encargaría de que sus hijos lo siguieran en sucesivos reinados y así extendería el trono de David al futuro. Dios afirmó que cumpliría fielmente esta promesa divina. Él «confirmaría» la descendencia de David cumpliendo Su promesa a lo largo del tiempo, y «edificaría [su] trono» extendiéndolo a las generaciones venideras.

Se debe considerar de manera solemne con aprecio y santa reverencia la asombrosa promesa respecto al trono davídico. **Selah** sugiere que el lector haga una pausa y medite sobre lo dicho.

SU ABSOLUTA FIDELIDAD (89.5–10)

⁵**Celebrarán los cielos tus maravillas, oh Jehová,**

Tu verdad también en la congregación de los santos.

⁶**Porque ¿quién en los cielos se igualará a Jehová?**

¿Quién será semejante a Jehová entre los hijos de los potentados?

⁷**Dios temible en la gran congregación de los santos,**

Y formidable sobre todos cuantos están alrededor de él.

⁸**Oh Jehová, Dios de los ejércitos, ¿Quién como tú? Poderoso eres, Jehová, Y tu fidelidad te rodea.**

⁹**Tú tienes dominio sobre la braveza del mar; Cuando se levantan sus ondas, tú las sosiegas.**

¹⁰**Tú quebrantaste a Rahab como a herido de muerte;**

Con tu brazo poderoso esparciste a tus enemigos.

Versículo 5. En esta parte de su oración, el salmista cambia su mirada de la tierra al cielo. Observa cómo las huestes celestiales ensalzan a Dios por Sus actos de bondad para con Su pueblo. **Celebrarán los cielos tus maravillas, oh Jehová, tu verdad también en la congregación de los santos.** «Los cielos» y «la congregación de los santos» son sinónimos paralelos. «Los cielos» representa

la totalidad de los seres celestiales, mientras que «los santos» transmite el carácter de estos seres divinos. Los ángeles son «santos»; sin embargo, adoran a Dios todopoderoso, Aquel que posee la santidad como cualidad inherente y perfecta.

¿Cómo ven a Dios las huestes celestiales? Se le alaba por Sus «maravillas», por lo que hace y ha hecho por Su pueblo en la tierra. «Maravillas» (מִלְּפָא, *pala'*) es singular en el texto hebreo. Sin duda representa toda la gama de Sus maravillosos actos para con Su pueblo, viéndolos como una gran acción. La mayoría de las traducciones del Antiguo Testamento la traducen como palabra plural. Los ángeles contemplan Su «verdad» y lo alaban.

Versículos 6–8. ¿Quién puede mirar a Dios y no observar Su singularidad? **Porque ¿quién en los cielos se igualará a Jehová? ¿Quién será semejante a Jehová entre los hijos de los potentados? Dios temible en la gran congregación de los santos, y formidable sobre todos cuantos están alrededor de él.** Dios está totalmente aparte de cualquier otro ser, incluso de los seres celestiales. Él es Dios y nadie más se acerca a Su grandeza. Él es el «completamente otro». Debido a Su naturaleza única y majestad, «los hijos de los potentados» en el cielo le adoran. La frase «los hijos de los potentados» en el versículo 6 es una traducción interpretativa de la palabra hebrea para «dioses» (אֱלֹהִים, *'elim*). Esta palabra exacta se encuentra nuevamente en el libro de Salmos, en 29.1. La palabra parece enfatizar el poder y la fuerza de los ángeles, y este hecho ha dado lugar a la traducción bastante vaga «los hijos de los potentados».

Dios no sólo tiene el deseo de cumplir Sus promesas, también tiene la capacidad de hacer lo que ha prometido. Tiene integridad y poder, rectitud y poder real. Nada ni nadie puede hacer lo que Él ha hecho o puede hacer. Nadie, ni siquiera el más poderoso de los ángeles, es tan temible y grandioso como Dios (89.7).

La corte celestial que lo rodea lo reconoce por Su trascendencia y poder. La palabra para «temible» (אָרָט, *'arats*) en el versículo 7 es una palabra fuerte que connota «pavor» o «terror» y transmite absoluta reverencia a Él. No es el temor vergonzoso que se podría tener ante un tirano, sino la que acentúa el reconocimiento total de la grandeza, santidad y trascendencia de Dios. Los seres celestiales están asombrados por el esplendor, la gloria, el poder y la fidelidad de Dios. Están limitados por los atributos inaccesibles de Dios y se inclinan y lo adoran.

Se plantean tres preguntas para subrayar la soberanía, la grandeza y la santidad de Dios: «¿Quién [...] se igualará a Jehová?» (v. 6); «¿Quién será semejante a Jehová...?» (vv. 6, 7); «¿Quién como tú? Poderoso eres, Jehová» (v. 8). Debido a Su auto existencia y Sus atributos auto irradiantes, Él es el incomparable, Aquel que se distingue de todos los demás seres terrenales o celestiales.

Uno de los grandes rasgos de Dios que suscita alabanza de quienes están cerca de Él es Su fidelidad. **Oh Jehová, Dios de los ejércitos, ¿Quién como tú? Poderoso eres, Jehová.** Dios es «Yahvé, Dios de los ejércitos». La palabra hebrea para «ejércitos» (הִיאָוֶה, *ts'ba'oth*) declara Su liderazgo sobre los seres celestiales. Él es el Capitán del mayor e invencible de todos los ejércitos, «los ejércitos» del cielo. La pregunta «¿Quién como tú? Poderoso eres, Jehová» nos remonta al canto de redención que se cantó después del cruce milagroso del mar Rojo. (Vea Ex 15.11.)

La frase «Poderoso eres, Jehová» tiene la forma abreviada de «Yahvé» (יְהוָה, *Yah*). Debido al tema de esta oración, se resalta y alaba especialmente la fuerza y la fidelidad de Dios. **Y tu fidelidad te rodea.** La «fidelidad», dice la oración, lo rodea como un manto brillante envuelto alrededor de un rey. Su autoridad es incuestionable. Su lealtad al pacto surge de Su ser y personalidad y jamás puede dudarse de ella.

Versículo 9. Como Gobernante soberano del cielo y de todas las personas, también reina supremamente sobre el universo físico. El autor dice: **Tú tienes dominio sobre la braveza del mar; cuando se levantan sus ondas, tú las sosiegas.** En el texto hebreo, el pronombre «Tú» es colocado de primero en la oración para dar énfasis. La palabra para «braveza» (גְּאוּת, *ge'uth*) puede traducirse como «orgullo». Dios habla, y hasta la furia del mar que se agita en su orgullo, el poder más formidable de la naturaleza, se somete a Su voluntad. Les dice a las olas cuándo espumar y rugir y cuándo callar, y ellas le obedecen.

Versículo 10. La historia da testimonio de Su mano todopoderosa. Una persona puede mirar sus páginas y ver con qué facilidad ha derrotado a los enemigos de Su pueblo. **Tú quebrantaste a Rahab como a herido de muerte; con tu brazo poderoso esparciste a tus enemigos.** Con Su gran «brazo», destruyó a «Rahab» y dejó a sus soldados muertos en el mar y a la orilla del mar. «Rahab» (רַהַב, *rahab*), una referencia figurativa a los monstruos del mar, como el Leviatán, se utiliza aquí como

una referencia críptica a potencias hostiles agresivas, especialmente Egipto. Ningún ejército ni alianza puede resistirse a Su poder. Cuando pasa por en medio, deja a los ejércitos más poderosos esparcidos a lo largo del paisaje, destrozados y humillados.

SU PODER CREADOR (89.11–13)

¹¹Tuyos son los cielos, tuya también la tierra; El mundo y su plenitud, tú lo fundaste.

¹²El norte y el sur, tú los creaste; El Tabor y el Hermón cantarán en tu nombre.

¹³Tuyo es el brazo potente; Fuerte es tu mano, exaltada tu diestra.

Versículo 11. Continuando y ampliando la idea anterior, el autor describe a Dios como el Señor soberano del universo. No existe nadie en la tierra ni en el cielo que no esté sujeto a Él. **Tuyos son los cielos, tuya también la tierra.** El hebreo dice «A ti los cielos y también a ti la tierra». Cuando se añaden los verbos, la dimensión del Señorío de Dios es expresada: «Para ti son los cielos, y también para ti es la tierra». En la segunda línea, lo dice de otra manera, usando sólo el punto de vista dirigido a la tierra: **El mundo y su plenitud, tú lo fundaste.** Todo lo que hay dentro de la tierra pertenece a Aquel que es su Creador. Señorea por derecho de creación y por supremacía soberana.

Versículo 12. Su dominio corre de norte, sur, este, y oeste, cubriendo todo el espacio y el tiempo. **El norte y el sur, tú los creaste; el Tabor y el Hermón cantarán en tu nombre.** «Tabor» y «Hermón», dos de las montes más llamativos y pintorescos de Palestina, pueden representar el este y el oeste. «Hermón» se encuentra en la parte más septentrional de Palestina, con una altura de poco más de 3080 metros; y «Tabor» se encuentra a ochenta kilómetros al suroeste de Hermón, con una altura de unos 548 metros. Estos dos montes se elevan majestuosamente sobre el paisaje y declaran al unísono con el resto de la naturaleza la alabanza de su Creador. Alaban a Dios, gritando de alegría ante Su nombre. Al utilizar la personificación, el autor describe que están alabando a Dios simplemente por medio de aquello para lo que fueron creados.

Versículo 13. El Señor de la naturaleza, que creó los cielos y la tierra, es sin duda el Dios de Su pueblo. Con lenguaje antropomórfico, el poder de Dios es descrito en términos que normalmente se

usarían para describir la fuerza de un hombre. **Tuyo es el brazo potente; fuerte es tu mano, exaltada tu diestra.** Su «brazo», Su «mano» y Su «diestra» representan en sentido figurado Su asombrosa fuerza y sugieren que Él ejerce ese poder a favor de aquellos que confían en Él. Dios es espíritu y no tiene forma física como la tienen los hombres, sin embargo, Sus manifestaciones de poder pueden caracterizarse como acciones de Su mano y brazo. Su brazo es poderoso; Su diestra está levantada mientras actúa a favor de Su pueblo.

EL CIMIENTO DE SU TRONO (89.14–18)

¹⁴Justicia y juicio son el cimiento de tu trono; Misericordia y verdad van delante de tu rostro.

¹⁵Bienaventurado el pueblo que sabe aclamar-te;

Andará, oh Jehová, a la luz de tu rostro.

¹⁶En tu nombre se alegrará todo el día, Y en tu justicia será enaltecido.

¹⁷Porque tú eres la gloria de su potencia, Y por tu buena voluntad acrecentarás nuestro poder.

¹⁸Porque Jehová es nuestro escudo, Y nuestro rey es el Santo de Israel.

Versículo 14. Este Señor, que creó los cielos y la tierra, el Dios de los ángeles y de los hombres, posee santidad y fiabilidad. El autor puede decir: **Justicia y juicio son el cimiento de tu trono.** Su «trono», que representa Su señorío universal, descansa sobre los impresionantes atributos de «justicia» y «juicio». La «justicia» es el gran principio de la santidad pura. La palabra hebrea actual que se usa para «juicio» (משפט, *mishpat*) indica la aplicación de la justicia en los asuntos de los hombres. En consecuencia, la justicia, el juicio, la misericordia y la verdad proporcionan la base del señorío de Dios. ¡Cuán alentador debería ser para todas las personas, tanto las quebrantadas como las exitosas, que la justicia y el juicio perfectos prevalecen en todas Sus decisiones y acciones!

Misericordia y verdad van delante de tu rostro. Siempre y dondequiera que Él haya ido para salvar y liberar, para exaltar y fortalecer, la «misericordia» (Su gracia de pacto) y la «verdad» (Sus palabras de integridad) han preparado el camino y han sido parte de Su presencia. Su palacio de amor descansa sobre la justicia y el juicio, y en todos Sus viajes le acompañan Sus heraldos de la

gracia y la verdad.

Versículo 15. Aquellos que confían en Dios reciben las mayores bendiciones. **Bienaventurado el pueblo que sabe aclamar-te; andará, oh Jehová, a la luz de tu rostro.** Las personas que entienden quién es Dios y confían en Él son receptoras de múltiples dones. La palabra «bienaventurado» (אַשְׁרֵי, *'ashrey*) es plural y sugiere la plenitud de la bondad de Dios para con los fieles.

«Andar [...] a la luz» de Su «rostro» es vivir bajo la luz del sol de Su rostro sonriente, estar en la esfera de Su comunión aprobadora. Aquellos que verdaderamente conocen a Dios y viven en Él están rodeados de Su gracia y bondad sustentadoras.

Dios no aprobará el pecado, sin embargo, sí aprueba y envuelve de bondad a quienes ponen su fe en Él. Él perdonará sus pecados y los salvará en la vida y en la muerte. Si bien Él tratará adecuadamente con el pecado de los rebeldes en el momento que Él elija, no quebrantará ninguna promesa que haya hecho a aquellos en Su pacto.

Versículo 16. En Su comunión hay disfrutes para siempre. **En tu nombre se alegrará todo el día, y en tu justicia será enaltecido.** Aquellos que viven a la sombra de Su presencia se llenan de abundante gozo espiritual. Sus corazones se regocijan al oír Su nombre. La mera mención de Él inunda sus mentes con el recuerdo de Sus perfectas cualidades. Por Su carácter grande y santo, son elevados ante Sus ojos y en la apreciación de todos los que respetan lo santo y lo bueno. El ser y la personalidad de Dios no sólo salvan a Su pueblo, también lo elevan haciéndolos santo como Él es santo.

Versículo 17. Dios siempre ha sido el poder dentro y detrás de las personas que confían en Él. Los que le conocen pueden decir: **Porque tú eres la gloria de su potencia, y por tu buena voluntad acrecentarás nuestro poder.** Su pueblo sabe que todo lo que son y todo lo que tienen puede atribuirse a su relación con Él y a las expresiones de Su bondad que recaen sobre ellos. A Dios le dan honor y gloria; y Él, a su vez, les concede bendiciones similares. Dios le extiende Su favor de aprobación a Su pueblo realzando la fuerza de ellos, haciendo de su vitalidad la admiración de otros que la ven y participan de ella.

Versículo 18. Con preocupación providencial, Dios se cierne sobre Su pueblo como si fuera un gran escudo. **Porque Jehová es nuestro escudo, y nuestro rey es el Santo de Israel.** El «escudo» mencionado por el salmista es el escudo grande,

el **מָגֵן** (*magen*), que envuelve y cubre por completo. Dios es el refugio y el gobierno de Israel. El pueblo del pacto acude a Él en busca de liderazgo y fortaleza. Ha prometido guiar, proteger y proveerle a Su pueblo; y Su pueblo ha prometido poner su confianza en Él.

Para alegría de ellos, Su protección se extiende al rey de Su nación. Su bienestar y habilidades están en Sus manos. La frase «Santo de Israel» resalta la santidad y el carácter justo del Dios de Israel. Su rey está en buenas manos, porque lo dirige el Santo, el Justo, el Dios verdadero.

SU NATURALEZA GUARDADORA DEL PACTO (89.19–29)

¹⁹**Entonces hablaste en visión a tu santo,
Y dijiste: He puesto el socorro sobre uno que
es poderoso;**

He exaltado a un escogido de mi pueblo.

²⁰**Hallé a David mi siervo;**

Lo ungí con mi santa unción.

²¹**Mi mano estará siempre con él,**

Mi brazo también lo fortalecerá.

²²**No lo sorprenderá el enemigo,**

Ni hijo de iniquidad lo quebrantará;

²³**Sino que quebrantaré delante de él a sus
enemigos,**

Y heriré a los que le aborrecen.

²⁴**Mi verdad y mi misericordia estarán con él,
Y en mi nombre será exaltado su poder.**

²⁵**Asimismo pondré su mano sobre el mar,
Y sobre los ríos su diestra.**

²⁶**Él me clamará: Mi padre eres tú,
Mi Dios, y la roca de mi salvación.**

²⁷**Yo también le pondré por primogénito,
El más excelso de los reyes de la tierra.**

²⁸**Para siempre le conservaré mi misericordia,
Y mi pacto será firme con él.**

²⁹**Pondré su descendencia para siempre,
Y su trono como los días de los cielos.**

La siguiente porción de la oración, versículos 19 al 37, sirve como base sobre la cual se hace la apelación final de la oración. La petición surge de una lectura de la respuesta que Dios le dio a David por medio de Natán en 2º Samuel 7. David se había propuesto construir una casa para Dios; sin embargo, Dios dijo: «No, yo te construiré una casa».

Versículo 19. Cualquier alabanza de la fidelidad de Dios tiene que incluir exaltar a Dios como

el Dios que hace pactos. Él construye Sus relaciones con Su pueblo sobre los acuerdos divinos que ha hecho con ellos.

El autor le recuerda a Dios Su antiguo pacto hecho con David: **Entonces hablaste en visión a tu santo, y dijiste: He puesto el socorro sobre uno que es poderoso; he exaltado a un escogido de mi pueblo.** Con un lenguaje exaltado, David es identificado como el elegido de Dios, aquel por medio del que se cumplirán Sus propósitos. La idea es que Dios ha revelado el plan que decretó a Su pueblo especial. La palabra «santo» ha sido interpretada de diversas maneras. El texto hebreo la tiene en plural, pese a que la Reina-Valera la traduce en singular, insinuando que Natán o David son el principal destinatario de la visión. Sin embargo, cuando se honra la pluralidad del texto hebreo, nos vemos obligados a ver la frase como una referencia a Israel en general o a Natán y Samuel como Sus profetas que estuvieron involucrados en la revelación.

La intención de Dios era elevar a una persona de carácter admirable a un lugar de liderazgo y éxito como Su representante terrenal. El salmista recuerda Su anuncio de que ha «puesto el socorro sobre uno que es poderoso» o bien calificado para el puesto. Dios planeó no sólo conferirle el cargo real, sino también fortalecerlo para cumplirlo.

Versículo 20. Cuando Dios cumplió la promesa, colocó la corona sobre la cabeza de David y lo hizo rey. **Hallé a David mi siervo; lo ungí con mi santa unción.** Los reyes y sacerdotes eran consagrados simbólicamente en sus cargos derramando aceite sobre sus cabezas. Por medio de Samuel, Dios buscó y ungio a David para ser rey de Su pueblo. (Vea 1º S 16.13.) Para ser exactos, David fue ungido tres veces. En tres etapas, el profeta Samuel, la tribu de Judá y todo Israel derramaron aceite sobre su cabeza para designarlo como su rey. (Vea 2º S 2.4; 5.3.)

Versículo 21. Dios le aseguró a David que uniría Sus promesas con Su poder, y guiaría a aquel a quien había elegido. **Mi mano estará siempre con él, mi brazo también lo fortalecerá.** La «mano» de Dios estaría con él y usaría Su «brazo» para fortalecerlo. Estas descripciones antropomórficas representan el otorgamiento del poder y la presencia de Dios. Sería evidente para los hombres y las naciones que Su poder moraba con David. Su «mano» lo colocaría firmemente en esta posición de realeza, y Su «brazo» le daría el poder y la sabiduría providencial para permitirle llevar a cabo

la voluntad de Dios. Se puede ver esta promesa cumplida en pasajes como 1º Samuel 18.12, 14 y 2º Samuel 5.10, que usan frases equivalentes a «Dios estaba con él».

Versículo 22. Junto a las promesas de Dios, si estamos dispuestos a recibirlas, siempre vienen Su protección y blindaje. **No lo sorprenderá el enemigo, ni hijo de iniquidad lo quebrantará.** Dios velaría por David, protegiéndolo para que pudiera cumplir Sus propósitos. Le daría poder para que ningún enemigo pudiera destruirlo y lo escondería del poder destructivo del mal.

El «hijo de iniquidad» encarna una referencia a Saúl, quien persiguió a David durante quince años antes de su ascenso al trono. Saúl buscó destruir a David, sin embargo, Dios le impidió afligir a Su elegido.

Por necesidad, Dios cumple Su voluntad en relación con la naturaleza moral libre de la voluntad humana. David perdió la protección de Dios cuando permitió que el mal infestara su corazón, lo que dio como resultado su pecado con Betsabé y otros pecados que siguieron. En la promesa inicial, Dios le había dicho a David acerca de su descendiente: «Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo. Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres» (2º S 7.14). Con excepción de este grave error y algunos otros no tan conocidos, David vivió con el corazón de Dios; y Dios obró por medio de él, llevando a cabo Su plan divino.

Versículo 23. Dios prometió: **Sino que quebrantaré delante de él a sus enemigos, y heriré a los que le aborrecen.** Entre las promesas hechas a David estaban las garantías de éxito militar (vv. 22, 23) y expansión territorial (v. 25). En relación con estos, la historia da testimonio de la fidelidad de Dios. Era como si Dios fuera delante de él en cada conflicto y derrotara al enemigo antes de que llegara David. Esta amplia declaración se deriva sin duda de las palabras que Dios le dijo a Natán acerca de David: «y he estado contigo en todo cuanto has andado, y delante de ti he destruido a todos tus enemigos» (2º S 7.9a).

Versículo 24. Específicamente, a David le fue prometido el gran carácter de Dios. **Mi verdad y mi misericordia estarán con él, y en mi nombre será exaltado su poder.** Conocería la «misericordia» y la «verdad» de Dios, porque por ellas sería sostenido en el pacto que Dios había hecho con él. En el nombre de Dios y por medio de él, la fuerza de David sería multiplicada. La palabra «poder»

representa las habilidades y fortalezas de David que aumentarían y se magnificarían mediante el empoderamiento de Dios.

Versículo 25. Su reino tendría alcance y dominio extensos. Dios dijo: **Asimismo pondré su mano sobre el mar, y sobre los ríos su diestra.** Poner «su mano sobre el mar» y «sobre los ríos su diestra» en sentido figurado transmiten la expansión y conquista que experimentaría la soberanía de David. Una promesa de tierra similar es hecha en Génesis 15.18, Éxodo 23.31, Deuteronomio 11.24 y 1º Reyes 4.24. Las dimensiones generales del territorio prometido se extienden desde el Mediterráneo al oeste hasta el Éufrates al noreste.

Versículo 26. En tiempos de dificultad, David clamaba a Dios, y Dios lo libraría. **Él me clamará: Mi padre eres tú, mi Dios, y la roca de mi salvación.** Cuando surgían problemas y David estaba siendo sofocado por sus enemigos u otras dificultades, clamaba en oración a Dios, y la liberación sería otorgada. La palabra «roca» habla de firmeza e invencibilidad. En las tormentas Dios sería su refugio inexpugnable.

Esta parte de la oración (vv. 19–26) cubre las promesas divinas hechas a David como rey. Sin embargo, desde los versículos 27 al 36, se le da más énfasis a la dinastía davídica.

Versículo 27. En la gracia de Dios, David y sus descendientes serían exaltados. **Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra.** La terminología utilizada se vuelve aún más exaltada a medida que el enfoque cambia a las promesas que se aplicarían a la sucesión davídica y culminarían en Jesús, el ungido de Dios (el Mesías). La raíz hebrea para «ungido» en los versículos 20, 38 y 51 es la misma raíz para «Mesías».

«Primogénito» sugiere «honor» y «privilegio». Dios consideraría a David como Su primogénito en el sentido de que le daría un lugar de prestigio y renombre. Sería el rey más grande o más excelso de la tierra por las promesas que se iban a cumplir por medio de él. Su nombre sería engrandecido.

Versículo 28. La fidelidad de Dios sería expresada a David y sus descendientes por medio de Su misericordia. Dios afirmó: **Para siempre le conservaré mi misericordia, y mi pacto será firme con él.** Las cualidades supremas de la «misericordia», como la verdad y la fidelidad de pacto, se hacen evidentes a lo largo de esta parte de la oración (vv. 28, 33, 34). Las promesas del pacto se repiten en los versículos 35 al 37, con énfasis en la integridad

de Dios en hacer el pacto y en Su constancia al mantener su cualidad eterna. A David se le dijo por medio de Natán: «pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de ti» (2° S 7.15).

Versículo 29. Este pacto afectaría no sólo a David, sino también a generaciones futuras. Dios garantizó longevidad a este reino único. **Pondré su descendencia para siempre, y su trono como los días de los cielos.** El énfasis en esta parte de la oración está en la característica perdurable del pacto. En el lenguaje elevado de los versículos 26 al 29, se pretende mucho más que simplemente la preservación del reino terrenal de David. Las palabras nos llevan más allá del reino físico de David al reinado espiritual de Cristo que comenzó en Pentecostés (Hch 2.22–25).

LAS CONSECUENCIAS DE LA DESOBEDIENCIA (89.30–37)

³⁰**Si dejaren sus hijos mi ley,
Y no anduvieren en mis juicios,**
³¹**Si profanaren mis estatutos,
Y no guardaren mis mandamientos,**
³²**Entonces castigaré con vara su rebelión,
Y con azotes sus iniquidades.**
³³**Mas no quitaré de él mi misericordia,
Ni falsearé mi verdad.**
³⁴**No olvidaré mi pacto,
Ni mudaré lo que ha salido de mis labios.**
³⁵**Una vez he jurado por mi santidad,
Y no mentiré a David.**
³⁶**Su descendencia será para siempre,
Y su trono como el sol delante de mí.**
³⁷**Como la luna será firme para siempre,
Y como un testigo fiel en el cielo. Selah**

Versículo 30. Los acuerdos de Dios son condicionales. Por esta razón, Dios especificó las obligaciones subyacentes de Su pacto con dos cláusulas condicionales: **Si dejaren sus hijos mi ley, y no anduvieren en mis juicios....**

Versículo 31. **Si profanaren mis estatutos, y no guardaren mis mandamientos.** La calificación del versículo anterior se reafirma con una línea poética sinónima que coloca «profanen» en lugar de «dejaren», «estatutos» en lugar de «ley» y «mandamientos» en lugar de «juicios». Entonces, se usan como sinónimos de desobediencia cuatro frases: «dejaren [...] mi ley», «no anduvieren en mis juicios», «profanaren mis estatutos» y «no

guardaren mis mandamientos».

La fe en Dios incluye inherentemente obediencia a los requisitos de Su pacto. La condición escrita con más detalle podría verse así: «Si los hijos de David pecan, incurrirán en Mi disciplina, corrección y juicio». Cuando no se cumple la parte del hombre en el pacto, se causa un gran daño y Dios tiene que ejercer Su justo rechazo del pecado. La desobediencia no sólo afectará al culpable, también afectará la forma en que Dios cumple Sus promesas.

Versículo 32. La justicia moral de Dios sería provocada por la rebelión de Su pueblo. Él dijo: **Entonces castigaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades.** Siempre se le advierte a Su pueblo que Él exigirá fidelidad de ellos, así como Su justicia exige fidelidad de Él.

La desobediencia no puede hacer más que traer castigo. «Vara» y «azotes» sugieren la severidad del castigo que requiere el pecado. De la manera como un padre castiga o disciplina a su hijo, es apropiado que Dios reprenda y corrija a Su nación.

Versículo 33. Los juicios de Dios, aunque necesarios, no niegan Su misericordia o fidelidad. **Mas no quitaré de él mi misericordia, ni falsearé mi verdad.** La «misericordia» de la que se habla está dentro de los límites de Su pacto. Su gracia no excusa el pecado de Su pueblo, aunque Su gracia está siempre presente y siempre activa. No puede «falsear» con Su pueblo. La «verdad» es la base de Su carácter, y nada de lo que haga el hombre puede cambiar Sus cualidades inherentes.

La pecaminosidad del hombre no pone fin a la fidelidad de Dios con respecto a Sus responsabilidades por el pacto; sin embargo, nuestra pecaminosidad puede hacer que sea necesario que Dios altere la forma en que cumplirá Su divina Palabra.

Versículo 34. Dado que Su palabra no puede ser quebrantada, cualquier falla en relación con el pacto no vendrá de Dios. **No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios.** El carácter santo de Dios le impide retractarse de cualquier cosa que haya dicho. Lo que el hombre haga o no haga no puede obligar a Dios, bajo ninguna circunstancia, a negar o repudiar cualquier compromiso que haya hecho con el hombre.

Versículo 35. Cuando Dios ha celebrado Sus pactos con el hombre, ha dispuesto Sus atributos eternos como una garantía compuesta de Su integridad. En cuanto a Su promesa a Israel, dijo: **Una vez he jurado por mi santidad, y no mentiré a David.** Dios sería fiel, independientemente de lo

que hiciera Su pueblo. Usaría un remanente, una minoría santa si fuera necesario, para mantener Su pacto en vigor.

Versículo 36. Su elección soberana de David y su descendencia sería un pacto eterno y duraría tanto como el mundo creado. **Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de mí.** El sol y la luna son continuamente testigos silenciosos del poder de Dios, de Su genio creativo y (como implica esta oración) de la calidad eterna de Su pacto. El sol, como característica eterna del mundo creado, ilustra el aspecto perpetuo del pacto. Esta parte de la oración toca sin duda la fase espiritual del pacto que sólo podría cumplirse mediante la venida de Jesús y el comienzo de Su reinado sobre el Israel espiritual, la iglesia, que tuvo su comienzo en Pentecostés en Hechos 2.

Versículo 37. Su acuerdo divino fue anunciado y fielmente guardado en el Antiguo Testamento; sin embargo, en su perpetuidad, surgió como base de la era del Nuevo Testamento. El Señor prometió: **Como la luna será firme para siempre, y como un testigo fiel en el cielo.** La frase «será firme» se refiere al trono de David, un trono que tendría dimensiones tanto físicas como espirituales.

La luna, al igual que el sol, se utiliza como ilustración de la permanencia y existencia continua del acuerdo. La durabilidad del trono sería tan fuerte y duradera como la luna con su constante e inmutable reflejo del sol. ¿Adónde se podría acudir para encontrar un «testigo» más fiel que el cielo y lo que contiene?

El autor pasa del reino físico, con su trono literal, a una profecía del reino espiritual al que el linaje de David contribuiría mediante la venida del Mesías. No sabemos si el salmista es consciente de las implicaciones de lo que el Espíritu Santo está diciendo por medio de él mientras escribe.

Selah le pide al lector que haga una pausa y piense en lo que acaba de decir. El carácter eterno de los propósitos divinos de Dios debería provocar detenernos y reflexionar, con asombro y aprecio, sobre los caminos de Dios.

DIOS LOS HA DESECHADO (89.38–45)

³⁸**Mas tú desechaste y menospreciaste a tu ungido,**

Y te has airado con él.

³⁹**Rompiste el pacto de tu siervo;**

Has profanado su corona hasta la tierra.

⁴⁰**Aportillaste todos sus vallados;**

Has destruido sus fortalezas.

⁴¹**Lo saquean todos los que pasan por el camino;**

Es oprobio a sus vecinos.

⁴²**Has exaltado la diestra de sus enemigos;**

Has alegrado a todos sus adversarios.

⁴³**Embotaste asimismo el filo de su espada, Y no lo levantaste en la batalla.**

⁴⁴**Hiciste cesar su gloria, Y echaste su trono por tierra.**

⁴⁵**Has acortado los días de su juventud;**

Le has cubierto de afrenta. Selah

En esta parte de la oración aparece un repentino cambio de tono. Los versículos del 38 al 45 casi parecen estar fuera de lugar. Al llegar a su lamento, el desanimado salmista mira los escombros que lo rodean y ve un reino que refleja su glorioso pasado sólo en el recuerdo. En este punto busca armonizar la aparente contradicción de lo que ve en sus circunstancias con lo que Dios prometió.

Versículo 38. El salmista dice que Dios se ha enojado con Su ungido, el rey actual, y lo ha desechado. **Mas tú desechaste y menospreciaste a tu ungido, y te has airado con él.** En el sentido de juicio por el pecado de ellos, Dios ha «menospreciado» a Su pueblo. Su ira de disciplina ha caído sobre ellos. Incluso el «ungido» del Señor (que es la palabra hebrea para Mesías [מָשִׁיחַ, *mashiach*] y se usa para referirse al rey terrenal) ha estado en el centro del castigo que ha sido derramado.

Versículo 39. El autor retrata de manera figurada una incongruencia entre lo que Dios había prometido y lo que ha sucedido. **Rompiste el pacto de tu siervo; has profanado su corona hasta la tierra.** ¿Ha «roto» Dios Su pacto? Al espectador podría parecerle que así es. En realidad, Dios ha administrado la disciplina que prometió y a la cual se hace alusión en los versículos del 30 al 33. La restricción era que Dios pelearía las batallas de Israel mientras el pueblo permaneciera en Su voluntad. En este caso, han abandonado Su cuidado protector y la tragedia ha descendido sobre ellos. Dios siempre cumple Su pacto como lo ha prometido, sin embargo, el pecado del pueblo ha hecho necesario que Él lo haga de otra manera. La profanación de la corona ha sido permitida, sin embargo, la gloria del trono resucitará en el tiempo y a la manera de Dios.

Versículos 40, 41. Los resultados devastadores de la desobediencia reflejados en la angustia de la

nación hacen que parezca que Dios ha abandonado a Su pueblo. Dios ha permitido que vengan estos estragos; en consecuencia, el autor se dirige a Él en primera persona en su oración. **Aportillaste todos sus vallados; has destruido sus fortalezas** (v. 40). El uso de «sus», una referencia al rey, simboliza a la nación en su conjunto. La rebelión del pueblo ha hecho necesario que Dios levante Su mano de gracia, por lo que el dolor y la tristeza han caído sobre el rey y el pueblo. La corona del soberano ha caído al suelo, él ha sido llevado en cautiverio y la ciudad ha caído en ruinas.

Sin el escudo divino de protección, la ciudad queda a merced del terror y las burlas del enemigo. **Lo saquean todos los que pasan por el camino; es oprobio a sus vecinos** (v. 41). Aquellas naciones y personas que alguna vez miraron con envidia y repudio a la nación de Dios se han aprovechado de la caída de la ciudad. Después de haber sufrido saqueos y profanación, la ciudad se ha convertido en motivo de burla entre los pueblos de las naciones vecinas.

Versículo 42. Con retirar Su ayuda, Dios ha dado impulso a los enemigos de la ciudad. **Has exaltado la diestra de sus enemigos; has alegrado a todos sus adversarios.** Dios peleó las batallas de Israel en el pasado; sin embargo, por razones disciplinarias, ha levantado Su protección. Sin oposición, los enemigos han levantado su «diestra» en poder contra Jerusalén y la han derrotado totalmente. Después de tomar la ciudad, estos enemigos se han regocijado de su gran fortaleza. Dios ha permitido que ocurra la tragedia porque Israel se alejó de Su pacto. Ha utilizado esta terrible experiencia como vara de disciplina y corrección.

Versículo 43. La espada del soldado se ha desafilado, y el ejército del rey está débil e indefenso. **Embotaste asimismo el filo de su espada, y no lo levantaste en la batalla.** Por defecto, el reino ahora está a disposición de enemigos asesinos.

Versículo 44. La derrota trae deshonor y pérdida de gloria. **Hiciste cesar su gloria, y echaste su trono por tierra.** El rey, renombrado y respetado, ha sido despreciado y humillado. Su gloria ha caído en descrédito, y su grandeza se ha desplomado en la vergüenza.

Versículo 45. Si bien Dios prometió extender los días del rey, sus días se han acortado. **Has acortado los días de su juventud; le has cubierto de afrenta.** Puede que los días «acortados» se refieran al reinado de Joaquín, el último rey elegido

por el pueblo. Tenía dieciocho años cuando subió al trono. Su reinado duró poco más de tres meses (2° R 24.8). En lugar de gobernar durante muchos años, pasó gran parte de su vida en cautiverio (2° R 25.29). La belleza y el esplendor del trono se han convertido en «afrenta». En lugar de personificar la prosperidad, Joaquín retrata la pobreza de la esclavitud.

Nada de este cautiverio se debe al fracaso de Dios en cumplir Sus promesas; ha ocurrido porque Dios, a la luz del pecado de Israel, se ha visto obligado a administrar la disciplina apropiada. Dios no puede mentir. La ruina y la desmoralización de la nación han caído como castigo sobre un pueblo rebelde.

Selah pide una meditación especial y reflexiva sobre estos hechos.

«¿HASTA CUÁNDO, OH JEHOVÁ?» (89.46–48)

⁴⁶**¿Hasta cuándo, oh Jehová? ¿Te esconderás para siempre?**

¿Arderá tu ira como el fuego?

⁴⁷**Recuerda cuán breve es mi tiempo;**

¿Por qué habrás creado en vano a todo hijo de hombre?

⁴⁸**¿Qué hombre vivirá y no verá muerte?**

¿Librará su vida del poder del Seol? Selah

Versículo 46. El autor aboga por el cese del castigo de Dios con tres preguntas: **¿Hasta cuándo, oh Jehová? ¿Te esconderás para siempre? ¿Arderá tu ira como el fuego?** El dolor del pueblo ha sido interminable; por eso pregunta: «¿Hasta cuándo, oh Jehová, durará este cautiverio?». Es como si el rostro de aprobación de Dios les hubiera estado «escondido» u «oculto». La disciplina de Dios, como manifestación de Su «ira» contra el pecado, está continuamente sobre ellos. Es fuerte e inflexible, incluso posee la devastación de un fuego ardiente. El salmista sabe que pueden venir días similares, sin embargo, su deseo es vivir para ver el fin de esta alteración del pacto davídico. Sus preguntas registran su petición personal de que la finalización de esta prueba se produzca durante su vida.

Versículo 47. En su gran súplica, hace mención de razones destacadas para que Dios responda inmediatamente a su petición. Comenzando con la naturaleza fugaz de la vida, dice: **Recuerda cuán breve es mi tiempo.** Desea ver a esta nación, que está bajo el pacto de Dios, ascender a la gloria una

vez más antes de morir. Si Dios recuerda el breve «tiempo» o «duración» (חֶלֶד, *cheled*) de su viaje en este mundo, podría optar por actuar rápidamente. El autor posiblemente sea un hombre mayor que ve acercarse el final, o puede que simplemente esté pensando en que la vida toda pasa rápidamente.

Y añade: **¿Por qué habrás creado en vano a todo hijo de hombre?** La frase tal vez haga referencia a su profundo anhelo desde otro punto de vista. Puede que esté diciendo: «¿Me has creado para no llegar a ser pleno? ¿Has creado al hombre para que viva en el vacío?». Es un tipo de pregunta retórica. Si no ve la finalización del cautiverio, será como un hombre que ha vivido de sueños que jamás se han hecho realidad.

Versículo 48. Además pregunta: **¿Qué hombre vivirá y no verá muerte? ¿Librará su vida del poder del Seol?** Sabe que nada puede impedir el avance de la muerte hacia él. La palabra usada para «hombre» es גִּבּוֹר (*geber*), que connota un hombre fuerte, incluso un guerrero. El punto es que ningún hombre, ni siquiera un hombre con sus fuerzas, puede evitar la muerte. El poder y la certeza del Seol no pueden ser superados por ninguna fuerza terrenal. Ningún valiente puede luchar contra el Seol y vencer.

Su argumento, entonces, dice: «Señor, ¿actuarás ahora con respecto a esta nación? Piensa en la brevedad de mi vida. Déjame ver la gloria de la nación antes de morir. Eres todopoderoso. Puedes hacerlo. Recuerda cómo fue. Tu misericordia fue hermosa en el pasado. Tus misericordias anteriores guardaron el pacto con David, y fue inefable en su grandeza. ¿Podremos volver a ver esa gloria?».

Selah podría indicar que esta es una parte importante, si es que no *la* principal, de su oración. El lector realmente debería pensar en ello.

Este salmo, aparentemente, se escribió después de la caída de Jerusalén. Si es así, el autor se está tambaleando por la conmoción de que el pacto haya sido anulado por la desobediencia del pueblo. Las murallas de la ciudad han sido derribadas, la tierra ha sido saqueada, la batalla se ha perdido y el trono ha sido derribado. Además, el gobierno del rey ha sido truncado. Muchos otros están siendo llevados al cautiverio al mismo tiempo. Por eso, el autor ora fervientemente para poder ver la grandeza de Dios en la nación una vez más antes de que termine Su peregrinación terrenal.

LAS MISERICORDIAS ANTIGUAS

(89.49–52)

⁴⁹**Señor, ¿dónde están tus antiguas misericordias,**

Que juraste a David por tu verdad?

⁵⁰**Señor, acuérdate del oprobio de tus siervos; Oprobio de muchos pueblos, que llevo en mi seno.**

⁵¹**Porque tus enemigos, oh Jehová, han deshonrado,**

Porque tus enemigos han deshonrado los pasos de tu ungido.

⁵²**Bendito sea Jehová para siempre. Amén, y Amén.**

Versículo 49. Después de exponer la difícil situación de la nación e insinuar las aparentes contradicciones entre las promesas y las realidades, el salmista llega a su pedido final a Dios. Lo expresa como una pregunta que le agobia. **Señor, ¿dónde están tus antiguas misericordias, que juraste a David por tu verdad?** De manera continua, en el ilustre pasado de Israel, Dios se ha dado a conocer a Su nación por medio de Su misericordia, amor y gracia. Ha guiado fielmente a Su pueblo elegido, lo ha defendido contra todos los enemigos y ha mantenido fuerte a la nación. «¿Has cambiado?», pregunta el salmista con un énfasis exagerado. Su quejumbroso pedido o pregunta suena como una súplica que haría alguien en el exilio.

Basa su súplica detallada en el pacto que Dios hizo con David. Subraya su petición con referencias a la misericordia y verdad de Dios. A medida que reitera lo que Dios le dijo en Sus promesas de pacto, David enfatiza el imperecedero compromiso al juramento de parte de Dios con Su pueblo.

Versículo 50. El dolor del oprobio que Su pueblo ha tenido que soportar constituye su argumento de despedida. La condición de ellos, en cierto sentido, dañan el carácter de Dios. Él dice: **Señor, acuérdate del oprobio de tus siervos.** Debido a lo sucedido, el pueblo de Dios ha estado sufriendo numerosas acusaciones y palabras de burla. Su nombre ha sido difamado y tomado en vano. Estas atrocidades verbales han ofendido y quebrantado el corazón del salmista. No ha sido fácil afrontar semejante ridículo. Asevera: **Oprobio de muchos pueblos, que llevo en mi seno.** Le suplica a Dios: «¿Podrías considerar estos reproches y hacer algo

al respecto?». Las mordaces palabras lo persiguen y son un gran peso para él.

Versículo 51. Los golpes hirientes han sido una trampa, especialmente para el rey. **Porque tus enemigos, oh Jehová, han deshonrado, porque tus enemigos han deshonrado los pasos de tu ungido.** Probablemente se esté haciendo referencia a los insultos que fueron lanzados contra el desdichado Sedequías, el último rey del reino del sur. Fue conducido ciego, terriblemente quebrantado y desolado por las calles de Babilonia camino a la prisión. Los insultos a uno de los siervos de Dios, por pecador que sea, tiene que preocuparle a Dios mismo, en vista de que el rey representa al pueblo de Dios.

Así termina la extensa oración. Sin expresar ninguna esperanza de respuesta, sin mencionar ninguna respuesta a la petición, el salmo concluye con una conmovedora petición a Dios de que ponga fin al oprobio de Israel. Si la presente ha sido una oración hecha desde los confines del cautiverio, la historia divina atestigua su respuesta. Los libros de Esdras y Nehemías cuentan la historia de lo que Dios hizo al respecto. Este tipo de oración fue sin duda hecha por muchos otros que anhelaban la finalización del cautiverio. Oraron y esperaron que llegara la respuesta. Algunos llegaron a ver la respuesta, mientras que otros no.

La presente oración constituye un vívido recordatorio para todos los que leen Salmos de que Dios es fiel y está lleno de misericordia, incluso cuando las circunstancias que rodean a quien ora parecen declarar lo contrario.

Versículo 52. Bendito sea Jehová para siempre. Amén, y Amén. El último versículo asciende a una alabanza imperecedera a Dios. Los cinco libros que componen Salmos concluyen con una doxología. El presente declara que Yahvé ha de ser ensalzado hasta que el tiempo deje de ser. El doble «Amén» sigue al voto de alabar a Dios con la más alta aprobación y elogio: «De cierto, de cierto»; «que así sea, que así sea»; o «que suceda siempre. De hecho, que suceda siempre».

Puede que esta expresión final de alabanza haya sido agregada por uno de los editores posteriores y que no haya sido parte del salmo propiamente dicho. Sin embargo, su idoneidad en relación con este salmo es aparente. El salmo termina con preguntas sin respuesta, como sucede con muchas de nuestras experiencias en la vida. Por lo tanto, se hace la oración y la respuesta queda en manos de nuestro misericordioso y glorioso Dios.

APLICACIÓN

El amor de Dios por Su pueblo

Con el significado más profundo, pero con la frase más simple, Juan escribió: «Dios es amor» (1ª Jn 4.8). El fundamento de Su trono es la rectitud y la justicia, y el corazón y núcleo de Su ser es el amor. El autor de Salmos 89 dijo que la misericordia y la verdad van delante de Dios, como si sirvieran de heraldos que anunciaran cómo es Él y cómo tratará con el hombre (v. 14).

El hecho de la naturaleza amorosa de Dios nos insta a preguntar: «¿Cómo ama Dios a Su pueblo? ¿Cómo se puede describir Su amor?». Las respuestas a estas preguntas están específicamente dadas o implícitas en este salmo.

Su amor, necesariamente, es un amor de pacto. Todas Sus relaciones con el hombre surgen de los convenios que Él ha establecido con él. Él dijo: «Para siempre le conservaré mi misericordia, y mi pacto será firme con él» (v. 28). Él se ha obligado a Si mismo —en el pasado y en el presente— por los acuerdos que ha hecho con Su pueblo. Él muestra Su amor cumpliendo las promesas que ha hecho.

Su amor es a menudo evidente, y de hecho tiene que ser evidente, como un amor fiel. Será fiel a quienes confían en Él. Nada en la tierra ni en el cielo es más confiable que el amor de Dios. Él dijo: «No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios» (v. 34). Tan seguro como que brilla el sol, Dios cumplirá Su palabra eterna.

Su amor es un amor justo. Él es santo y no puede pecar ni ser tentado a pecar. (Vea Stg 1.13.) Velará por que se cumplan Sus promesas, sin embargo, las mantendrá en armonía con Su carácter justo. Si el hombre quebranta el pacto que ha realizado con Dios, será castigado; la transgresión engendra consecuencias. El juicio es necesario debido al carácter justo de Su amor. En última instancia, ningún hijo puede apreciar el amor de un padre que no contenga estándares altos y santas.

Su amor tiene un carácter eterno. Ama al mundo y a Su pueblo con un amor interminable. Él dijo de David: «Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de mí» (v. 36). Puede que el hombre rechace Su amor y desafíe Su voluntad, sin embargo, Dios continúa amándolo y lo recibirá cuando venga a Él en arrepentimiento. El Espíritu puso en boca de Jeremías la palabra de Dios para Judá: «Con amor eterno te he amado» (Jer 31.3). En el relato del hijo pródigo, Dios es el

padre que siempre está esperando el regreso de su hijo. (Vea Lc 15.)

Ningún amor podría ser más tranquilizador y reconfortante que el amor que Dios tiene por Su pueblo. ¿Quién se sentiría alentado a largo plazo por el amor voluble de un tirano, que en un momento actúa con justicia, pero al siguiente se ve limitado por motivaciones perversas? Saber que somos amados con un amor fiel, justo, eterno y de pacto unirá nuestros corazones más completamente a Él. Un amor así aviva en nosotros el deseo, incluso la determinación, de pasar nuestra vida en Su amor.

(Viene de la página 2)

Una de las verdades más grandiosas de la Biblia es «Dios es fiel». Los ángeles la contemplan en el cielo y prorrumpen en alabanza a Dios. Esta verdad nos asegura nuestra salvación. Nos proporciona la fuerza para ser sinceros incluso en tiempos difíciles. Implanta dentro de nosotros el espíritu de alabanza aunque estemos rodeados por los escombros y el caos de un mundo destruido. Quien se aferra a esta verdad puede soportar cualquier cosa que la vida le depare; quien no la aprecie será acosado por el diablo y por circunstancias despiadadas, y vivirá y morirá en la miseria.

Libro 4

Salmos 90—106

El Libro IV de Salmos es el más corto de los cinco libros y contiene diecisiete salmos (90—106) divididos en 321 versículos. El Libro III también tiene diecisiete salmos (73—89), sin embargo, su contenido es un poco más extenso que el del Libro IV, ya que contiene treinta y seis versículos más. El Libro I tiene cuarenta y un salmos (1—41), el Libro II tiene treinta y uno (42—72) y el Libro V tiene cuarenta y cuatro (107—150).

Si la idea de la disposición quíntuple de todos los salmos deriva de los cinco libros del Pentateuco, este cuarto grupo de salmos coincide con el libro de Números. Estos salmos tienen referencias dispersas a los viajes por el desierto (95.8—11; 99.6, 7; 103.7; 105.39—42; 106.14—18, 24—33), lo que da cierto crédito al hecho de que el libro tiene un ligero paralelo con Números.

Una singularidad del Libro IV es la gran cantidad de salmos huérfanos¹ que contiene, catorce para ser exactos (91—100; 102; 104—106). Sólo tres de los salmos han llegado hasta nosotros con designaciones de personas en los subtítulos, a saber: se dice que Salmos 90 es una «Oración de Moisés» y se dice que Salmos 101 y 103 es un «Salmo de David».

Seis salmos del libro tienen subtítulos descriptivos, dos de los cuales dan sus descripciones en relación con las indicaciones de una persona (90: «Oración de Moisés, varón de Dios»; 92: «Salmo. Cántico para el día de reposo»; 98: «Salmo»; 100: «Salmo de alabanza»; 101: «Salmo de David»; y 102: «Oración del que sufre, cuando está angustiado, y delante de Jehová derrama su lamento»).

Es bastante obvio que muchos de estos salmos fueron escritos (o posteriormente arreglados) para una reunión tipo asamblea cerca del templo o en otros lugares. Como mínimo, los antiguos redactores de los títulos de los salmos indicaron esta persuasión con los títulos que dieron a dos de los salmos: para Salmos 92, se usó el título «Salmo. Cántico para el día de reposo», y para Salmos 100, se utilizó el título «Salmo de alabanza». Otros seis salmos exhiben el espíritu del canto congregacional. En total, ocho salmos de los diecisiete (92; 95; 96; 98; 100; 103; 105; 106) parecen llevar al lector a bendecir el nombre del Señor en una asamblea con otros adoradores.

El Libro IV ha proporcionado uno de los campos más fértiles para autores de himnos. En él han encontrado la base para una larga lista de sus cánticos y expresiones de elogio.

En las oraciones y cánticos del Libro IV, a Dios se le llama principalmente «Yahvé». Él es el Dios cumplidor de promesas. Estos salmos enfatizan que la naturaleza fiel de Dios debe ser uno de los temas que se incorpore significativamente en nuestras meditaciones, oraciones y cánticos.

Uno de los pensamientos profundos y significativos que surgen de estos diecisiete salmos se ilustra en las dos primeras líneas de Salmos 90: «Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación [...] desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios». Estas palabras instan al lector a recordar que el pueblo de Dios no sólo vive continuamente *en* Él en este mundo, sino que también avanza hacia una vida eterna *en* Él y *con* Él en el mundo que está por venir.

¹ Los salmos «huérfanos» no tienen título en el texto hebreo.

El lado frágil de la vida

El sobrescrito: Oración de Moisés, varón de Dios.

Este antiguo título atribuye de alguna manera esta oración a Moisés. Dice que es **de** [ל, *le*, «por», «para» o «a»] **Moisés** [מֹשֶׁה, *mosheh*], **varón de Dios** (אֱלֹהִים-יִשְׁהָא, *'ish-ha'Elohim*). Es el único salmo que está precedido por un título que contiene el nombre de Moisés. Si el título es una indicación precisa de la autoría, el salmo podría ser la composición más antigua del libro de Salmos. Sin embargo, la preposición *le* puede querer decir «sobre» Moisés. Si este es el significado del título, sólo podría sugerir que partes del salmo fueron tomadas, o se cree que fueron tomadas, de los escritos de Moisés y fueron colocadas en la oración por otra mano.

Descrito como una **oración** (תְּפִלָּה, *th'pillah*), el salmo nos desafía con pensamientos profundos sobre la naturaleza del hombre, muchos de los cuales parecen tomados del Deuteronomio.

Salmos 90 es uno de los más populares de todos los salmos. El autor expresa preocupaciones que son comunes a todos los seres humanos. La brevedad de la vida constituye su tema principal. Sus peticiones llevan al lector directamente al lado solemne de la vida. Con un lenguaje gráfico y emotivo, colorea sus peticiones con una definición básica de la naturaleza del hombre.

El salmo se divide en tres partes discernibles. Comienza con una breve expresión de alabanza (vv. 1, 2) seguida de un lamento por la temporalidad de la vida (vv. 3–12). El salmo culmina con una tierna petición por la restauración de la misericordia de Dios (vv. 13–17). La parte central de la oración contiene una súplica que inevitablemente surge de cada corazón. Es un anhelo universal, una característica que se deriva de nuestra mortalidad, que nos recuerda nuevamente el parentesco de brevedad que comparten todos los humanos.

DIOS ES NUESTRA MORADA (90.1, 2)

**¹Señor, tú nos has sido refugio
De generación en generación.**

**²Antes que naciesen los montes
Y formases la tierra y el mundo,
Desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios.**

Versículo 1. El autor comienza su cántico-oración con una nota elevada de fe, reconociendo que Dios ha sido el refugio de Israel a lo largo de los años. **Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación.** A Dios se le llama «Señor» (אֲדֹנָי, *'Adonay*), el único Gobernante Supremo de los cielos y la tierra.

Durante cuarenta años, Moisés había guiado a Israel por el desierto, teniendo sólo a Dios como su hogar permanente. En Dios, Israel había encontrado vida, protección y esperanza. Dios había sido su «refugio» (מַעֲוֶן, *ma'on*). La Septuaginta (LXX) y la Vulgata Latina han traducido la palabra *ma'on* con palabras griegas y latinas que quieren decir «refugio», sin embargo, la palabra conlleva más que la idea de refugio. Habla de un lugar de residencia permanente, un lugar establecido, un lugar vivo. El pueblo de Israel, a lo largo de los tiempos, «en generación y generación», como dice el hebreo, había encontrado que Él era la residencia de ellos.

Versículo 2. Dios es el Creador eterno: **Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios.** Los verbos hebreos describen el acto de dar a luz. La primera es יָלַד (*yalad*), la palabra típica para «engendrar» o «convertirse en padre de». El segundo es חָיַל (*chil*), que puede querer decir «re-

torcerse por el dolor del parto». Se concibe a Dios como el Progenitor de «los montes», «la tierra» y «el mundo». Al principio de los tiempos, Dios trajo Su creación a la existencia para cumplir una parte de Su propósito eterno.

A los montes y la tierra, con su sustancia perdurable, a menudo se les considera eternos; sin embargo, el autor afirma que Dios está detrás de ellos como Aquel eternamente presente. Dios sufrió dolores de parto por ellos y los «engendró».

Esta verdad acerca de Dios (לֵא, 'El) trae consigo una comprensión necesaria: Dios es el que existe por Sí mismo y se sustenta a Sí mismo. Él es el Todopoderoso, Aquel que está desde el pasado infinito hasta el futuro infinito. En vista de que vive por encima del tiempo como lo hace, habita en el eterno presente. Él era, es y ha de ser; sin embargo, nunca ha sido joven y jamás envejecerá.

¡Una comprensión precisa del hombre tiene que comenzar con un estudio de Dios, Aquel que lo creó! El carácter frágil y temporal del hombre se vuelve aún más vívido cuando se lo contrasta con el ser eterno de Dios.

EL HOMBRE DEBE ENFRENTAR SU FRAGILIDAD (90.3–10)

«Hasta ser quebrantado» (90.3–6)

³Vuelves al hombre hasta ser quebrantado,
Y dices: Convertíos, hijos de los hombres.

⁴Porque mil años delante de tus ojos
Son como el día de ayer, que pasó,
Y como una de las vigiliass de la noche.

⁵Los arrebatas como con torrente de aguas;
son como sueño,

Como la hierba que crece en la mañana.

⁶En la mañana florece y crece;
A la tarde es cortada, y se seca.

Versículo 3. Desde el día de su nacimiento, el hombre ha vivido bajo sombra de muerte. **Vuelves al hombre hasta ser quebrantado, y dices: Convertíos, hijos de los hombres.** Cuando el hombre cayó en el Edén, Dios anunció que el hombre regresaría al polvo del que fue hecho (Gn 3.19). «Convertíos, hijos de los hombres» responde con un sinónimo a la línea que le precede: «Vuelves al hombre hasta ser quebrantado [“hasta ser polvo”; NASB]». La palabra para «hombre» es el singular נִשְׁחָ (‘nosh), una palabra que expresa la mortalidad y debilidad del lado físico del hombre.

El hombre tiene que ceder al veredicto de Dios para «volver» a ser quebrantado como polvo del que fue formado su cuerpo. El decreto se pronuncia como parte del castigo de Dios por el pecado. Este juicio de Dios aparece prevaleciendo cada vez que ocurre una muerte. La *culpa espiritual* de Adán no fue heredada a sus hijos, ¡pero sí su *muerte física*! Toda la raza humana lleva la carga de la mortalidad por el pecado de Adán (1ª Co 15.21).

Versículo 4. A medida que el autor pasa del tema de la eternidad de Dios a la temporalidad del hombre, enfatiza que Dios no está limitado por el tiempo. **Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigiliass de la noche.** Para Dios, «mil años» es tan breve, tan momentáneo, como el recuerdo de un día que ya pasó. (Vea 2ª P 3.8.) Para Él, 365.000 días son como una «vigilia de la noche» de cuatro horas que pasa rápidamente.

Los hebreos dividían la noche en tres segmentos y los llamaban «vigiliass» con fines militares, mientras que los romanos posteriormente la dividieron en cuatro. (Vea Jue 7.19; 1º S 11.11; Lm 2.19.) Como un tercio de la noche que se nos escapa, así también pasan rápidamente «mil años» en la mente infinita de Dios.

Versículo 5. La breve y tentativa vida del hombre sobre la tierra es acentuada con referencias a quizás tres metáforas más: un torrente de aguas, un sueño y la hierba.

Un torrente de aguas: **los arrebatas como con torrente de aguas.** Esta desgarradora frase se expresa en el texto hebreo mediante una frase con un sufijo pronominal (זָרַם, *zaram*). Simplemente quiere decir «ser inundado». El «tú» implícito en «los arrebatas» constituye el sufijo pronominal. La vida del hombre en la tierra transcurre apresuradamente, así como una casa es trágicamente arrastrada por las crecientes de agua de un torrente. El torrente llega, arrasa, destruye y se aleja.

Duermen: **son como sueño.** La frase podría traducirse como «están durmiendo». La NASB ha consignado «caen dormidos» para darle más viveza a su traducción.

¿Se introduce otra figura o se continúa con la figura anterior del torrente de aguas? ¿Está diciendo el autor que el tiempo pasa rápido como cuando dormimos? ¿O está diciendo que los que son arrastrados, como por un torrente, se duermen para no despertar más? Esta última posibilidad bien puede ser el caso. La vida terrenal sin duda transcurre de manera similar a la forma en que

pasan las horas cuando uno duerme. Sin embargo, tenemos que recordar que Dios nos mueve en un instante de esta vida a un sueño final. Los seres humanos nacen rápidamente y mueren rápidamente.

Hierba: **Como la hierba que crece en la mañana.** Un hombre nace, vive y muere de la misma manera que la hierba «crece» y vive su ciclo de vida. Estalla en vida; sin embargo, bajo el sol abrasador se marchita. La hierba en regiones cálidas y áridas como Palestina, la hierba del desierto que crece rápidamente después de una lluvia, representa una vida momentánea. De manera similar, dada la fragilidad de nuestra existencia terrenal, la vida más larga es corta.

Versículo 6. La vida es frágil y siempre está sujeta a terminación. **En la mañana florece y crece; a la tarde es cortada, y se seca.** En el nacimiento, la vida irrumpe en este mundo. «En la mañana», crece, manifestando el vigor de la vida; pero más rápido que un guiño de ojos llega la «tarde». Con la «tarde», la vida se desvanece, se marchita y muere.

Consternados por la ira de Dios (90.7–10)

**⁷Porque con tu furor somos consumidos,
Y con tu ira somos turbados.**

**⁸Pusiste nuestras maldades delante de ti,
Nuestros yerros a la luz de tu rostro.**

**⁹Porque todos nuestros días declinan a causa
de tu ira;
Acabamos nuestros años como un pensa-
miento.**

**¹⁰Los días de nuestra edad son setenta años;
Y si en los más robustos son ochenta años,
Con todo, su fortaleza es molestia y trabajo,
Porque pronto pasan, y volamos.**

Versículo 7. En el movimiento de este cántico, aparecen con bastante naturalidad el pecado y sus consecuencias. **Porque con tu furor somos consumidos, y con tu ira somos turbados.** Dios emite un juicio sobre el pecado del hombre, un juicio que surge de Su ira para con el pecado. Debido al alcance universal de ese decreto, todo ser humano eventualmente es «consumido» (הִלָּךְ, *kalah*) o «llevado a su fin» por él. La condenación que hace Dios del pecado nos consterna o aterroriza. «¿Quién podrá estar delante de Su justicia?» pregunta el corazón.

¿Qué ha provocado este dolor y pesadez? La respuesta surge rápidamente: debido a nuestras iniquidades, vivimos nuestras vidas bajo la nube

de la «ira» de Dios. El hombre es pecador, y en ello reside nuestra condenación. Nuestra pecaminosidad es juzgada por la justicia de Dios.

Versículo 8. Dios, el Omnisciente, sabe todo acerca de la raza humana. Incluso «nuestras maldades» y «yerros» son llevados delante de Él. **Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro.** Sabemos del disgusto de Dios con nuestro pecado. Su ira por nuestro pecado nos preocupa y nos humilla.

En lugar de ocultar Su rostro de nuestras «maldades», dándoles la espalda con ignorarlas, Él las ha puesto «delante de [Sus ojos]». Los ha puesto bajo la luz escrutadora de Su santo carácter. Hablando en sentido figurado, ha visto todo acerca de nosotros: nuestros pecados públicos y privados, nuestros pecados conocidos y desconocidos. No sólo ha visto los pecados que sabemos que hemos cometido, sino que también ha expuesto nuestros «yerros» («pecados secretos»; NASB).

La designación «yerros» se traduce de la palabra hebrea para «secreto» u «oculto», אֲלָמִים (*alam*), una palabra que requiere que se agregue un sustantivo para completar su significado, como hace la NASB («pecados secretos»). El contexto determina qué palabra se debe utilizar. En este caso, «yerros», según la Reina-Valera, parece ser el mejor juicio «contextual».

Versículo 9. Vivir bajo la ira de Dios nos pasa factura. **Porque todos nuestros días declinan a causa de tu ira.** Para «declinan», el hebreo consigna «se alejaron» (הִתְנַחֵם, *panah*). Bajo el látigo de Su ira por nuestro pecado, nuestro espíritu se encoge. **Acabamos nuestros años como un pensamiento.** Agobiadas por la culpa de nuestro pecado, nuestras almas emiten el espíritu de «un pensamiento». El hebreo es más bien «como un murmullo» (הִתְנַחֵם, *hegeh*). El pecado convierte nuestros cánticos en sollozos. Nuestras vidas comienzan con llanto y nuestra peregrinación termina con la brevedad de un pensamiento.

Versículo 10. En resumen, hemos sido condenados a una vida breve. **Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años.** La esperanza de vida del hombre varía hasta posiblemente «setenta años». Algunas personas robustas pueden alcanzar o superar la marca de los ochenta años. **Con todo, su fortaleza es molestia y trabajo.** Como regla general, cualquier extensión de la vida más allá de «setenta años» trae consigo un aumento del trabajo y el dolor. Cuanto más vivimos, más difícil parece volverse la vida,

... **porque pronto pasan** [los días], **y volamos**. Independientemente de la cantidad de años que vivamos, esos años pasan rápidamente. Luego, después de la vida, «volamos». Partiendo de este mundo, tomamos residencia en el siguiente, así como un ave vuela de un lugar de descanso a otro.

La verdadera naturaleza del hombre es presentada en el contexto de su pecaminosidad. El espíritu humano exhibe continuamente una variedad de pensamientos, emociones y acciones que permanecen teñidas de temor y vergüenza. Los dedos inscriptores del pecado dejan sus marcas que permanecen en nosotros.

EL HOMBRE TIENE QUE BUSCAR LA SABIDURÍA Y EL FAVOR DE DIOS (90.11–17)

Se tiene que hacer una súplica reverente. El autor precede su petición, como debe hacerlo toda persona (Hch 4.24–26), con quién y qué es el hombre, especialmente en comparación con la omnipotencia de Dios.

Enséñanos a contar nuestros días (90.11, 12)

¹¹**¿Quién conoce el poder de tu ira,
Y tu indignación según que debes ser temido?**
¹²**Enséñanos de tal modo a contar nuestros
días,
Que traigamos al corazón sabiduría.**

Versículos 11, 12. Su petición/oración es introducida con una pregunta de dos partes: **¿Quién conoce el poder de tu ira, y tu indignación según que debes ser temido?** Específicamente, pregunta: «¿Quién comprende los efectos de largo alcance de la “ira” y la “indignación” de Dios?». ¿Quién puede medirlos? Se requiere una comprensión de las profundidades de la naturaleza justa de Dios para comprender por qué «[debe] [Dios] ser temido». Sólo Aquel que posee perfecta santidad comprende las dimensiones de la ira de Dios. Un ser humano, con su naturaleza egoísta y su espíritu manchado de pecado, no puede comprenderlo plenamente.

Comprender, por tanto, la intensidad y la administración de la ira de Dios respecto al pecado escapa al entendimiento del hombre. Lo único que se puede hacer es aceptarlo, sabiendo que nada de lo que Él hace entra en conflicto con Su justicia y amor. Aunque anhelamos comprender mejor a Dios, no podemos sondear en esta vida la profundidad de Su juicio contra el pecado.

El hombre, quebrantado y manchado como está, tiene que depender de la sabiduría de Dios. La oración final del salmista se convierte en una oración que pide «sabiduría»: **Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría**. La existencia temporal en la tierra obliga al hombre a valorar cada día y aprovechar sus oportunidades, consciente de que cualquier día la vida podría acabar aquí. La naturaleza de sus circunstancias lo impulsa a presentarle a Dios una vida que exhibe una sabiduría que honra Su gracia, justicia y eternidad.

Restaurad vuestra misericordia (90.13–17)

¹³**Vuélvete, oh Jehová; ¿hasta cuándo?
Y aplácate para con tus siervos.**
¹⁴**De mañana sácianos de tu misericordia,
Y cantaremos y nos alegraremos todos nues-
tros días.**
¹⁵**Alégranos conforme a los días que nos
afligiste,
Y los años en que vimos el mal.**
¹⁶**Aparezca en tus siervos tu obra,
Y tu gloria sobre sus hijos.**
¹⁷**Sea la luz de Jehová nuestro Dios sobre
nosotros,
Y la obra de nuestras manos confirma sobre
nosotros;
Sí, la obra de nuestras manos confirma.**

Versículo 13. El hombre mortal espera delante de Dios el perdón que buscan las almas culpables. **Vuélvete, oh Jehová; ¿hasta cuándo? y aplácate para con tus siervos.** La contemplación que hace el autor del Dios eterno y la fragilidad del hombre le lleva a orar pidiendo la misericordia de Dios. Le pide a Dios que se «vuelva» a ellos, y la palabra que usa, שׁוּב (*shub*), casi siempre conlleva el elemento de arrepentimiento. Si bien Dios no es hombre para arrepentirse (1° S 15.29), ha ofrecido cambiar Su forma de tratar con aquel que se arrepiente de su pecado. La misericordia de Dios para con Su pueblo es condicional; depende de su obediencia a Él. Dios no puede arrepentirse, sin embargo, puede «volverse» a Su pueblo en Su abundante misericordia.

En la declaración sinónima, se le pide a Dios que se «aplaque» (נָחַם, *nacham*) para con Su pueblo; es decir, extender consuelo o compasión a aquellos que están vinculados a Él por medio de Su pacto. Se le pregunta, para decirlo simplemente:

«¿Cuánto tiempo pasará antes de que nos des misericordia?». El prerequisite esencial es que Dios ponga Su compasión en Sus «siervos», brindando perdón a aquellos que se arrepienten delante de Él; y luego, Dios y Su pueblo emergen para caminar en comunión divina una vez más.

Versículo 14. Ninguna paz puede llegar a ninguna persona sin la «misericordia» de Dios (חֶסֶד, *chesed*). En este sentido, la petición por la llegada de un día de salvación surge naturalmente en labios del salmista. **De mañana sácanos de tu misericordia.** «Sácanos» se traduce de שָׁבַע (*šabe'a*), que quiere decir «satisfacer» o «llenar completamente». Sólo Dios puede dar plenitud espiritual. La noche ha sido oscura para el salmista y anhela ver la llegada de la «mañana» de la gracia. Espera ansiosamente que Dios traiga el amanecer de la misericordia. Tal restauración traerá gozo y alegría a su paso. El justo desea estar completo en Él y **[cantar] y [alegrarse] todos [sus] días.** La gracia de Dios, cuando llega en su plenitud, trae paz, comunión y regocijo para el presente y también para el futuro. Un alma perdonada es un alma agradecida que expresa su gratitud en cánticos, hechos y amor.

Versículo 15. Los años de sufrimiento que ha experimentado el autor —y quienes lo rodean— forman una vara de medir para su petición, y ora diciendo: **Alégranos conforme a los días que nos afligiste, y los años en que vimos el mal.** Busca una alegría, una sanidad, que sea proporcional a los dolores y males del pasado. La forma hebrea de la palabra «días», יָמִים (*yemóth*), aparece sólo aquí y en Deuteronomio 32.7 en la Biblia hebrea.

Versículo 16. La gracia de Dios revela la naturaleza y la grandeza de Su corazón. No se puede ver una sin observar el otro. **Aparezca en tus siervos tu obra, y tu gloria sobre sus hijos.** Se le pide a Dios que actúe, una acción visible y obvia. Ha trabajado en (y por medio de) ellos en el pasado. El autor sin duda ha visto maravillas asombrosas salir de Sus manos. Le ruega a Dios que los visite nuevamente con demostraciones similares de Su poder. Cuando Él actúa entre Su pueblo de esta manera, Su «gloria» o majestad (הָדָר, *hadar*) brillará por medio de Sus obras de gracia. La integridad de la primera garantiza la llegada de la segunda.

Versículo 17. Por encima de todo, la gracia de Dios es obligatoria. La oración termina con un doble pedido de la «luz» de Dios.

Sea la luz de Jehová nuestro Dios sobre nosotros. El salmista anhela que la aprobación de Dios

repose sobre Su pueblo por medio de Sus duraderas obras. El término «luz» (נֹעַם, *no'am*) también se ha traducido como «favor» «belleza», «bondad», «favor amoroso», «dulzura» o «agradabilidad». En otras palabras, a la «luz» de Dios se le considera sinónimo de Su tierna bondad.

Además, la oración aborda «la obra» del pueblo. Se le pide a Dios que ponga Su confirmación sobre lo que hacen. **Y la obra de nuestras manos confirma sobre nosotros; sí, la obra de nuestras manos confirma.** Haciendo uso de la repetición, el autor le implora a Dios que se asegure de reconocer y aprobar las obras de las manos de ellos. La palabra «confirma» (כִּוֵּן, *kun*) quiere decir «establecer» como auténtico. Ora así porque los siervos de Dios saben que la felicidad de ellos sólo puede surgir de Su perdón, reconocimiento e incremento.

APLICACIÓN

El mayor «¿Por qué?»

En el presente salmo, nuestra naturaleza mortal, temporal y frágil es presentada junto al carácter eterno, inmutable y absoluto de Dios. En lo profundo de nuestro espíritu anhelamos morar en Él. Él tiene que ser nuestro hogar, nuestra residencia, nuestro lugar de morada.

Nosotros somos transitorios, pero Él es «desde el siglo hasta el siglo» (v. 2). Es auto existente y eterno. Antes de que fueran formados los montes, antes de que surgieran la tierra y el mundo habitable, Él era Dios. Jamás ha habido un momento en el que Él no existiera. Siempre ha sido y siempre será. Él es la única certeza absoluta que existe.

Nosotros somos dependientes, pero Él se sustenta a Sí mismo (vv. 3–6). Todo lo que existe se puede dividir en dos clases: lo que es Dios y lo que no es Dios. Él creó las huestes del cielo y de la tierra y todo lo que contienen, sin embargo, también continúa sustentando a Sus criaturas y a la creación de acuerdo con Su sabiduría y diseño. Es el único que mantiene lo que existe. Nos ha concedido la capacidad de cuidar temporalmente de nosotros mismos y de las cosas que nos rodean, sin embargo, no nos ha dado la sabiduría o la fuerza para sustentar Su creación o a nosotros mismos de manera eterna.

Nosotros somos ignorantes, pero Él lo sabe todo (vv. 7–12). Todos nuestros pecados, los obvios y los secretos, son presentados delante de la luz de Su rostro. Nada le es oculto. Él sabe todo lo que puede saberse. Todo conocimiento verdadero proviene

de Él. El único entendimiento que tenemos es el entendimiento que Él ha elegido darnos.

Nosotros somos egoístas, pero Él es misericordioso (vv. 13–17). Absorbidos por nuestro propio pequeño mundo de posesiones y ambiciones, somos incapaces de captar el valor del perdón. Preocupados como somos, no reconocemos cómo ni cuándo perdonar. En nuestra ceguera pedimos gracia para nosotros y justicia para los demás. Incluso en cuestiones espirituales, cada uno de nosotros está dominado por un espantoso enfoque en el «yo».

Jesús vino a mostrarnos cómo es Dios (Jn 14.6). Nos enseñó que nuestra mayor necesidad es mirar a Dios. Cuando realmente lo vemos, descubrimos que es la personalidad más atractiva que nuestra mente puede imaginar. Atraídos por Él y viviendo en Su presencia, nos vemos obligados a llegar a ser como Él. Sí, deseamos Su eternidad; pero sobre todo, debemos anhelar vivir en Su verdad, gracia, provisiones y semejanza.

Como es

Nos enfrentamos a un crudo realismo sobre la vida. El autor de Salmos 90 vivió, observó, sufrió y aprendió los conceptos básicos del viaje que realiza el ser humano. Su oración refleja esta comprensión obtenida con tanto esfuerzo acerca de la vida.

La vida tiene una duración limitada. El salmista oró diciendo: «Los días de nuestra edad son setenta años, y si en los más robustos son ochenta años» (v. 10a). No sabemos en qué periodo de tiempo estaba escribiendo. Si asumimos una autoría mosaica, el salmo fue escrito cuando la población en general podría haber vivido más de setenta u ochenta años. Moisés vivió hasta los 120 años, mientras que Aarón murió a los 130. Sin embargo, nos sorprende la notable precisión de su declaración. La referencia es obviamente una expresión general. Estaba diciendo: «Puede que usted viva setenta u ochenta años, pero eso es todo». La vida tiene sus limitaciones y una de ellas es su duración.

Cuanto más vivimos, más difícil se vuelve vivir.

Después de dar la duración general de la vida, el autor dijo: «Con todo, su fortaleza es molestia y trabajo» (v. 10c). Se celebró un cumpleaños para una mujer que cumplió 103 años y alguien la felicitó con el comentario «Espero vivir tanto como tú». Ella rápidamente replicó: «¡No le desearía a nadie vivir 103 años!». Al parecer, había sufrido mucho durante los últimos años de su vida. Para la mayoría de las personas, los últimos años constituyen un camino arduo y difícil. La mayoría de los que alcanzan estos hitos tienen que admitir: «Acabamos nuestros años como un pensamiento» (v. 9b).

La vida más larga es corta. Cuando se compara la vida en esta tierra con la eternidad, se ve fácilmente lo corta que es. La oración del salmista nos recuerda la necesidad de sabiduría: «Enseñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría» (v. 12). Es sabio contar nuestros días cuidadosamente; porque no tendremos muchos de ellos, y a cada uno de ellos se le presenta su propia oportunidad.

Este mundo no es nuestro hogar; Dios lo es. Podríamos pensar que nos hemos instalado y estamos a gusto en una casa física, sin embargo, los hechos lo desmienten. Somos extranjeros en el verdadero sentido de la palabra. Como mayordomos, no poseemos nada; como peregrinos, no sabemos lo que nos deparará el mañana. Ningún ser humano puede reclamar ser dueño de nada, ni puede pensar que tiene control alguno sobre el tiempo. El único hogar real que cualquiera de nosotros puede tener es Dios.

Nadie ha considerado apropiadamente su vida a menos que la haya visto como frágil, pecaminosa y bajo el juicio de Dios. La vida es tentativa y comparativamente breve. No se ha hecho ninguna promesa acerca del mañana. La persona que reconoce *cómo son* las cosas aquí está en condiciones para vivir su vida de una manera sabia, anticipando *cómo será* en la eternidad. La persona que ignora la naturaleza de la vida aquí es necia y vive su vida en una situación fantasiosa que no tiene un futuro real.

Dios, nuestra morada

El sobrescrito: Ninguno.

Si bien este salmo no tiene título en el TM, la LXX le ha dado un título, identificándolo como «Alabanza de un cántico, de David» (Αἶνος ᾧ δῆς τῷ Δαυιδ, *ainos ödēs tō Daudid*). De esta manera, la LXX ha atribuido a David la autoría, la selección o el tema del salmo. Nos resulta imposible evaluar la exactitud del sobrescrito. También estamos limitados a solo conjeturas sobre cuándo o en qué circunstancias se escribió el salmo.

El tema dominante de este hermoso salmo lo constituye la confianza de quienes han puesto su confianza en Dios. Salmos 90 es algo sombrío y resalta nuestra fragilidad humana, nuestras limitaciones y nuestra cita con la muerte. En contraste, este salmo, que descansa sobre la colina iluminada por el sol de la esperanza, canta la seguridad tranquila pero dogmática del creyente. Podemos estar de acuerdo con la observación de J. J. Stewart Perowne de que el salmo suena como si algún autor hubiera tomado las palabras de Pablo: «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Ro 8.31b) y las expresó en una rica e hiperbólica poesía hebrea.¹

De manera excepcional, el presente cántico cambia entre la primera, segunda y tercera persona; esta característica podría sugerir que el salmo fue escrito para un arreglo antifonal. Si es cierto, la disposición podría haber sido la siguiente: versículo 1, el anuncio del pensamiento central; versículo 2, la primera respuesta al tema principal; versículos 3 al 8, la elaboración ampliada del tema principal; versículo 9, la respuesta a la elaboración; versículos 10 al 13, una mini elaboración del tema

principal; y los versículos 14 al 16, la afirmación final de Dios sobre el pensamiento central.

Sin embargo, este cambio de personas podría surgir de la forma en que el autor elige expresar las verdades tranquilizadoras que llenan su mente. Mientras escribe, habla consigo mismo, con los demás y con Dios. A juzgar por el flujo de pensamiento en el salmo, el autor es el orador continuo en la primera parte del salmo (vv. 1–13), mientras que Dios es representado como el orador en la última parte (vv. 14–16).

Circulando a lo largo del salmo hay un «si» tácito, el único «si» que marca una diferencia real para el siervo de Dios. Apunta a su comunión con Dios. Si se camina estrechamente con Dios, estará rodeado de Su protección y cuidado. Cuando se lee el salmo teniendo en cuenta este «si» sobreentendido, las promesas de Dios fluyen del cántico como un arroyo fluye de los manantiales más puros.

CUANDO HABITAMOS EN SU REFUGIO (91.1, 2)

¹El que habita al abrigo del Altísimo
Morará bajo la sombra del Omnipotente.

²Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo
mío;
Mi Dios, en quien confiaré.

Versículo 1. Al comienzo de este salmo, se comienza a sentir la suposición subyacente, la «condición» importante que estará presente a lo largo del salmo. La extravagancia de su contenido aplica sólo al creyente tenaz, **El que habita** [יָשָׁב, *yashab*] **al abrigo del Altísimo**. Esta alma confiada **morará** [vivirá de manera habitual] **bajo la sombra del Omnipotente**. Una vida fiel «al abrigo» de Dios

¹ J. J. Stewart Perowne, *The Book of Psalms* (El libro de Salmos), vol. 2, *Psalms 73–150* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1976), 172.

no puede ser otra que una vida que se vive bajo la «sombra» de Su poder todopoderoso.

La palabra que se traduce como «morará» (לון, *lun*) es la misma que Rut usó para decirle a Noemí que se alojaría permanentemente con ella (Rt 1.16). Con este paralelismo antitético se anuncia el tema de todo el salmo: La persona que pone su confianza obediencia en Dios será objeto de Su custodia.

El autor conoce de primera mano la verdad que expresa. Bajo las alas de la providencia de Dios, ha estado protegido a lo largo de numerosas crisis. Dios ha constituido una fortaleza que ha resistido los embates de los desastres por los que ha pasado.

Utiliza cuatro nombres para Dios en los versículos 1 y 2. Su Dios es el «Altísimo» (עֶלְיוֹן, *Elyon*), el Supremo, el Creador y Sustentador del mundo. Es «el Omnipotente» (שַׁדַּי, *Shadday*), el Todopoderoso. Es «Jehová», Yahvé (יהוה, *YHWH*), el Dios del pacto de Israel. Es «mi Dios» (אֱלֹהֵי, *Elohim*), un nombre plural de majestad que transmite Su supremacía y los numerosos aspectos de Su personalidad y poder divinos.

Versículo 2. Debido a quién Dios es, lo apropiado es que describamos nuestra relación con Él usando emociones fuertes y un lenguaje altamente figurado. Fiel a este principio, dice el autor, **diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío.** Se utilizan cuatro metáforas para expresar lo que quiere decir estar escondido en Dios: Él es su «abrigo» (סֶתֶר, *sether*) o escondite; una «sombra» (צל, *tsel*); una «esperanza [“refugio”; NASB]» (מַחֲסֶה, *mach^aseh*); y un «castillo» (מִצְדָּה, *m^csudah*). Para Sus siervos, Dios es un lugar infalible de seguridad contra las fuerzas turbulentas, la maldad y las circunstancias acosadoras de la tierra.

Este seguidor de Dios confiesa el compromiso de su corazón, diciendo: **Mi Dios, en quien confiaré.** «Mi Dios» indica su vida personal con Dios. Nació físicamente en el pacto de Dios y nació espiritualmente en Su comunión. Por medio de la elección y el privilegio, Dios se ha convertido en su Dios. La palabra «confiará» indica la mentalidad que busca esta relación con Dios. En cada eventualidad, ha puesto su confianza en Dios para obtener la fuerza y la perseverancia que requiere la verdadera espiritualidad.

Esta persona espiritualmente protegida no sólo conoce a Dios, también vive en Dios. Reside en Él, gozando continuamente de Su amistad, comunión y sustento. El Omnipotente camina con él y él camina con el Omnipotente. El siervo proporciona la voluntad y el deseo, Dios propor-

ciona la presencia y el poder.

LA SEGURIDAD DE LA LIBERACIÓN (91.3, 4)

**³Él te libraré del lazo del cazador,
De la peste destructora.**

**⁴Con sus plumas te cubrirá,
Y debajo de sus alas estarás seguro;
Escudo y adarga es su verdad.**

Versículo 3. Para el fiel, Dios mismo es su Protector y Libertador **del lazo del cazador.** Dios lo protege cuando el enemigo intenta atraparlo. El «lazo» (פַּח, *pach*) es la trampa, y «el cazador» (יָקוּשׁ, *yaquush*) es quien tiende la trampa. Estas imágenes provienen del mundo de la caza, como por ejemplo la captura de aves. Las eficaces trampas quedan camufladas a la vista de las aves. De manera similar, los justos pueden no ser conscientes de las trampas que les han tendido. Sin duda, Dios los ve, y «libraré» (נָצַל, *natsal*) a los justos de estos ataques ocultos de hombres malvados. La palabra «lazo» es una metáfora general para cualquier daño o designio malvado que los impíos podrían planear contra los justos.

Además, Dios libraré al siervo fiel **de la peste destructora.** La palabra que se traduce como «peste», דֶּבֶר, *(deber)*, sólo difiere en las vocales de דָּבָר, *(dabar)*, que quiere decir «palabra». Como consecuencia, se ha interpretado que *deber* se refiere a una calumnia despiadada, sin embargo, tal traducción requiere un cambio innecesario en el texto hebreo. La palabra utilizada describe cualquier peligro, como desastres físicos o naturales, que podría atacar al hombre de Dios. Estas calamidades no pueden llegar a él. Dios es un escudo y nada puede penetrar el círculo de Su fuerza.

El que confía está protegido de los hombres que orquestarían su caída, por un lado, y las devastadoras tragedias del mundo, por el otro. Dios está dedicado a mantenerlo a salvo de ambos.

Versículo 4. Dios se cierne sobre Su pueblo, ocultándolos como una gallina mantiene a sus polluelos bajo sus alas. **Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro.** En esta figura de las «plumas» residen dos ideas: una atención personalizada y una seguridad impenetrable. Dios cubre a Su pueblo con Su presencia protectora. Está entre ellos y los rodea con Sus brazos, cubriéndolos con Su poder omnipresente.

El que está rodeado por el dominio de Dios no

debe temerle a nada ni a nadie. Los temores, las lágrimas y la persecución encuentran su igual en Su protección. Dios elimina las aprensiones e incertidumbres de Su siervo, permitiéndole no verse afectado por ningún enemigo interno o externo.

Escudo y adarga es su verdad. La «verdad» o fidelidad de Dios es «un escudo» (צִנָּה, *tsinnah*) y una «adarga» (סֹחֶרֶה, *socherah*) en el sentido de que garantiza la seguridad de quienes le pertenecen.

La palabra סֹחֶרֶה (*socherah*) aparece sólo una vez en el Antiguo Testamento y puede traducirse como «escudo» o «baluarte». Es una palabra oscura que quiere decir algo así como «redondo» o algo que «rodea».

Esta «adarga» del soldado israelita cubría todo su cuerpo. Cuando toda la armadura estaba completamente en su lugar, la totalidad de las piezas rodeaban al guerrero, protegiéndolo por todos lados de flechas, espadas y lanzas. La metáfora de estos escudos se usa para decir que Dios nunca falla en Su amor persistente y Su cuidado vigilante.

VIVIR SIN TEMOR (91.5–10)

- ⁵No temerás el terror nocturno,
Ni saeta que vuela de día,
⁶Ni pestilencia que ande en oscuridad,
Ni mortandad que en medio del día destruya.
⁷Caerán a tu lado mil,
Y diez mil a tu diestra;
Mas a ti no llegará.
⁸Ciertamente con tus ojos mirarás
Y verás la recompensa de los impíos.
⁹Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza,
Al Altísimo por tu habitación,
¹⁰No te sobrevendrá mal,
Ni plaga tocará tu morada.

Versículo 5. El autor continúa enumerando las diferentes maneras en que Dios expresa Su cuidado providencial. Su pueblo **no [temerá] el terror nocturno, ni saeta que vuela de día**. El temor les será extraño porque estarán protegidos día y noche. La frase «terror nocturno», en sentido figurado, cubre el ataque sorpresa que podría provenir de una fuerza maligna que acecha a su presa al amparo de la oscuridad. «Terror» (פַּחַד, *pachad*) quiere decir «gran pavor» y podría incluir cualquier tragedia que pueda sobrevenir en la oscuridad de la noche.

Además, el justo no será traspasado por la «saeta» que vuela «de día». Cuando entre en el

fragor de la batalla y las saetas y lanzas llenen el aire, Dios lo protegerá con una mano invisible.

Versículo 6. Lo mismo ocurre con los desastres naturales y comunes. Dios los mantendrá bajo control, negándose a permitirles que dañen a Sus escogidos hasta que hayan terminado su carrera al servicio de Él. Su pueblo no debe preocuparse **ni [por] pestilencia que ande en oscuridad, ni [por] mortandad que en medio del día destruya**. Dios pondrá un círculo alrededor de Su siervo, impidiendo que la «pestilencia» se deslice detrás de él en la «oscuridad». Mantendrá a raya «la mortandad que [...] destruya» (שָׁדָד, *shadad*) al mediodía. Es una devastación que puede apoderarse de alguien a plena luz del día.

Los versículos 5 y 6 forman un paralelismo sinónimo extendido. La letanía de males que pueden sobrevenir al pueblo de Dios se resume en estas cuatro expresiones figurativas: «el terror nocturno», la «saeta que vuela de día», la «pestilencia que ande en oscuridad» y la «mortandad que en medio del día destruya». La vigilancia de Dios es constante, incluso cuando Sus siervos se encuentran en situaciones que no les permiten orar conscientemente pidiendo seguridad. Incesantemente, continuamente (durante la noche, el día, el mediodía o en cualquier momento), Dios le brinda protección a Su pueblo. Es un refugio que jamás falla a quienes en Él confían.

Versículo 7. La protección de Dios es una protección exclusiva. **Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará**. Grandes cantidades podrían caer cerca del creyente —«mil» a su lado y «diez mil» a su diestra, debido a plagas, bajas en batallas y causas naturales— sin embargo, él caminará intacto bajo la lluvia del desastre. Las imágenes podrían representar el campo de batalla, donde sólo un puñado sobrevive. Podría extraerse de la noche de la Pascua, cuando los hogares de los egipcios sufrieron la pérdida de sus primogénitos, mientras que Israel no. «Diez mil» (רֶבָבָה, *r'babah*) es un término no específico que se utiliza para números extremadamente grandes. Puede traducirse como «decenas de miles» o «innumerables». (Vea Gn 24.60.)

Versículo 8. El justo no sufrirá como el pecador. Verá desde lejos las dificultades de «los impíos». Por ejemplo, Dios le dice de Su siervo: **Ciertamente con tus ojos mirarás y verás la recompensa de los impíos**. El hombre piadoso no estará cerca del castigo del mal. Será un espectador de la terrible escena, pero no un participante en ella. No es uno

de ellos y no tendrá lugar en ese juicio. Mientras Dios imparte juicio a los malvados, preservará a los justos.

Versículo 9. ¿Cuál es la base de la protección de Dios? Se ha tomado una decisión crucial: **Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza, al Altísimo por tu habitación.** La persona en cuestión prospera gracias a la elección de hacer de Dios su «esperanza» (מַחֲסֵה, *mach^aseh*). Ha resuelto que el «Altísimo» (עֶלְיוֹן, *'Elyon*) será su lugar de residencia, su habitación. La palabra para «habitación» (מִעוֹן, *ma'on*) es la misma que se usa en el primer versículo del salmo anterior. La conexión de los justos con el Señor no es transitoria ni temporal, sino estable y permanente. El pensamiento teológico de vivir en Dios como nuestra verdadera residencia une este salmo y el anterior. Están unidos por un tema común. Esto puede ser evidencia de que Moisés (o quienquiera que fuera el autor) escribió ambos salmos.

Versículo 10. El siervo del Señor es un hombre «apartado». Dios le ha prometido: **No te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada.** Por morar en el Señor, armado con Su verdad y viviendo en Su presencia, puede estar seguro de que el ejército de Satanás (la fuente del «mal») y los desastres que vienen (es decir, cualquier «plaga») no pueden hacerle daño. La palabra «plaga» (נֶגַע, *nega'*) es diferente de la palabra «pestilencia», que denota un golpe perjudicial de algún tipo, como la enfermedad o la muerte. Por el misericordioso diseño de Dios, la «morada» del siervo del Señor ha sido colocada en una «zona» de protección.

UN ENCARGO A SUS ÁNGELES (91.11–13)

¹¹**Pues a sus ángeles mandará acerca de ti,
Que te guarden en todos tus caminos.**

¹²**En las manos te llevarán,
Para que tu pie no tropiece en piedra.**

¹³**Sobre el león y el áspid pisarás;
Hollarás al cachorro del león y al dragón.**

Versículo 11. Se le ordenará a los ángeles que administren la supervisión providencial de Dios al que reside en Él. **Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos.** Se les «mandará» (צִוָּה, *tsawah*) acerca de él, para que lo guarden mientras lleva a cabo Su voluntad. En esta afirmación se da por sentado que sus actividades son justas y dignas de un siervo de Dios.

Los ángeles vigilarán como centinelas celestiales y seguirán cuidadosamente cada movimiento suyo, administrando la providencia de Dios cuando sea necesario.

Versículo 12. La vigilancia que darán los ángeles será completa, similar a la de una madre que vela por su hijo. La promesa incluso tiene detalles: **En las manos te llevarán, para que tu pie no tropiece en piedra.** Recogerán en sus «manos» al seguidor de Dios para que no tropiece con ningún objeto en su camino. No se permitirá que ningún obstáculo lo impida, y no se permitirá que ninguna trampa lo atrape.

Satanás le citó estas palabras (vv. 11, 12) a Jesús en el Monte de la Tentación (Mt 4.6). Jesús respondió a su cita señalando Deuteronomio 6.16, un versículo que califica esta promesa y le ordena al siervo de Dios no probar deliberadamente a Dios con respecto a Su bondad. La garantía de liberación por parte de Dios ha de ser aceptada por fe. El seguidor de Dios depende y goza de ella, sin embargo, saltar desde el ala de un templo para ver si Dios cumplirá Su palabra es probar a Dios de manera innecesaria. Hacerlo sería señal de incredulidad, no de creencia. Jesús no disminuyó la promesa de Dios; le dio el significado adecuado.

Versículo 13. El siervo de Dios superará las dificultades hacia una victoria que sólo puede dar Dios. Su viaje tiene que verse hiperbólicamente, como lo hace el autor, a saber: **sobre el león y el áspid pisarás; hollarás al cachorro del león y al dragón.** En hebreo, las palabras para «león» y «áspid» se colocan primero y el verbo al final para dar énfasis. Experimentará el triunfo sobre pruebas dolorosas, pisoteará al «león» y al «áspid», hollará al «cachorro de león» y al «dragón». El león y el dragón se refieren simbólicamente a pruebas del peor tipo. La palabra «pisarás» (דָּרַךְ, *darak*) puede usarse en el sentido de caminar sobre uvas y aceitunas, triturándolas para que ofrezcan su jugo. Estas palabras, «pisarás» y «hollarás», forman una metáfora extendida que canta de la victoria total.

UNA PROMESA PARA RECORDAR (91.14–16)

¹⁴**Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo
también lo libraré;**

**Le pondré en alto, por cuanto ha conocido
mi nombre.**

¹⁵**Me invocará, y yo le responderé;**

**Con él estaré yo en la angustia;
Lo libraré y le glorificaré.
¹⁶Lo saciaré de larga vida,
Y le mostraré mi salvación.**

Quizás el Señor —por medio del autor— habla ahora proféticamente como un oráculo de esperanza.

Versículo 14. En las siguientes cuatro promesas se subraya lo que Dios planea hacer por Su siervo. **Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré.** La frase «en mí ha puesto su amor» proviene de una palabra en hebreo (חָשַׁק, *chashaq*) que, más literalmente, quiere decir «unir el amor a» o «poner el amor sobre». Esta persona ha puesto su corazón en Dios. En respuesta, Dios pondrá Su mano protectora sobre él.

Le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre. El Señor será fiel al que honra Su «nombre». La palabra para «le pondré en alto» (שָׂגַב, *sagab*) puede querer decir «honrar» o «poner en un lugar seguro». En este contexto, la palabra probablemente quiere decir ambas cosas. Como acto de respeto para con Su siervo, Dios lo alejará de todo lo que pueda dañarlo colocándolo «en alto», lejos del alcance de los dedos codiciosos de la malevolencia. Dios responde así porque Su siervo ha «conocido» Su «nombre». Es decir, ha honrado Su nombre, ha entrado en unidad con el mismo y lo ha alabado.

Versículo 15. Dios promete que escuchará al justo y responderá a sus peticiones. **Me invocará, y yo le responderé.** Un aspecto de la intimidad con Dios lo constituye la auténtica comunicación y comunión que se produce dentro de la relación divina/humana.

En la experiencia de la vida, conocerá la liberación. **Con él estaré yo en la angustia; lo libraré y le glorificaré.** Dios le concederá Su fuerte mano de ayuda cuando lleguen tiempos de «angustia» (צָרָה, *tsarah*) o «aflicción». Él no sólo lo rescatará de las fauces de las dificultades, también efectuará dicha liberación de una manera que felicite su fidelidad y le otorgue Su «honor» (כָּבֵד, *kabed*). El destinatario de la bondad de Dios no sólo participará de la gracia de Dios, también entrará en la gloria de Dios.

El versículo que nos ocupa presenta una de las promesas más claras y literales que Dios le ha hecho a Su pueblo en las Escrituras. En él hay un resumen sucinto de cuatro promesas de cómo Dios

se acercará a Su pueblo.

Versículo 16. Andar con Dios trae completitud y plenitud a la vida. **Lo saciaré de larga vida.** La frase que se traduce como «larga vida» es literalmente «longitud» (אָרָךְ, *'arak*) «de días» (יָמִים, *yamim*) en hebreo. El Antiguo Testamento, con su revelación limitada sobre la otra vida y con sus promesas de tierras y bendiciones físicas, a menudo habla de una «larga vida» como recompensa de la fidelidad. (Vea Ex 20.12; Dt 5.16; 2° R 20.6; 2° Cr 1.11; Sal 21.4; Pr 3.2, 16.) Por ejemplo, Dios premió a Caleb y a Josué vidas más largas gracias a sus demostraciones de fe (Jos 14.10; 24.29).

La frase también podría verse como una expresión figurativa de una vida plenamente bendecida, una vida llena de victoria, independientemente de su duración. El apóstol Pablo tuvo una vida relativamente corta según la mayoría de los estándares, sin embargo, ¿quién puede dudar de que Dios le dio una vida plena y significativa? Nuestro Salvador fue rechazado, perseguido y crucificado, sin embargo, ¿no podemos decir que Dios lo satisfizo con una vida vivida al máximo? Completó Su vida terrenal en fe, viviendo de manera suprema durante Su estancia aquí. Dios llevará a Su siervo al final de su vida plenamente satisfecho con la vida que ha llevado durante el tiempo que le fue dado.

Y le mostraré mi salvación. Esta palabra es la palabra común para «salvación» (יְשׁוּעָה, *yeshu'ah*) en el Antiguo Testamento, de naturaleza integral, que cubre no sólo el perdón sino todas las liberaciones del Señor. Incluye victorias sobre enemigos, desastres naturales y enfermedades físicas. Quien se esconde en el Señor, Éste le «mostrará» (רָאָה, *ra'ah*) Su gran redención tal como es revelada en todo tipo de situaciones. Contemplará y estudiará muy de cerca Sus misericordiosos actos de rescate.

En amplitud y profundidad, el salmo ha cubierto el paisaje por el que tienen que pasar los justos a lo largo de su vida. Cada peligro, dificultad y obstáculo es mencionado en figuras o alusiones. No se pierde nada y no se reprime ninguna intensidad. Entretejida en esta cobertura está la seguridad revitalizante de que la persona que mora con Dios no sólo conocerá Su presencia, también recibirá Su poder, protección y provisiones. Estará cubierto con el cuidado completo y minucioso que el único Dios verdadero y fiel puede prometer darles a todos Sus hijos confiados.

APLICACIÓN

Cuando entendemos el cuidado de Dios

Este conmovedor salmo provoca en nosotros una doble reacción. Es reconfortante, con sus amplios recordatorios de la misericordia de Dios para con nosotros; sin embargo, también desafía nuestra fe cuando preguntamos con reverencia: «¿Deben entenderse estas promesas como literales o figuradas?».

Cualquier lectura fiel del salmo requiere que el lector acepte las promesas de Dios como verdaderas. La integridad de las Escrituras exige esta respuesta. Cuando Jesús enfrentó al diablo, no negó que estas promesas fueran ciertas, pero sí mostró que necesitamos una mayor comprensión de ellas. Le dijo en efecto a Satanás: «No debemos buscar deliberadamente el peligro para poner a prueba la integridad de Dios. Lo que a nosotros nos corresponde es confiar en que Él hará lo que ha prometido».

El salmo no dice que el siervo de Dios jamás enfermará, ni enfrentará problemas ni morirá. Dios prometió al final del salmo: «Con él estaré yo en la angustia» (v. 15b); y eso quiere decir que vendrán problemas. También dio a entender que habrá que enfrentar leones y áspides (v. 13). Dios demostrará Su poder y cuidado en medio del sufrimiento así como en la liberación del mismo.

La verdad que presenta el salmo es que el siervo de Dios está totalmente bajo Su cuidado sin importar las circunstancias. Nada puede suceder fuera de la voluntad permisiva de Dios. Si llega la enfermedad, Él la permite; sin embargo, Él camina con Su hijo fiel a lo largo de la misma. El sufrimiento es parte del mundo en el que vivimos. Incluso Jesús sufrió mucho en este mundo al hacer la voluntad de su Padre.

Está claro que este salmo utiliza un lenguaje muy figurado. ¿Cómo podríamos hablar de las complejidades de la obra de Dios en la vida de Su pueblo fiel sin expresarlo en un lenguaje figurado general que lo abarque todo? Dios le dijo a Job que sería incapaz de comprender las acciones divinas incluso si se las explicaran.

Salmo 91 nos da un maravilloso mensaje de consuelo, una de las mayores presentaciones de seguridad en todo el Antiguo Testamento. Tenemos que recibirlo sin exigir literalidad en las figuras que se utilizan. Con un lenguaje integral, emotivo y muy elevado, el salmo cubre cada enemigo, aflicción y enfermedad amenazante que podamos

enfrentar. Alude a todo evento o palabra que pueda dañar a quienes están escondidos en Dios, afirmando que Él rodea a quienes le han dado su lealtad. El creyente recibe las verdades de este salmo, las cree y las toma como su propio consuelo inconfundible de Dios.

Las promesas de Dios y el sufrimiento humano

En el contenido y espíritu de Salmos 91 se abordan varios aspectos de la naturaleza amorosa de Dios y del sufrimiento que experimentan Sus hijos. Considerar algunas de estas características divinas en conexión con las luchas humanas nos ayudará a ver la totalidad de la enseñanza de las Escrituras con relación a las pruebas de los justos.

La perfección de Dios. El cuidado de Dios por nosotros se ejerce por medio de Sus cualidades y atributos perfectos. Toda la naturaleza de Dios — incluyendo Su santidad, bondad, verdad, poder, sabiduría y misericordia— forma una cobertura para el alma del cristiano, previniendo cualquier tipo de ataque destructivo. Esta protección surge del carácter impecable de Dios, cuyo amor es perfectamente administrado y forma a nuestro alrededor un escudo espiritual invencible. Su refugio nunca ha fallado y no hay posibilidad de que falle alguna vez. Es imposible que Dios mienta (He 6.17, 18).

La supervisión de Dios. Las expresiones absolutas de este salmo sostienen que nada escapa a la atención de Dios. El diablo es más inteligente que cualquiera de nosotros; sin embargo, estamos escondidos en Dios, y el diablo no se compara con la sabiduría de nuestro Padre. Incluso nuestra partida de este mundo es dirigida por la infinita sabiduría de Dios, no por el capricho, ni la suerte ni el destino. No está determinada ni por la malicia ni por una inteligencia humana olvidadiza o descarriada. Se cumple bajo el amor inagotable de Dios. Cristo no dejó este mundo hasta que cumplió Su misión, no hasta que hubo hecho todo lo que se le había mandado hacer. Lo mismo es cierto para los hijos de Dios, quien nos guiará para que hagamos lo que Él desea que hagamos en las diferentes situaciones que enfrentemos. Dios nos puso aquí para glorificarlo. Al final de la vida, la oración más elevada que podemos hacer es la que hizo Jesús: «Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese» (Jn 17.4).

La soberanía de Dios. Ninguna tragedia, enfermedad o calamidad de la naturaleza tiene más poder que el que le ha dado Dios. A Ezequiel se le dijo

que Dios estaba con los cautivos en Babilonia. El libro de Apocalipsis comienza con el mensaje de que Cristo caminaba entre los candeleros junto a los cristianos perseguidos en las siete iglesias. Es una gran verdad que tenemos que comprender, a saber: cuando tengamos que caminar por en medio de los fuegos de la tragedia, Dios camina a nuestro lado, dándonos Su presencia y Su protección. Él siempre está velando por nosotros para Su gloria y nuestro bien.

El plan de Dios. Una conclusión que puede extraerse de este salmo es que Dios quitará el fuego o lo usará para el crecimiento y la comprensión de Su pueblo. Se abstiene o sustenta.

Ningún cristiano sabe qué es lo que se ha conspirado contra la causa de Cristo. No podemos saber qué se ha dispuesto contra los justos o qué están ejecutando las fuerzas del mal. Sin embargo, podemos regocijarnos de que todas estas fuerzas siniestras estén bajo el control de Dios, quien las limita en su longitud y en su fuerza. Todo mal y tragedia real son eliminados de sobre el pueblo de Dios, o están tan controlados por la mano de Dios para que de alguna manera traigan bien al que sufre: «Ciertamente la ira del hombre te alabará» (Sal 76.10a); «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Ro 8.28).

La petición de Dios. En un mundo complejo como en el que vivimos, un mundo donde vemos enfermedades, muerte y maldad a nuestro alrededor, nuestra principal respuesta a Dios tiene que ser la confianza. La presuposición subyacente de este salmo es que Su bondad es condicional. Nadie puede recibir las bendiciones de Dios a menos que posea fe en Sus promesas. La fe acepta las promesas de Dios y actúa según ellas como realidades. El siervo confiado sabe que tal vez no comprenda cómo se cumplieron en su vida hasta que esté con Dios en la eternidad. La fe se contenta con confiar

en que Dios hará todo lo que ha prometido hacer.

Sólo la persona que tiene una confianza tranquila y valiente en Dios está lista para vivir para Dios en este mundo. Vive con un coraje intrépido y confiado. Se enfrenta a los dolores de cabeza de este mundo y a los esfuerzos torrenciales del Maligno con una creencia vigorizante que dice: «... mayor es el que está en [nosotros] que el que está en el mundo» (1ª Jn 4.4). El refugio de Dios es perfecto para quienes morarán en él.

La confianza en Dios elimina el temor y la ansiedad de la mente. Acontecimientos amenazadores claman a nuestro alrededor para crear terror y malentendidos, sin embargo, la confianza en la bondad de Dios les ordena a estos demonios destructivos que huyan a la nada.

El tiempo de Dios. Este salmo asume la importancia de la paciencia. Nuestra confianza en Dios tiene que manifestarse esperando en Él. A veces estamos confundidos por lo que está sucediendo, sin embargo, tenemos que esperar con paciencia y velar por el juicio de los malvados. Dios hirió a los primogénitos en Egipto, tanto de hombres como de animales, sin embargo, perdonó a los hebreos. Dios nunca carece de poder, nunca carece de los instrumentos adecuados para hacer Su voluntad y nunca carece del deseo de proveer para Sus hijos. Para todas las liberaciones de Dios, tenemos que esperar y darle el tiempo que Él quiere para las Suyas.

El mundo en el que vivimos está quebrantado en muchos lugares por el pecado, sin embargo, sigue siendo un lugar perfecto para hacer crecer un alma. Dios lo usa para la maduración de Su pueblo y como lugar para el cumplimiento de Su propósito eterno. «¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (Ro 8.31, 32).

¿Prospera realmente el impío?

El sobrescrito: Salmo. Cántico para el día de reposo. Este lamento poético es descrito mediante su antiguo título como un **Salmo** (מִזְמוֹר, *mizmor*) y un **Cántico** (שִׁיר, *shir*). Lo más probable es que el título sugiera que la pieza ha de leerse como también cantarse. Además, el título identifica que el cántico fue escrito para ser utilizado, leído o cantado con las actividades de adoración del **día de reposo**. Quizás esta visión de su función surgió de las referencias en el versículo 2 a las oraciones de la mañana y de la tarde, los tiempos de los sacrificios diarios en el templo.

El mensaje del presente salmo aborda una antigua pregunta: ¿Qué de la prosperidad de los malvados? Con características tanto de sabiduría como de literatura de lamentos, el cántico comienza con una alabanza, avanza a lo largo de un lamento y regresa al final con una hermosa alabanza. Como es el caso de Salmos 10, 37, 49 y 73, el autor gira su salmo en torno al problema básico que surge de la prosperidad de un hombre impío. Sin embargo, a diferencia de los demás autores que analizan el tema, este autor llega a un punto decisivo de verdad sobre el tema.

El flujo de pensamiento en la primera parte del cántico refleja la tensión que a menudo se ve entre los galardones de la justicia y la maldad. En la segunda división se da una resolución clara. El autor admite que podría parecer que los malvados prosperan; sin embargo, trasciende la forma en que se ven las cosas y descubre la verdad de que su éxito es vacío y temporal. Dios, sostiene, permite que los desobedientes experimenten prosperidad para que puedan proporcionarle a Él un escenario para mostrar Su condenación del mal. El salmo termina con un audaz anuncio de que el triunfo seguro de la justicia es motivo de continua alabanza a Dios.

Como salmo de lamento, la oración sigue la

ruta de alabanza, lamento, conclusión y alabanza. La progresión constituye una técnica de enseñanza que insta al lector o cantor a aprender de estas líneas una verdad importante sobre la vida. El problema con el que ha luchado el salmista proporciona instrucción sobre la sabiduría de los caminos de Dios.

Aquellos que acompañen al autor en su búsqueda de una mejor comprensión de este tema se verán obligados a regocijarse con él por la respuesta que Dios les ha dado.

ALABEMOS (92.1–5)

- ¹Bueno es alabarte, oh Jehová,
Y cantar salmos a tu nombre, oh Altísimo;
²Anunciar por la mañana tu misericordia,
Y tu fidelidad cada noche,
³En el decacordio y en el salterio,
En tono suave con el arpa.
⁴Por cuanto me has alegrado, oh Jehová, con
tus obras;
En las obras de tus manos me gozo.
⁵¡Cuán grandes son tus obras, oh Jehová!
Muy profundos son tus pensamientos.

Versículo 1. Alabar a Dios está en el centro de la espiritualidad. Siendo este el caso, el autor comienza su salmo con una declaración de la conveniencia de la alabanza: **Bueno es alabarte, oh Jehová, y cantar salmos a tu nombre, oh Altísimo.** Su oración comienza con la palabra «bueno», lo que requiere que el lector proporcione el verbo. La traducción literal sería: «Bueno [...] alabarte, oh Jehová». Está exclamando que es «bueno» (טוֹב, *tob*) «alabar» (יָדָה, *yadah*), cantar un himno de acción de gracias al Señor. Sinónimamente, la segunda

línea dice que es bueno «cantar» (זָמַר, *zamar*). No se puede subestimar la excelencia de los elogios agradecidos. ¡Cuán justo, agradable y conveniente es ofrecer adoración y acción de gracias a Dios!

La adoración, según esta línea, tiene tres dimensiones: gratitud, método y acción. Hemos de agradecerle (gratitud), «cantarle» (método) y alabarle (acción). El gran objeto de toda nuestra adoración es Yahvé (יְהוָה, *YHWH*), el Dios del pacto de Israel y el «Altísimo» (עֶלְיוֹן, *'Elyon*), el Señor Soberano de toda la tierra.

Versículo 2. La «misericordia» (חֶסֶד, *chesed*) y la «fidelidad» (אֱמוּנָה, *'emunah*) de Dios, dos de los conceptos más fuertes del Antiguo Testamento, han de ser el contenido esencial de nuestra alabanza. El día ha de estar rodeado y marcado en todo momento con adoración que reconozca estos dos atributos de Dios. **Anunciar por la mañana tu misericordia, y tu fidelidad cada noche.** ¿Qué podría ser más apropiado, más acorde con caminar con Dios, que acudir a Dios al comienzo del día con acción de gracias por Su «misericordia» y alabarle al final del día por Su «fidelidad»?

La ley mosaica programó un sacrificio matutino y otro vespertino en el tabernáculo o templo (Ex 29.38, 39). En el día de reposo los sacrificios se duplicaban. Más adelante, aparentemente, los judíos agregaron un período de oración al mediodía (Sal 55.17; Dn 6.10). Quizás la referencia del salmista a los tiempos de alabanza de la mañana y de la tarde se derive de los sacrificios de la mañana y de la tarde en el tabernáculo o templo. El autor pone cierto énfasis al comienzo del día, porque hace que «mañana» sea singular, mientras que «noche» es plural.

Versículo 3. El salmista incluye la amonestación de usar instrumentos musicales en la alabanza de Dios: **En el decacordio y en el salterio, en tono suave con el arpa.** Considera que la adoración se realiza con instrumentos de cuerda, como el «decacordio» (עָשׂוֹר, *'asor*), «el salterio» (נֶבֶל, *nebel*) y «el arpa» (כִּנּוֹר, *kinnor*). La NASB se ha referido interpretativamente al «decacordio» (instrumento de diez cuerdas) como un «laúd», viendo tres instrumentos en estas frases. La NIV ha combinado «el laúd de diez cuerdas» con «la lira», identificando sólo dos instrumentos en la exhortación: «al son de la lira de diez cuerdas y la melodía del arpa». El hecho de que «en» o «con» (עַל, *'al*) aparezca tres veces, una vez antes de cada designación, es evidencia convincente de que se están mencionando tres instrumentos.

Estos instrumentos de la era mosaica no sólo eran prescritos como acompañamiento del cántico, también eran vistos como parte de la adoración misma. Este hecho acentúa una diferencia precisa entre la adoración del Antiguo y el Nuevo Testamento. El autor está diciendo que la misericordia y la fidelidad de Dios, por la mañana y por la tarde, han de ser alabadas con cánticos en o con estos instrumentos. Sin embargo, el Nuevo Testamento, con su dimensión espiritual superior, insta a la adoración haciendo melodías en el corazón. (Vea Ef 5.19; Col 3.16.)

En cuanto al estilo de alabanza, el salmo usa la palabra הִגְיָיוֹן (*higgayon*), palabra que la Reina-Valera ha traducido como «en tono suave». La NASB consigna «con música resonante», mientras que la NIV la ha consignado como «melodía». La palabra *higgayon* aparece en Salmos 9.16 como una notación musical que indica una pausa para la meditación solemne. Una forma de ello, הֶגְיָיוֹן (*hegyon*), se encuentra en Salmos 19.14, donde se traduce como «meditación». El punto parece ser que la alabanza debe ser gozosa, pero también reflexiva en el sentido de reverencia.

Versículo 4. Las «obras» de Dios proporcionan la razón innegable para alabarle. Con Sus grandes actos, ha «alegrado» a Sus siervos. **Por cuanto me has alegrado, oh Jehová, con tus obras; en las obras de tus manos me gozo.** Con una forma verbal causativa, el salmista canta que el siervo de Dios ha sido «alegrado» (שָׂמַח, *śamach*) por Sus obras. Convencido por lo que las acciones de Dios le han dicho, decide «gozarse» (רָנַן, *ranan*) en alabanza.

Estas «obras» no son necesariamente Sus actos de creación: Él formó los cielos y la tierra y creó la raza humana. El salmista alaba más a Dios en celebración de una gran liberación o en conexión con el continuo liderazgo y protección de Dios para con Israel. Al contemplar lo que Dios ha hecho por él y su nación, tiene que alzar la voz en adoración exultante y en gozosa acción de gracias por Su bondad.

Versículo 5. La persona justa y observadora verá que las acciones y los caminos de Dios son dignos de una alabanza llena de celebración. **¡Cuán grandes son tus obras, oh Jehová! Muy profundos son tus pensamientos.** Lo alabamos sin duda por Sus obras de creación; sin embargo, es Su obra de rescatar a Su pueblo y proporcionarles sustento diario, Su providencia a favor de ellos, lo que provoca este gran gozo. Sus obras son «grandes» en el sentido de que provienen de Su mano todo-

potentosa. Son testimonios fuertes y duraderos de quién es Él y de Su amor por Su pueblo. Son expresiones inagotables de Su gracia.

Los pensamientos de Dios son «muy profundos» (מַחֲשָׁבָה, *mach^ashabah*), causando que quienes meditan en ellos se pierdan en su asombro e inmensidad. Sus obras y pensamientos muestran Su voluntad, propósitos y forma de pensar. Aquel que reflexiona sobre las dimensiones y profundidades de la supervisión, providencia y liderazgo de Yahvé sobre Su pueblo no puede evitar sentirse conmovido por el asombro y la adoración hacia Él.

EL HOMBRE SIN ELOGIO (92.6–11)

⁶El hombre necio no sabe,

Y el insensato no entiende esto.

⁷Cuando brotan los impíos como la hierba,

Y florecen todos los que hacen iniquidad,

Es para ser destruidos eternamente.

⁸Mas tú, Jehová, para siempre eres Altísimo.

⁹Porque he aquí tus enemigos, oh Jehová,

Porque he aquí, perecerán tus enemigos;

Serán esparcidos todos los que hacen maldad.

¹⁰Pero tú aumentarás mis fuerzas como las del búfalo;

Seré ungido con aceite fresco.

¹¹Y mirarán mis ojos sobre mis enemigos;

Oirán mis oídos de los que se levantaron contra mí, de los malignos.

La primera parte de este salmo anima a todos a alabar a Dios. Es una invitación para que todo el pueblo se una al coro de alabanza. Su pregunta tácita es la siguiente: «¿No deberían todos estar de acuerdo en que Dios ha de ser alabado por quién es y por lo que ha hecho?».

Versículo 6. Entra en la mente del salmista una dificultad que exige una explicación. **El hombre necio no sabe, y el insensato no entiende esto.** Los dos términos «necio» e «insensato» expresan como sinónimos una imagen compuesta de un hombre similar a un animal, sin discernimiento ni espiritualidad. En su meditación sobre este hombre, la tensión se vuelve más pronunciada. Imagina a un hombre que no piensa en absoluto en su relación con Dios. La adoración a Dios nunca surge de su corazón ni de sus labios. Es grosero, brutal y tonto.

La palabra «necio» (בֶּעֶר, *ba'ar*) describe un comportamiento bestial. En conducta y carácter, es como los animales insensibles que no pueden

pensar ni dar gracias.

La palabra «insensato» (כְּסִיל, *k^esil*) describe a una persona que no tiene percepción deliberada ni capacidad analítica, ni discernimiento ni apreciación. Este hombre obstinado tiene un entendimiento torpe y no puede comprender los principios divinos del gobierno y la gracia. Es como el insensato descrito en Proverbios 10.23. Aunque no es mentalmente incompetente, es moralmente perverso. Elige ignorar a Dios, y su ignorancia elegida lo lleva a la vergüenza y la degradación.

Este tipo de personalidad, concluye el autor, se siente atraído por la prosperidad temporal de los malvados. En su opinión, esta persona no considera el resultado de la vida del pecador. No se le ha ocurrido pensar que los malvados están incluidos en el calendario de destrucción de Dios.

Es, entonces, evidente que la tierra no está unida en alabar a Dios. El impío no se suma al coro que le eleva alabanzas.

Versículo 7. ¿Qué pasará con el malvado? El autor rápidamente llega a su conclusión: **Cuando brotan los impíos como la hierba, y florecen todos los que hacen iniquidad, es para ser destruidos eternamente.** Se acentúa un punto de juicio sobre el impío. El impío y despreciable perecerá según el plan de Dios. En su insensibilidad para con Dios, o en su voluntaria falta de comprensión de Él, se convierte en un hombre inhumano al que sólo le espera la destrucción.

A veces el impío aumenta en poder y prestigio. Brota como «hierba», levantándose casi de la noche a la mañana. Sin embargo, también se desvanecerá como «hierba». Como «hierba» que rápidamente se marchita bajo el calor del sol abrasador, él fallecerá. La constancia del amor de Dios no tiene ningún efecto sobre él. Florece durante un tiempo, pero al final tiene que perecer. Es como si a los impíos se les permitiera florecer (o prosperar) por un breve tiempo para que exhiban la sabiduría y el plan de Dios para el juicio del mal.

La desaparición de los impíos es permanente, «eternamente». Las dos palabras עַד-עַד (*'ad* y *'ad*), en forma constructiva, pueden querer decir «para siempre» o «una y otra vez».

Incluso las bendiciones temporales son regalos de Dios que deben aceptarse con una alabanza agradecida. Dar por sentado estas bondades no tiene sentido, y decir que surgen como resultado de nuestra destreza o laboriosidad personal es insensatez. Sí, desempeñamos un papel en la adquisición de nuestros tesoros, sin embargo, Dios

nos da la energía y las oportunidades para asegurarlos. Dependemos de Él para cada posesión que recibimos. Los impíos, sin embargo, olvidan cualquier motivo para alabar a Dios.

Versículo 8. Los impíos podrían florecer brevemente; sin embargo, se desvanecerán permanentemente, mientras que Yahvé será constante y eternamente exaltado. **Mas tú, Jehová, para siempre eres Altísimo.** Aquellos que miren, consideren y sopesen la evidencia verán cuán misericordioso y digno de alabanza es Dios. Éste posee una grandeza absoluta que jamás flaquea. Cuanto más se llega a una verdadera comprensión de Él, más llega a verse Su supremacía fundamental, y se reconoce que el Señor es «Altísimo» «para siempre».

Versículo 9. Los destinos de los impíos y los justos divergen en dos direcciones diferentes. **Porque he aquí tus enemigos, oh Jehová, porque he aquí, perecerán tus enemigos; serán esparcidos todos los que hacen maldad.** El autor usa la repetición, repitiendo «Porque he aquí tus enemigos» para llamar la atención sobre aquellos que se oponen a la realidad de Dios. Sus enemigos «perecerán» y los hacedores de «maldad» serán «esparcidos». Literalmente, los impíos «se esparcirán a sí mismos». En otras palabras, se autodestruirán. Los «enemigos» del Señor son sinónimos de «todos los que hacen maldad». Ellos son los que se venden a la maldad, haciendo de la maldad su estilo de vida, adoptándola y abrazándola.

Versículo 10. A diferencia de los impíos, la fuerza del salmista y la de su nación han sido hechas como las «fuerzas» de un «búfalo». La ferocidad y el dominio de tal animal también son descritas en Job 39.9–12. **Pero tú aumentarás mis fuerzas como las del búfalo.** El «búfalo» sacude su cabeza tachonada de cuernos en una aparente conciencia del poder que reside en sus cuernos. Con su cabeza tiene un poder potencial que otros animales no tienen.

Cambiando la figura, el autor observa: **Seré ungido con aceite fresco.** Es como si él y el pueblo de Dios hubieran tenido sus espíritus revividos por la restauración y aprobación de Dios. El «aceite fresco» simboliza refrigerio y aliento. (Vea Sal 23.5b.) Han visto y escuchado el triunfo sobre los enemigos por los que han orado.

Versículo 11. Las obras de Dios han traído victoria a Su pueblo y un motivo glorioso para alabarlo. **Y mirarán mis ojos sobre mis enemigos; oirán mis oídos de los que se levantaron contra mí, de los malignos.** La conquista de estos

enemigos por parte de Dios ha sido recibida con gran acción de gracias. Su pueblo ha «mirado» con gozosa alabanza la derrota de sus enemigos.

Se han levantado enemigos contra ellos, sin embargo, Dios ha levantado Su mano y se ha ocupado de ellos. El pueblo ha visto y oído la victoria dada por Dios. Habiendo experimentado esta maravilla, se han dado cuenta del liderazgo y la providencia de Dios sobre Su nación. Dios ha actuado a favor de ellos y se regocijan por ello. El contenido de su alabanza es la bondad de Dios que se ha expresado en su liberación.

EL DESTINO DEL JUSTO (92.12–15)

¹²**El justo florecerá como la palmera;**

Crecerá como cedro en el Líbano.

¹³**Plantados en la casa de Jehová,**

En los atrios de nuestro Dios florecerán.

¹⁴**Aun en la vejez fructificarán;**

Estarán vigorosos y verdes,

¹⁵**Para anunciar que Jehová mi fortaleza es recto,**

Y que en él no hay injusticia.

Versículo 12. Debido a la sabiduría de los caminos de Dios y Su defensa especial en tiempos de tensión, **el justo** disfruta del éxito espiritual. Florece como un árbol majestuoso, **como la palmera.** A lo largo de Salmos, los piadosos, en su constante crecimiento, son comparados con el cedro, «la palmera» y el olivo (Sal 52.8). «La palmera», la reina de los árboles, era apreciada por su belleza, su fruto (Cnt 7.7) y su longevidad. Con esta metáfora, al «justo» se le retrata como la persona más sana y productiva. **Crecerá como cedro en el Líbano.** Su fuerza y excelencia están siendo ilustradas. Si bien los cedros crecían en toda Palestina, florecían mejor en los montes del Líbano. Crecían a grandes alturas y poseían cualidades impresionantes. Regularmente se importaba madera de esa región y era llevada a Israel.

Versículo 13. El Señor está detrás de la vida del justo, sustentándola, satisfaciéndola y madurándola. **Plantados en la casa de Jehová, en los atrios de nuestro Dios florecerán.** Recibe su energía espiritual del Señor, es decir, «en los atrios de [...] Dios». El salmista piensa que los justos están continuamente cerca del templo. Sus vidas giran en torno a acudir ahí para adorar. Es como si hubieran sido «plantados» allí y hubieran vivido allí. En este lugar, obtienen su vida del templo. Al

tiempo que viven y respiran la presencia de Dios en su adoración, pensamiento y canto, entran en la vida próspera que sólo el hombre piadoso puede tener. «En los atrios» de su Dios, «florecerán» en actitud, conducta y esperanza.

Versículo 14. Incluso en su vejez, los justos continúan siendo llenos de vida y fructíferos, glorificando a Dios en adoración y buenas obras. **Aun en la vejez fructificarán; estarán vigorosos y verdes.** Cuando una persona comprende la vida justa, se da cuenta de que la edad no afecta la calidad de la misma. Espiritualmente, se renueva día a día, aunque su cuerpo físico esté deteriorándose (2ª Co 4.16). La palabra es דָּשֵׁן (*dashen*), que quiere decir «próspero, gordo, o libre de cenizas». Normalmente, un árbol sano y robusto sería descrito como «vigoroso», fresco y «verde». Este autor considera que esta caracterización constituye una expresión vívida sobre envejecer con Dios. Aplicados en sentido figurado a los siervos de Dios, estos rasgos sugieren energía y productividad. Su vida avanza siempre hacia la plenitud, la fe y la completitud.

Versículo 15. El justo en sus últimos años no envejece sino que mejora y madura más a medida que continúa con su alabanza a Dios. No se deteriora; llega a buen término. Anteriormente, el salmista confesó su alegría siendo testigo de la justicia de Dios manifestada en el juicio de los impíos. Los piadosos encuentran esperanza en esta justicia divina en la vida.

El anciano justo puede decir **que Jehová [...] es recto**. Los años felices y productivos son una indicación de la misericordia y la fidelidad de Dios. Éste cumple Sus promesas y jamás abandona a quienes confían en Él. En Él no hay pecado; no hay errores; «es recto» en todos Sus caminos.

Además, el justo dice: Él es **mi fortaleza [...], y [...] en él no hay injusticia**. Dios es la «fortaleza» de seguridad del creyente (צִיּוּר, *tsur*), su morada parecida a un acantilado, su refugio, su protección contra las tormentas de la vida.

Estas últimas palabras nos recuerdan que una gran esperanza de los piadosos es la cesación definitiva y completa del mal. Esta anticipación encuentra expresión en la exclamación final del salmo: «y [...] en él no hay injusticia». Dios y el mal no pueden coexistir. La Reina-Valera, con los tiempos verbales que ha elegido, tiene el tiempo futuro a lo largo de este párrafo. Con su traducción, vemos incrustados en los grandes actos pasados de Dios la promesa del futuro mayor y más glorioso

que está por venir.

APLICACIÓN

Cuando consideramos la maldad

A medida que el salmista pensaba en las maravillosas obras de Dios, le vino a la mente una sorprendente comprensión: ¡No todos logran verlas! De hecho, confesó: «El hombre necio no sabe, y el insensato no entiende esto» (v. 6). No, el incrédulo no ve ni comprende las obras de Dios y no comprende el destino de los impíos. No se da cuenta de la verdad de que «cuando brotan los impíos como la hierba [...] es para ser destruidos eternamente» (v. 7). Estos pensamientos acerca de los impíos son el foco del presente salmo.

No pensamos mucho en nuestra situación hasta que reconocemos, como lo hizo este salmista, que los impíos serán parte de nuestras vidas. La presencia y prosperidad de ellos, así como otras partes de su existencia, tienen que ser integrados en nuestra teología de Dios. Un Dios misericordioso le ha concedido a la raza humana libertad de elección; se les ha dado la capacidad de decidir si hacen el bien o el mal. Algunos han abusado de este privilegio sagrado y han decidido rebelarse contra Dios. Han sido consumidos por su búsqueda de riquezas, placeres u otros fines egoístas. Estas personas viven en nuestras comunidades; puede que estén entre nuestros amigos o familiares. Cualquier estudio de la vida tiene que reconocer la existencia de ellos.

Sin embargo, si se piensa más en ellos, es obvio que son insensatos. El salmista los llamó «necios». Son animales en su forma de pensar. Este autor se refirió a ellos como personas carentes de entendimiento. Han elegido ignorar a Dios y Sus caminos. El versículo 6 dice: «El hombre necio no sabe, y el insensato no entiende esto». La declaración describe a una persona que nunca piensa en Dios, nunca considera Sus obras y nunca mira hacia arriba con gratitud por lo que Él ha hecho. Todo el que no vea lo que Dios ha hecho y está haciendo tiene que ser tildado de «insensato» por el Espíritu Santo.

Surge un pensamiento adicional sobre los necios: podrían tener vida, pero no tienen vida plena. Brotan como hierba y prosperan por un tiempo. Los amigos se sienten tentados a mirarlos y llegar a la conclusión que dice: «El mal paga dividendos. La mejor manera de prosperar es vivir únicamente para uno mismo». Luego, miramos más de cerca

a estas personas y observamos que erramos en nuestros cálculos: no hemos podido ver su fin, su destino. Al ver el clímax de la vida, el salmista dedujo que Dios les permite llegar a la cima «para ser destruidos eternamente» (v. 7c). Sí, Dios les permite tener éxito por un tiempo, sin embargo, lo hace por una razón. Los impíos, al final, serán ejemplo de la justicia de Dios. Servirán a Dios, sean conscientes de ello o no, proporcionándole el escenario para que Él traiga Su ira sobre la maldad.

Nuestro razonamiento nos lleva a una cuarta verdad: la comprensión de que el impío tendrá un final lamentable. Sólo su arrepentimiento y su regreso a Dios pueden impedirlo. Las palabras del salmista son apropiadas: «Porque he aquí tus enemigos, oh Jehová; porque he aquí tus enemigos perecerán; serán esparcidos todos los que hacen maldad» (v. 9). Ésta es la verdad sobre la vida. Tarde o temprano, el malvado perecerá; será esparcido. Dios ha anunciado el fin desde el principio mismo.

¿Qué tiene que aprenderse sobre la vida? Bajo la guía del presente salmo, hemos sido llevados a

mirar nuevamente el paisaje de la vida. Es obvio que la maldad está presente. Puede que no tengamos todas las respuestas a las preguntas que podrían plantearse sobre el mal, sin embargo, podemos conocer esta verdad fundamental: Dios ha elegido dejarlo existir en el mundo. La vida justa tendrá que vivirse en torno a la maldad.

Los testimonios de vida y la Palabra de Dios relatan que el que se vuelve a la maldad es parecido a un animal. Quien persigue la injusticia elige ser insensato en cuanto a dos verdades: no encontrará la verdadera felicidad ni la plenitud en la vida, y va rumbo a un final trágico en la muerte.

Es cierto que lo anterior es sólo un resumen rápido y básico de la vida, sin embargo, ha cubierto lo esencial. El pueblo de Dios tiene que amar la justicia e ir tras ella, y tiene que recordar que Dios se ocupará de los impíos a Su propia manera, en Su propio tiempo. Con la sabiduría proveniente de Dios podemos mirar con confianza la justicia y, con igual confianza, anticipar la desaparición definitiva de los impíos.

«Jehová reina»— Incluso sobre los ríos

El sobrescrito: Ninguno.

No sabemos quién escribió este himno de alabanza ni las circunstancias en las que fue escrito. El TM, al no tener un sobrescrito, no nos ayuda. La LXX tiene el prefijo: «Para el día antes del día de reposo, cuando la tierra fue habitada por primera vez, la alabanza de un cántico de David». Sin embargo, este título precristiano del siglo II parece ser incongruente con el texto del salmo y por lo tanto, no proporciona ninguna información confiable sobre el propósito y el contexto del salmo. Sí dice que la alabanza fue «de David» (τῷ Δαυιδ; *tō David*), lo cual no podemos probar ni refutar. A la luz de esto, tenemos que volver a nuestra principal fuente de conocimiento previo, las indicaciones del salmo mismo que, por diseño en este caso, no están claras.

Este gran salmo de alabanza parece unirse con Salmos 95 al 100 para formar una colección de salmos que generalmente se llaman «salmos de entronización». Han adquirido esta designación porque cada uno, a su manera, enfatiza que Dios reina como Rey de la tierra. En este cántico se le describe a Yahvé como el Rey que, vestido majestuosamente, ocupa Su trono con poder. El cántico anuncia su tema en sus palabras iniciales cuando clama: «Jehová reina» (v. 1a).

El mundo, pese a que a veces se vuelve inestable debido al liderazgo del hombre y a menudo es influenciado por todo tipo de fuerzas radicales, vive continuamente bajo la voluntad de Dios. El Señor permite que Su mundo sea afectado por los actos de maldad y las malas decisiones humanas; sin embargo, en Su sabiduría, ha limitado lo que estos poderes pueden hacer. Muy por encima de las maquinaciones de los hombres y la maldad, Dios reina como Rey soberano de la tierra.

Su trono ha sido establecido desde la eternidad. Incluso las violentas aguas del mar, la fuerza más temible conocida en el mundo del Cercano Oriente

en los días del salmista, se someten a Sus órdenes. Su poder y gloria se reflejan especialmente en Su casa y en Sus testimonios.

En cuanto al género, el salmo es un cántico o himno de alabanza que canta la soberanía de Dios. El carácter de Su señorío queda especialmente subrayado cuando el himno aborda la pregunta «¿Cómo es realmente Dios, el verdadero Rey?».

UN REY MAJESTUOSO (93.1, 2)

**¹Jehová reina; se vistió de magnificencia;
Jehová se vistió, se ciñó de poder.
Afirmó también el mundo, y no se moverá.
²Firme es tu trono desde entonces;
Tú eres eternamente.**

Versículo 1. Jehová reina. ¿Qué mejor comienzo podría tener un salmo que comenzar con el anuncio amplio de que Yahvé no ha abdicado de Su trono ante nada ni nadie? **Se vistió de magnificencia.** Dios, el Soberano grande y fiable, se «vistió» de «magnificencia» (גְּאוּת, *ge'uth*). El autor usa una palabra hiperbólica que lo describe envuelto en magnificencia, excelencia y esplendor, expresiones que simbolizan Su dignidad. Este Rey es «alto y sublime» (Is 6.1), y no tiene rival ni igual. (Vea Is 26.10.)

Jehová se vistió, se ciñó de poder. El Dios todopoderoso es el Rey de todos los reyes, y lo demuestra en Su señorío sobre Su pueblo y la Tierra. El hecho de que se ciña de «poder» puede representar Su movilización de Sus poderes en defensa de Israel. Nada puede resistirse ante Él, ni siquiera las fuerzas convulsivas de la naturaleza. Quizás el haber liberado a Su pueblo de alguna manera poderosa inspiró la escritura del presente

cántico.

Afirmó también el mundo, y no se moverá. En un momento en que los hombres y las naciones veían que Su causa languidecía o se tambaleaba hacia la derrota, el Señor ejerció Su poder y trajo la victoria a Su pueblo. Mediante esta manifestación, «el mundo» quedó «afirmado». Cuando el mundo parecía estar fallando y cayendo, Dios volvió a afirmarlo.

La NASB consigna «el mundo es firmemente establecido», reforzando la palabra «establecido» con la palabra «firmemente» (כִּיּוֹן, *kun*). La palabra no aparece en el texto hebreo. La tierra había sido puesta en una condición «establecida»; y ahora, en el tiempo del salmo, tiene continuidad y firmeza. «No se moverá» de su fundamento seguro, de hecho no puede, si permanece en la mano de Dios Rey. El pueblo está comprometido con Dios y Él está comprometido con ellos. Por medio de Su reinado como Rey, Su orden moral y Su liderazgo han sido restaurados. Dios reina y el pueblo se alegra.

Versículo 2. El salmista, como debería ser el caso de todas las personas, está cautivado por la naturaleza eterna del trono de Dios. **Firme es tu trono desde entonces; tú eres eternamente.** En vista de que Dios es el Rey eterno, sin principio ni fin, Su «trono» domina todo el tiempo. «Desde entonces» quiere decir «desde la eternidad». Dios, el Dios eterno (עוֹלָם, *'olam*, «eterno»), Aquel que es «desde el siglo y hasta el siglo» (Sal 90.2), es el único Dios verdadero y el único Rey verdadero. Su «trono» siempre le pertenecerá a Él y sólo a Él.

UN REY TODOPODEROSO (93.3, 4)

³Alzaron los ríos, oh Jehová,

Los ríos alzaron su sonido;

Alzaron los ríos sus ondas.

⁴Jehová en las alturas es más poderoso
Que el estruendo de las muchas aguas,
Más que las recias ondas del mar.

Versículo 3. Dios nunca permitirá que Su soberanía le sea arrebatada de Sus manos. No puede ser derrotado ni sometido en última instancia por el hombre o la naturaleza. Ninguna nación, circunstancia o persona puede prevalecer contra Él.

Por lo tanto, Dios es retratado como el Rey todopoderoso. El rugido de las aguas del diluvio es inferior en comparación con el poder del Señor en las alturas. **Alzaron los ríos, oh Jehová, los ríos alzaron su sonido; alzaron los ríos sus**

ondas. La palabra «ríos», que aparece tres veces en el texto hebreo, es la palabra literal para «ríos» (נְהָרוֹת, *n'haroth*). Estas aguas veloces podrían ser una referencia a cualquier fuerza que pueda venir contra Dios y Su pueblo. Las aguas de los ríos se usan en Salmos para referirse a la angustia sufrida por culpa de nuestros propios errores o a manos de los enemigos (Sal 66.12) y los problemas en general (Sal 46.2, 3).

El término «ríos» podría ser lenguaje figurado, incluso un epíteto, para las naciones, como lo es el Nilo para Egipto; el Tigris es para la nación asiria; y el Éufrates es para Babilonia. ¿Cómo se usa la palabra aquí? Puede que simbolice el peor de todos los temores, los mayores terrores de ese día.

Obviamente, la verdad específica que se expresa es que Dios está más que a la altura de la tarea de liberarnos de *cualquier* problema, lo que es cierto independientemente de que la calamidad sea el mar embravecido, las naciones enemigas o los desastres naturales.

El mensaje del versículo 3 es transmitido en un paralelismo algo progresivo. Las tres líneas muestran un aumento de la actividad. Si bien cada declaración comienza esencialmente de la misma manera, las palabras al final de cada línea dan énfasis adicional. Cuando se ve el versículo en su forma poética, la creciente intensidad de los ríos es evidente:

Alzaron los ríos, oh Jehová,
Los ríos alzaron su sonido;
Alzaron los ríos sus ondas.

Cuando el autor mira atrás, revive el desastre. Ve la devastación acercándose a ellos, devastación que se eleva ante ellos como una inundación impetuosa. Estas olas de oposición dan su voz. Oye el ruido del ataque, el trueno de su fuerza arremolinada; en el apogeo de su fuerza, ve las olas rompiendo de un lado a otro con una intención despiadada.

Versículo 4. Cualquier tipo de calamidad que pueda sobrevenirle a un siervo fiel, Dios se levanta sobre ella y la elimina. **Jehová en las alturas es más poderoso que el estruendo de las muchas aguas, más que las recias ondas del mar.** De hecho, el Señor derrota a estos grandes enemigos con poco esfuerzo.

La palabra hebrea para «estruido» es una palabra plural que quiere decir «voz», «ruido», «grito» o «rugido» (קוֹל, *qol*). Las olas hablan; rugen de ira. La Reina-Valera ha traducido מְשֻׁבָּר

(*mishbar*) con «ondas», mientras que la NASB consigna «rompientes de ola». El modificador es אֲדִיר (*'addir*), un adjetivo para una fuerza gigante y altanera. Ante el Señor, sin embargo, estas olas altaneras retroceden y se convierten en nada. «Jehová en las alturas» se eleva por encima de los ataques de la naturaleza.

Los israelitas veían el mar como un misterio que escapaba a su comprensión. Creían que era invencible, incognoscible e ilimitado. La profundidad del mar, su carácter amenazador, el sonido de sus rugidos, los llenaban de terror y los obligaban a permanecer alejados de él.

La ilustración del autor constituye la descripción más fuerte y vívida que pudo extraer de su visión del mundo. Su canción afirma que Dios está por encima de lo peor que el judío típico pueda imaginar. «Puedes creer», dice, «que cuando las aguas suben y golpean con fuerza incesante, esforzándose por destruirnos, el Señor es más poderoso que cualquier cosa que el mar pueda hacer. Él ha establecido Su reinado y señorea incluso sobre la fuerza de las aguas impetuosas». Se está representando el poder sobrenatural de Dios.

Decir que Dios es más fuerte que los músculos del océano es decir que Él puede con cualquier cosa. Es sostener que hace que las olas retrocedan con Su aliento; que domina las orillas del mar con sólo una palabra; que calma sus vientos con un guiño de Su ojo. Su mano es más ancha que los siete mares. Las mareas suben y bajan según Sus órdenes. Cuando llegue la gran prueba, Dios, como Rey, liberará a Su pueblo con una resolución inquebrantable. La gran victoria que experimentarán los inspira a cantar nuevamente: «¡Aleluya, Jehová reina!». Su mundo será reconstruido gracias al liderazgo y la cuidadosa preocupación de su Rey. Éste eliminará sus temores mientras diezma a sus enemigos. Su Dios es el Rey de reyes.

UN REY JUSTO (93.5)

⁵Tus testimonios son muy firmes;
La santidad conviene a tu casa,
Oh Jehová, por los siglos y para siempre.

Versículo 5. Entonces, también, Dios es un Rey justo. Su trono se caracteriza por los atributos de santidad y verdad. **Tus testimonios son muy firmes.** Habiendo hablado de la gloria, la majestad, la eternidad y el poder de Dios como más fuertes que la parte más poderosa de la creación, las aguas

de los ríos, el salmista concluye su himno alabando el carácter santo de Dios y Su naturaleza veraz. Sus «testimonios» son «muy firmes» (אָמֵן, *'aman*), fiables, fieles y ciertos. Todos los atributos perfectos de Dios se encuentran detrás de Sus promesas. No sólo eso, sino que en el crisol de la experiencia, Sus palabras han resultado irreprochables. «Muy firmes», cada promesa se ha mantenido como absolutamente fiable. Probados en las aceras de la vida, los testimonios de Dios han sido confirmados cuando las fuerzas de destrucción estaban en su peor momento. La experiencia los ha demostrado verdaderos, fiables y sin fisuras. Ni siquiera los estragos del tiempo y los interminables ciclos de la eternidad pueden sacudirlos.

La santidad conviene a tu casa. Dios y la «santidad» van juntos. Él crea la santidad y la santidad lo refleja a Él.

La verdadera «santidad» la define Dios. Debido a la clase de ser que es Yahvé, es apropiado o digno (נָאֵה, *na'ah*) que Su casa esté adornada con «santidad», una consecuencia obvia de Su carácter.

Oh Jehová, por los siglos y para siempre. Yahvé, el Dios eterno, señorea eternamente sobre Su pueblo. Su pacto es firme; y Su presencia, como dice el hebreo, es por duración (אָרָךְ, *'arak*) de días (יָמִים, *yamim*). Si bien el hombre puede romper el pacto y Dios puede quitar Su presencia, Sus promesas no serán rotas. El paso del tiempo no las debilita ni las modifica.

El clímax de este cántico es su conclusión. Una verdad imponente clama por nuestra aceptación: si Dios es más fuerte que todo lo que ha creado, ¿no será veraz? Si Él es más grande que el mar siempre agitado, ¿no será santo? La última línea se convierte en una respuesta contundente y afirmativa a estas preguntas implícitas. El crescendo del salmo se convierte en un testimonio incomparable: «En verdad, el Señor es santo y todopoderoso y lo será “para siempre”».

APLICACIÓN

El temor y el siervo de Dios

¿Alguna vez se ve afectado el siervo de Dios por el temor? Sí, enfrentar el temor constituye una experiencia humana común para todos los santos. Cuando nos enfrentamos al mal, a la enfermedad, y la muerte, podemos temblar con la idea de comenzar la prueba. El autor de Salmos 64 oró diciendo: «Guarda mi vida del temor del enemigo» (Sal 64.1). El temor lo invadió tanto

que pensó que iba a morir. Cuando Pablo fue a Corinto por primera vez, el temor se apoderó de él, y dijo: «Y estuve con vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor» (1ª Co 2.3). Quizás vio la inmensidad de su tarea y la profundidad del pecado que tendría que enfrentar, y su corazón tembló al contemplar la situación total.

El temor se presenta en dos formas. La primera forma se parece más al pavor. Nos atrapa mientras nos preparamos para afrontar alguna gran prueba o dificultad. Tiene que ser lo que experimentó Pablo cuando comenzó a predicar en Corinto. La segunda es el respeto sano por Dios. Pablo dijo de los pecadores rebeldes: «No hay temor de Dios delante de sus ojos» (Ro 3.18). Este tipo de temor es «el principio de la sabiduría» (Pr 1.7a). La primera clase es de esta tierra, pero la segunda clase es de Dios. La primera mata y debilita; la segunda clase sana y salva.

¿Cómo hemos de manejar el terror y el pavor terrenales? La respuesta se resume en una frase: sólo la fe puede vencer el verdadero temor.

Tenemos que mirar hacia arriba. Cuando estamos abrumados por el temor, nos vemos obligados a mirar a Dios en Su trono. Es lo que estaba haciendo el autor de este salmo. Miró al cielo y recordó lo que Dios había hecho por Su pueblo. Desde los confines de los problemas, podemos mirarlo a Él y ser persuadidos a creer que todo está bien en nosotros y en el mundo de Dios, el cual está a cargo de nosotros. Somos Su pueblo y Él se asegurará de que nuestras necesidades sean satisfechas.

Si creemos que somos invencibles, debemos mirar al cielo estrellado. Después de esta mirada celestial, nos daremos cuenta de lo pequeños e insignificantes que somos. Asimismo, cuando estamos en medio de una gran dificultad, debemos mirar a Dios en Su trono; entonces comprendemos cuán pequeños son nuestros problemas.

Vemos fuerzas a nuestro alrededor que son más grandes de lo que nuestra mente puede asimilar, y es fácil permitir que nos superen. Sin embargo, Dios que reina sobre la tierra es nuestra defensa. «Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién temeré?» (Sal 27.1). Cuando llegan los problemas, cuando llega el éxito o cuando llega la confusión, mirar hacia arriba nos recuerda que Dios no ha entregado Su trono a nadie. Él está en nosotros, obra por medio de nosotros y va delante de nosotros. Con esta visión de Él en nuestra mente, podemos relajarnos

y dedicar el tiempo restante a hacer Su voluntad.

Tenemos que mirar hacia dentro. Cuando estamos temblando de temor, centrémonos en lo que hemos llegado a creer. Sabemos lo que Dios nos ha prometido. Él escuchará nuestras oraciones, nos proveerá, nos protegerá y nos guiará. Es útil recordar estas promesas e instarles a nuestros corazones reemplazar el temor con fe en las promesas de Dios.

Además, debemos hablar con nosotros mismos y exigirnos mirar la situación con fe en lugar de temor. Es fundamental pensar en nuestro poder, nuestra fuerza en el Señor y nuestra protección que viene de Dios. Nuestro enfoque determinará si seremos controlados por la Palabra de Dios o por nuestras emociones. Quiénes somos determina lo que vemos.

Tenemos que mirar atrás. En medio de una prueba terrible, debemos revisar la forma como Dios siempre ha tratado a Sus siervos. Podemos pensar en cómo cuidó a José cuando fue vendido como esclavo o recordar cómo protegió a David cuando enfrentó a Goliath. Si vivimos en Él, Él cuidará de nosotros como lo hizo con ellos. La evidencia se une para decir que Dios es más fuerte que todas las demás fuerzas que nos rodean juntas. Podemos superar cualquier cosa porque «Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible» (Mt 19.26).

Tenemos que mirar hacia adelante. Cuando nos enfrentamos al temor, debemos pensar en nuestra misión. Como siervos del Señor, buscamos glorificarlo. Nuestro objetivo principal no es la comodidad, la popularidad o la prosperidad. Sea que vivamos o muramos, somos de Dios. Somos Su propiedad personal. Nuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo. Dios es quien nos sostiene y obra en nosotros.

El conocimiento de que vivimos en Dios constituye el antídoto contra el temor. Los cristianos saben que están escondidos en Dios por medio de Jesús (Col 3.3). Los cristianos también saben que se les ha prometido un hogar con Él en el cielo. «Cuando Cristo, [nuestra] vida, se manifestó, entonces [nosotros] también [seremos] manifestados con él en gloria» (Col 3.4). Recordar lo que Dios nos ha dicho elimina todo temor. «Porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre» (He 13.5b, 6).

Cómo vivir por encima de la persecución

El sobrescrito: Ninguno.

El TM hebreo no tiene título para este salmo; sin embargo, la LXX lo ha titulado «Salmo de David para el cuarto día de la semana» (Ψαλμός τῷ Δαυιδ τετράδι σαββάτων, *Psalmos tō David tetradi sabbatōn*). No se da ninguna pista sobre el autor, aparte de este título griego. Tampoco consta ninguna indicación sobre la circunstancia que dio origen a su redacción. El contenido asume que el autor y su nación están experimentando dificultades provenientes de algunos de su propio pueblo que se han entregado a la maldad.

Con las características literarias tanto de la poesía de lamento como de sabiduría, el autor de este cántico se centra en las desigualdades circunstanciales que a menudo acosan a los justos. Aborda preguntas tan desconcertantes como «Si Dios es bueno, ¿por qué no quiere poner fin al sufrimiento de los justos?» y «Si Dios es todopoderoso, ¿por qué no elimina la injusticia?». Estos temas también se abordan en Salmos 37, 49 y 73.

La principal dificultad dada en este salmo la constituye la persecución contra el hombre fiel. El salmista sostiene que ser bueno es íntegro, digno de mención y algo que Dios dirige; y al hombre de fe se le debe alentar, no oponérsele. Los perseguidores no parecen ser naciones incrédulas que se han opuesto a los justos de la nación de Israel. Parecen ser ciudadanos israelitas que se han olvidado de Dios. Por su egoísmo y orgullo, han llegado a despreciar el camino de la verdad y a quienes lo siguen.

Salmos 92 enfatiza que la prosperidad de los impíos es temporal. Como la calma antes de la tormenta, el autor dice que el éxito del impío es un preludio de su juicio por parte de Dios. Sin embargo, el presente salmo contiene más énfasis en la gracia de Dios que Salmos 92 y le asegura al

siervo fiel que el amor de Dios es suficiente para sostenerlo en cualquier prueba. En la parte de alabanza del lamento, la oración sostiene que quien camina delante de Dios con un corazón confiado encontrará que Dios lo consolará y sustentará en sus momentos difíciles.

¡OH DIOS, BRILLA! (94.1–7)

¹Jehová, Dios de las venganzas,
Dios de las venganzas, muéstrate.

²Engrandécete, oh Juez de la tierra;
Da el pago a los soberbios.

³¿Hasta cuándo los impíos,
Hasta cuándo, oh Jehová, se gozarán los
impíos?

⁴¿Hasta cuándo pronunciarán, hablarán cosas
duras,
Y se vanagloriarán todos los que hacen ini-
quidad?

⁵A tu pueblo, oh Jehová, quebrantan,
Y a tu heredad afligen.

⁶A la viuda y al extranjero matan,
Y a los huérfanos quitan la vida.

⁷Y dijeron: No verá JAH,
Ni entenderá el Dios de Jacob.

Versículo 1. El pedido de juicio que hace el salmista comienza de una manera abrupta. Le pide a Dios que tome asiento en Su trono de gloria y dé a los orgullosos y malvados su justo castigo. **Jehová, Dios de las venganzas, Dios de las venganzas, muéstrate.** En esta primera línea se usan dos nombres para Dios, «Yahvé» (יהוה, *YHWH*), que se traduce como «Jehová», y «El» (אֵל, *El*), que se traduce como «Dios».

El Dios todopoderoso es quien se ocupa de

todas las «venganzas» apropiadas y se le pide que ejerza Su derecho divino y juzgue el mal. El salmista nos recuerda a Jeremías, quien predicó que «Jehová, [es un] Dios de retribuciones», Aquel que «dará la paga» a los que se han entregado al pecado (Jer 51.56). (Vea Dt 32.35; Nah 1.2; Ro 12.19.)

«Venganzas» proviene de una palabra plural hebrea, נִקְמוּת (n^eqamoth), que habla de un juicio pleno y completo. La repetición de la palabra «venganzas» aumenta aún más la intensidad y urgencia de su clamor. Lo que su oración implica es que toda «venganza» pertenece al Señor; sólo Él sabe cuándo, dónde y cómo se manifestará este espíritu de juicio.

Dios no es un Dios tiránico que centra Su energía divina en perseguir a los impíos para castigarlos. En lugar de ello, es justo y, cuando Su sabiduría así lo decreta, llevará a los impíos a juicio.

Su ferviente súplica es que Dios se «muestre» (נִפְתָּח, *yapa'*), o «salga» con Su justicia que impondrá un veredicto divino sobre los impíos. La oración es para que Dios haga una demostración inmediata de Sus prerrogativas de juicio.

Versículo 2. En un paralelismo sinónimo, que abarca dos versículos del texto, a Dios se le llama «Juez» y también Vengador de toda la tierra. **Engrandécete, oh Juez de la tierra; da el pago a los soberbios.** «Los soberbios» (גִּבְוֹהִים, *ge'eh*) son aquellos que hacen alarde de la voluntad de Dios y maltratan a sus semejantes en pos de sus ambiciones pecaminosas. La palabra «da» es la traducción de שׁוּב (*shub*), un término que quiere decir «retornar». La idea es que Dios debe «devolver» a estos impíos lo que merecen. «Pago» (גְּמוּלָה, *gemul*) quiere decir «pagos justos». (Vea Sal 28.4; Lm 3.64.) A Dios, el Juez supremo, se le pide que traiga a «los soberbios» ante Él y les exija que den cuenta de sus malas obras. (Vea Sal 58.11; 82.8.)

Versículo 3. En todas direcciones, el autor ve maldad insensible y arrogante. **¿Hasta cuándo los impíos, hasta cuándo, oh Jehová, se gozarán los impíos?** Repite la pregunta «¿Hasta cuándo?» para dar énfasis. Su pregunta es más bien: «Dios, ¿hasta cuándo permitirás que la maldad siga sin control?». Las personas impías que lo rodean no sólo exhiben maldad, también «se gozan» o se jactan de lo que han hecho. La pregunta que se hace es similar a la que hizo Habacuc: «¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás?» (Hab 1.2).

Versículo 4. Sus desvaríos orgullosos son públicos y extensos. **¿Hasta cuándo pronunciarán,**

hablarán cosas duras, y se vanagloriarán todos los que hacen iniquidad? Se combinan tres términos para describir su vanidad: «pronunciarán», «cosas duras» y «se vanagloriarán». Sus corazones inflados y egoístas envían un torrente de palabras jactanciosas. Hablan entusiasmadamente entre sí sobre sus hazañas. Son insolentes o arrogantes (עֲתָק, *'athaq*), característica de quienes se han entregado a la «iniquidad». La expresión «se vanagloriarán» (אָמַר, *'amar*) es una traducción de una forma reflexiva de una palabra que básicamente quiere decir «hablar». La idea es que buscan construir su imagen pública con palabras vacías, un hablar inflado y discursos exagerados.

Versículo 5. La peor parte del cuadro ahora sale a la luz. Estos enemigos impíos están destruyendo la nación del Señor. **A tu pueblo, oh Jehová, quebrantan, y a tu heredad afligen.** El «pueblo» de Dios, Su «heredad» o herencia, los israelitas que componen Su posesión (Sal 28.9; Dt 4.20), están siendo desmenuzados. Están siendo «quebrantados» (דָּכָא, *daka'*) o pulverizados, «afligidos» (עָנָה, *'anah*) o maltratados con fuerza.

Versículo 6. Las personas impías del versículo anterior carecen de cualquier sentido de compasión. **A la viuda y al extranjero matan, y a los huérfanos quitan la vida.** Se aprovechan de aquellos que no pueden defenderse, como «la viuda», «el extranjero» y «los huérfanos». «Matan» (הָרַג, *harag*), la palabra hebrea típica para «matar», y «asesinar» (רָצַח, *ratsach*), la palabra usada en el séptimo mandamiento (Ex 20.13), son expresiones figuradas para un maltrato extremo e insensible. Pasan por encima de quienes se interponen en su camino, sean jóvenes o viejos, necesitados o bien abastecidos, e incluso los destruyen si es necesario para lograr su avaricia.

Versículo 7. ¿Cómo justifican una crueldad de este tipo? ¿Cómo toleran sus conciencias tales acciones? ¿No se dan cuenta de que responderán ante Dios? Las respuestas a estas preguntas se dan en la siguiente línea: **Y dijeron: No verá JAH, ni entenderá el Dios de Jacob.** Se enfrentan a la fealdad de todo degradando a Dios en sus mentes. Dicen: «Dios no verá nuestras acciones. A él no le importa lo que hagamos». Se dicen a sí mismos que Dios no se da cuenta de tragedias como estas; y cuando las ve, no les presta atención. (Vea Sal 10.11, 13; 59.7.)

A Dios se le refiere como «el Dios de Jacob», Aquel que tomó a «Jacob» y lo convirtió en la nación israelita. El nombre de «Dios» es יְהוָה (*Yah*),

una forma abreviada de «Yahvé» (YHWH), el Dios todopoderoso del pacto. *Yah* es el nombre de Dios que constituye la última parte de la palabra «aleluya»; es una designación para Dios que también aparece en el versículo 12.

La descripción de los impíos en los últimos tres versículos contiene cinco pecados destructivos. Los que persiguen a los justos son culpables de opresión y muerte (vv. 5, 6); expresan falso orgullo jactándose de lo que hacen (v. 4); y lanzan insultos tanto a Dios como a los justos (v. 7).

¡JEHOVÁ VE! (94.8–11)

⁸Entended, necios del pueblo;

Y vosotros, fatuos, ¿cuándo seréis sabios?

⁹El que hizo el oído, ¿no oirá?

El que formó el ojo, ¿no verá?

¹⁰El que castiga a las naciones, ¿no reprenderá?

¿No sabrá el que enseña al hombre la ciencia?

¹¹Jehová conoce los pensamientos de los hombres,

Que son vanidad.

Versículo 8. ¿Ve Dios las malas obras de los impíos, y juzgará con el tiempo estas obras? En respuesta a estas preguntas, el autor acusa a los impíos, diciendo: **Entended, necios del pueblo; y vosotros, fatuos, ¿cuándo seréis sabios?** A los impíos se les dice «entended» (יִבֵּן, *bin*), «comprendan», «consideren» o «tomen nota seria de» lo que en realidad están haciendo. (Vea Sal 14.2; 64.9; 106.7.) Se les dice que presten especial atención al mensaje del presente salmo. «¿Cuándo actuarás con prudencia o sabiduría [חָכָם, *śakal*]?» pregunta el salmo. Los individuos que el autor imagina son, dice, «necios» y semejantes a animales (בְּעִיר, *ba'ar*). No tienen comprensión. (Vea Sal 92.6.) Siempre están aprendiendo, pero nunca llegan a la verdad. Se les llama «fatuos» (כְּסִיל, *k'sil*) o «insensatos». Son unos tontos.

Versículos 9, 10. Se expresan tres preguntas retóricas que suponen respuestas afirmativas. **El que hizo el oído, ¿no oirá?** ¿No deducimos que el Dios que «hizo» (נָתַן, *nata'*) nuestros oídos espera que con ellos escuchemos y entendamos? ¿No es Él un Dios que también escucha y comprende lo que sucede en Su tierra? ¿No esperamos que Él tenga las mismas facultades que ha creado en nosotros? **El que formó el ojo, ¿no verá?** ¿No hemos comprendido todos que el Dios que hizo o «formó» (יָצַר, *yatsar*) el «ojo» del hombre para que pueda

ver, percibir y juzgar es un Dios que también ve, observa, discierne y juzga?

El Dios que juzga a los demás, ¿no juzgará también a los Suyos? **El que castiga a las naciones, ¿no reprenderá?** ¿No sabrá el que enseña al hombre la ciencia? ¿No sabemos que Dios, Aquel que es el verdadero maestro del hombre, Aquel que juzga o «castiga» (יָצַר, *yasar*) a las demás naciones, también juzgará a Su nación? De hecho, todo lo que sabemos acerca de Dios nos convence a creer que Él disciplina, corrige e incluso juzga a Su propio pueblo cuando es necesario.

Versículo 11. Ciertamente el Dios de todo conocimiento sabe todo lo que sucede. **Jehová conoce los pensamientos de los hombres, que son vanidad.** Él no sólo oye, ve y observa las acciones de los hombres, también conoce sus pensamientos más íntimos. Por ejemplo, Él pesa los pensamientos de los impíos y los encuentra ingrátidos y sin valor. Son tan fugaces como la «vanidad» o el «aliento» (NASB) que sale de la boca y la nariz. La palabra hebrea para «vanidad» (הֶבֶל, *hebel*) es la palabra que se usa treinta y ocho veces en Eclesiastés y generalmente se traduce como «vanidad». Es como un soplo, un vapor, una burbuja que revienta y desaparece.

Los pensamientos vacíos del hombre se disuelven tan rápidamente como su respiración. La LXX ha traducido la palabra *hebel* con μάταιος (*mataios*), que quiere decir «inútil» o «inepto». En 1ª Corintios 3.20, «El Señor conoce los razonamientos de los sabios», Pablo, adaptando esta frase de la LXX, puso la palabra «sabio» para «hombre» y la usó para mostrar la necedad de los sabios mundanos.

«Jehová conoce» sugiere que el Señor no sólo considera los pensamientos de todos los hombres, sino que también juzga sus pensamientos. Él es el Dios omnisciente que pesa todos los designios, intenciones y acciones del hombre. Él sabe cuán vacíos pueden ser los pensamientos del hombre.

¡BENDICIONES EN LA ADVERSIDAD! (94.12, 13)

¹²Bienaventurado el hombre a quien tú, JAH, corriges,

Y en tu ley lo instruyes,

¹³Para hacerle descansar en los días de aflicción,

En tanto que para el impío se cava el hoyo.

Versículo 12. Cuando se considera la perse-

cución desde otro punto de vista, el autor asume que de las dificultades pueden surgir bendiciones. **Bienaventurado el hombre a quien tú, JAH, corriges, y en tu ley lo instruyes.** «Bienaventurado» (אַשְׁרֵי, *ashrey*) es plural y sugiere una plenitud de beneficios. «Hombre» es una traducción de la palabra hebrea que representa un hombre fuerte (גִּבֹּר, *geber*). La Reina-Valera ha usado «JAH» para יה (Yah). Es la segunda aparición de este nombre para Dios en este salmo. (Vea v. 7.) La idea de la bienaventuranza es que incluso el hombre fuerte es a veces bendecido por las dificultades.

Las adversidades de la vida a menudo son utilizadas por Dios como disciplina que trae instrucción y comprensión a quienes las sufren. La palabra «corrige» (יָסַר, *yasar*) puede referirse a todo el proceso de educación de un niño; puede incluir todas las disciplinas de la vida que nos llevan hacia la madurez. La LXX, en su traducción de *yasar*, ha utilizado una forma participial de la palabra παιδεύω (*paideuō*), palabra que se refiere especialmente a la educación de un niño. En esta frase, el castigo mencionado es paralelo a la enseñanza de la «ley» de Dios. En otras palabras, la ley es el instrumento de instrucción, el método de enseñanza.

Versículo 13. Sin embargo, el salmista ora para que Dios le permita al que sufre descansar un poco de los «días» de dificultades mientras espera que se lleve a cabo el juicio de los impíos. Le ruega, **para hacerle descansar en los días de aflicción, en tanto que para el impío se cava el hoyo.** Su petición es que al que sufre le pueda llegar días de quietud, descanso y paz sin perturbaciones (שָׁקֵט, *shaqat*). El hombre que está bajo la instrucción de Dios recibe fortaleza para los días difíciles y la seguridad de que vendrá la vindicación. Confía en que Dios se ocupará de los impíos en el momento que mejor le parezca. El «hoyo» (חֲדָת, *shachath*) que se está cavando es un símbolo de que el impío eventualmente recibirá el juicio por su pecado.

¡EL SEÑOR GUARDA A LOS SUYOS! (94.14–16)

¹⁴**Porque no abandonará Jehová a su pueblo,
Ni desampará su heredad,**

¹⁵**Sino que el juicio será vuelto a la justicia,
Y en pos de ella irán todos los rectos de co-
razón.**

¹⁶**¿Quién se levantará por mí contra los ma-
lignos?**

**¿Quién estará por mí contra los que hacen
iniquidad?**

Versículo 14. Los justos ven la persecución mediante la tranquilizadora garantía de que Dios no abandonará a los Suyos. **Porque no abandonará Jehová a su pueblo, ni desampará su heredad.** Cuando llega la adversidad, tenemos que mantener en primer plano de nuestras mentes la promesa de Dios de cuidar de Su «heredad», Su pueblo escogido. Detrás de Su providencia siempre presente está la verdad de que Dios cumplirá Sus promesas de preservar, proveer y apreciar a quienes le pertenecen. Puesto que son Sus posesiones, permanecen continuamente bajo Su supervisión.

Versículo 15. La integridad de Dios exige que la justicia siempre regrese a los justos y que los justos siempre vayan tras ella. **Sino que el juicio será vuelto a la justicia, y en pos de ella irán todos los rectos de corazón.** El hebreo dice literalmente: «Porque a la justicia vuelve el juicio, y después de éste, los rectos de corazón». La frase anuncia una certeza divina: la reivindicación siempre llegará a la justicia, y los rectos de corazón pueden depender de esta promesa. El futuro pertenece a los que son fieles. Los justos no tienen que temer los juicios de Dios, sino que pueden regocijarse porque Sus juicios les traerán gloria y honor. Los juicios de Dios confirmarán Su promesa de brindar liberación y preservación a Su pueblo. Aquellos que son devotos de Dios y Su verdad encontrarán que Él es fiel en todos Sus caminos. El juicio de Dios sobre el mal podría no ser inmediato, sin embargo, no fallará ni irá en contra de los justos. Confían en la victoria última de Dios al final.

Versículo 16. Es bueno, dice el salmista, recordar que cuando tenemos estar solos, en realidad no lo estamos. **¿Quién se levantará por mí contra los malignos? ¿Quién estará por mí contra los que hacen iniquidad?** Para el autor, parece evidente que nadie «se levantará por» él excepto Dios. Sus dos preguntas revelan su creencia de que Dios será su compañero cuando ningún amigo o camarada terrenal esté a su lado. Sólo el Señor puede brindarle la asistencia que necesita mientras camina en los profundos valles de la prueba.

¡DEJA QUE EL SEÑOR TE SOSTENGA! (94.17–19)

¹⁷**Si no me ayudara Jehová,**

Pronto moraría mi alma en el silencio.

¹⁸**Cuando yo decía: Mi pie resbala,
Tu misericordia, oh Jehová, me sustentaba.**

¹⁹**En la multitud de mis pensamientos dentro
de mí,
Tus consolaciones alegraban mi alma.**

Versículo 17. Cuando el justo piensa en el camino por el que ha andado, ve que si no hubiera sido por el Señor, se habría hundido. **Si no me ayudara Jehová, pronto moraría mi alma en el silencio.** Si el Señor no lo hubiera sostenido o no hubiera sido su «ayuda», él cree que habría muerto.

Se refiere a la tumba como el lugar donde «moraría [su] alma en el silencio», una metáfora que enfatiza la ausencia de comunicación entre los muertos. Quizás esté reconociendo que los vivos no escuchan nada de los que han muerto. El texto hebreo no tiene la palabra «moraría»; sólo tiene la palabra «silencio». Una traducción literal de esta parte de la oración sería: «Mi alma como un poco [o «pronto» (NASB)] habitó en silencio». La NASB ha añadido «morada» en aras de la claridad.

Versículo 18. El justo que sufre, por medio de su fe y el caminar que ha tenido con Dios, tiene confianza en que Dios está velando por él. **Cuando yo decía: Mi pie resbala, tu misericordia, oh Jehová, me sustentaba.** Dios manifiesta providencialmente el cuidado dado a Su siervo haciendo que su viaje sea seguro. Cuando siente que su pie resbala, invoca al Señor para que lo rescate, confiando en que Dios en Su «misericordia» (חֶסֶד, *chesed*) responderá a su necesidad. El pie que resbala ilustra cualquier dificultad que podría terminar en tragedia si no fuera por la intervención del Señor. Cuando estamos en lugares resbaladizos y es difícil mantenernos firmes, Dios nos sostiene o mantiene de pie.

Versículo 19. La persecución puede traernos trastornos mentales. Dirigimos nuestros pensamientos conflictivos a Dios y Él nos da paz. **En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma.** La palabra «pensamientos» proviene de una palabra plural hebrea (שָׂרָפִים, *sar'appim*). Dado que tiene el carácter de inquietar o dudar, la NASB la ha consignado como «pensamientos ansiosos».

Este autor descubre que las «consolaciones» del Señor (תְּחִנּוּם, *thanchum*) tranquilizan su mente. Al tiempo que los pensamientos ansiosos se agitan en su alma, mira las promesas de Dios, y ellas le

traen una paz estable y un «deleite» que proviene de una resolución. Su reflexión en estas verdades permanentes deleita (שָׂשׂוּ, *sha'a'*) su espíritu. Unen su mente, destierran su confusión y le dan el aliento que trae la paz.

¡PIENSE EN LA NATURALEZA DE DIOS! (94.20)

²⁰**¿Se juntará contigo el trono de iniquidades
Que hace agravio bajo forma de ley?**

Versículo 20. Cuando surgen problemas, meditar en la naturaleza de Dios nos ayuda mucho. El autor pregunta: **¿Se juntará contigo el trono de iniquidades que hace agravio bajo forma de ley?** «Iniquidades» (הַרְוָה, *hawwah*) en hebreo es plural. La Reina-Valera ha traducido esta palabra como «iniquidades», mientras que la ASV tiene «maldad». Ninguna de estas traducciones parece honrar la palabra, porque se parece más a destrucciones, calamidades o devastaciones. El «trono» es figura de un grupo de personas, una nación o una confederación de naciones que están dominadas por el mal y decididas a llevar a cabo sus malvados designios. La maldad es descrita con una personificación, es decir, describir cosas o conceptos inanimados como si fueran seres animados. Las imágenes describen la maldad colocada sobre «un trono», recibiendo honores y proporcionando una plataforma desde la cual ejercer su influencia destructiva.

Su pregunta es la siguiente: Cuando los malvados elaboran una estrategia malvada, ponen este «agravio» en forma de orden o «ley» y luego lo llevan a cabo como lo harían con un compromiso nacional o una resolución personal, ¿lo aprobará Dios? ¿Se les unirá Dios y trabajará con esta estrategia? ¿La implicación obvia de la pregunta del autor es que la naturaleza justa de Dios le prohíbe tener algo que ver con ello! Su santidad no será comprometida. No pactará con un poder falso ni con un pueblo degenerado dedicado al mal. Dios no puede ni tendrá comunión con la maldad. (Vea 1ª Jn 1.5, 6.)

¿Aprobará Dios alguna ley que legalice y definiendo una forma de vida pecaminosa? La persona piadosa está del lado de Dios, quien reconoce que cuando las leyes humanas entran en conflicto con las leyes de Dios, se tienen que seguir las leyes de su Dios (Hch 5.29).

¡HAZ DE DIOS TU REFUGIO!
(94.21–23)

**²¹Se juntan contra la vida del justo,
Y condenan la sangre inocente.
²²Mas Jehová me ha sido por refugio,
Y mi Dios por roca de mi confianza.
²³Y él hará volver sobre ellos su iniquidad,
Y los destruirá en su propia maldad;
Los destruirá Jehová nuestro Dios.**

Versículo 21. La vida del justo a menudo es pisoteada por los impíos debido a su fidelidad al orden divino de la vida. Con frecuencia es atacado por una persona o un grupo de personas que se oponen a la justicia. **Se juntan contra la vida del justo, y condenan la sangre inocente.** Estos corazones impíos envían amenazas de muerte incluso al «inocente». Se «juntan» (גָּדַד, *gadad*), o se reúnen en un ejército, y vienen contra el «justo», buscando destruir su «vida».

Versículo 22. ¿Qué puede hacer el justo cuando es perseguido? Responde escondiéndose en Dios, su refugio seguro contra cualquier tormenta que pueda levantarse contra él. Independientemente de la gravedad del asalto, su refugio no será penetrado. **Mas Jehová me ha sido por refugio, y mi Dios por roca de mi confianza.** Dios es un «refugio» seguro (מִשְׁגָּב, *mišgab*), y una «roca» semejante a un acantilado (צֹר, *tsur*) de «confianza» (מַחֲסֵה, *mach^aseh*). El justo se pone en manos de Dios y descubre que Él es un muro invencible contra todas las fuerzas de destrucción.

Versículo 23. La justicia de Dios hará que los pecados de los malhechores caigan sobre sus propias cabezas. **Y él hará volver sobre ellos su iniquidad, y los destruirá en su propia maldad; los destruirá Jehová nuestro Dios.** Sus pecados se volverán sobre ellos, o se les «hará volver» (שׁוּב, *shub*) y los «destruirán». En cierto sentido, el pecado impone su propio castigo, porque las personas que siembran para la carne tienen que cosechar lo que han sembrado (Ga 6.7, 8). Los malhechores son castigados por sus pecados en este mundo, y serán castigados por sus pecados en la eternidad. La persona impía tiene que pasar por dos juicios: el juicio del pecado y el juicio del trono de Dios. La justicia de Dios garantiza el funcionamiento de Su ley moral, una ley que Él ha construido como parte de Su mundo, una ley de la cual no hay escapatoria. Alguien podría tanto pensar que puede escapar de la ley de la gravedad como pensar que podría

escapar de la ley divina de retribución moral. La ley que dice «todo lo que el hombre siembra, eso también segará» (Ga 6.7b) aplica a algo más que a las dádivas personales.

En realidad, la destrucción de los impíos surge de dos fuentes. De este lado, sus pecados volverán a ellos. Lo que pretendían para los demás volverá a ellos. Los poderes destructivos del mal, actuando por medio de sus propios pecados, los golpearán y destruirán. En la eternidad, Dios los juzgará. Éste no sólo administra el castigo por medio de Sus leyes morales universales, sino que también, por medio de Su soberanía y señorío, traerá a todas las personas ante Él para que respondan por sus pecados. Su juicio eterno es recto y equitativo.

APLICACIÓN

Cuando llegue la persecución

La persecución llegará inevitablemente a los piadosos. Puede que no se nos pida que muramos por la fe, sin embargo, como mínimo seremos acosados por nuestra creencia en Dios. Pablo nos aseguró este hecho: «Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2ª Ti 3.12). A los cristianos de Filipos se les dijo: «Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él» (Fil 1.29). Pablo describió la persecución como una extensión de «las aflicciones de Cristo», como si dijera que es necesaria cierta cantidad de sufrimiento para que la iglesia viva y se propague (Col 1.24b).

¿Qué debemos hacer ante esta persecución? ¿Cuál es la forma correcta de responder? En la última parte de este salmo (vv. 12–23), se da una respuesta multifacética.

Los justos tienen que recordar que Dios no abandona a Su pueblo en tiempos de prueba. «Porque no abandonará Jehová a su pueblo, ni desamparará su heredad» (v. 14). Dios se encargará de que se reivindique la justicia y se juzgue el mal. El salmista lo expresó en un marco positivo, diciendo: «Sino que el juicio será vuelto a la justicia, y en pos de ella irán todos los rectos de corazón» (v. 15). Ningún impío puede escapar del Dios que todo lo sabe y todo lo ve. La justicia triunfará en el momento apropiado. Los justos experimentarán algún día una reivindicación victoriosa.

En el lado positivo, tenemos que buscar las bendiciones que provienen de la persecución. La bienaventuranza de la adversidad sigue siendo cierta:

«Bienaventurado el hombre a quien tú, JAH, corriges, y en tu ley lo instruyes» (v. 12). Dios, a veces, usa la persecución como herramienta de enseñanza y como vara de castigo para los justos. Cuando sucede, el siervo del Señor se alegra del amor de Dios por él; porque Dios corrige sólo a aquellos a quienes ama. Sus actos hablan de Su preocupación por Su pueblo. Si no fuéramos Sus hijos, no nos aplicaría Su disciplina. En Su sabiduría, nos trae lecciones acerca de Su ley a partir de las dificultades. La persecución puede a veces ser una experiencia de aprendizaje muy importante para quienes confían en Él.

Cuando llega la persecución, es importante recordar el pasado. Su presencia en el pasado constituye un retrato de lo que está haciendo ahora y de lo que hará en el futuro. Cuando el salmista miró atrás, pudo ver situaciones en las que pensó que iba a descender a la tumba, sin embargo, Dios vino en su rescate. Su observación fue: «Si no me ayudara Jehová, pronto moraría mi alma en el silencio» (v. 17). Los siervos justos de Dios tienen «cuandos» memorables sobre los cuales meditar: «cuando» nuestros pies resbalaban (v. 18), «cuando» estábamos turbados por dentro (v. 19), «cuando» estábamos rodeados por los malignos (v. 16), y «cuando» estábamos solos (v. 16), Dios siempre vino a nuestro rescate. Pensamos en los momentos en que el Señor nos liberó y preguntamos: «¿No nos protegerá y guiará ahora como lo hizo en el pasado?».

Cuando llega la aflicción debido a nuestro compromiso con Dios, es un buen momento para recordar la misericordia de Dios. «Cuando yo decía: Mi pie resbala, tu misericordia, oh Jehová, me sustentaba» (v. 18). La naturaleza de Dios, Su espíritu amoroso y misericordioso, jamás nos fallará. Nadie encontrará a Dios fuera de lugar. Él siempre atiende y vela por el corazón justo. Independientemente de cuán crueles sean nuestras circunstancias, estamos rodeados de la misericordia del Señor.

Cuando nos sentimos abrumados por la oposición, podemos consolarnos con las consolaciones de Dios que están a nuestra disposición. El autor estaba preocupado. Su mente se llenó de pensamientos ansiosos y desconcertantes, sin embargo, comenzó a pensar

en las promesas de Dios. Como resultado, el gozo y el deleite entraron en su alma, y dijo: «En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma» (v. 19). Reemplazó lo negativo con lo positivo de las promesas de Dios. Las seguridades de Dios siempre pesarán más que las críticas, las burlas y las acusaciones que provienen de mentes malvadas contra Su pueblo.

Cuando lleguen las aflicciones malignas, es bueno recordar que Dios nunca se pondrá del lado del mal. Si le preguntáramos a Dios: «¿Se juntará contigo el trono de iniquidades que hace agravio bajo forma de ley?» (v. 20), la respuesta sería un rotundo «¡No!». Nuestro Dios justo siempre se opondrá al mal y siempre estará con nosotros en contra del mismo.

De hecho, Él hará caer las consecuencias del mal sobre las cabezas de quienes lo han cometido. El salmista hizo notar: «Y él hará volver sobre ellos su iniquidad, y los destruirá en su propia maldad; los destruirá Jehová nuestro Dios» (v. 23). El mal regresa para perseguir y castigar a quienes lo cometen: «... la paga del pecado es muerte» (Ro 6.23).

Independientemente de las pruebas que puedan surgir, nuestra respuesta definitiva a las dificultades de la vida es escondernos en Dios y dejar que Él nos sostenga. Es el refugio de los justos, la fortaleza de sus fieles. «Mas Jehová me ha sido por refugio, y mi Dios por roca de mi confianza» (v. 22). Él ha sido y siempre será nuestra protección segura contra cualquier cosa que pueda dañarnos.

Como si citara este salmo, Jesús dijo: «Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5.10). Sus palabras indican que la vida en Su reino tiene que incluir hacerle frente a la persecución. Es probable que cada cristiano tenga que pasar por pruebas de fuego como ciudadano del reino. Puede que sus glorias tengan que ser experimentadas mediante la resistencia ante la palabras y acciones hirientes de parte de aquellos que se oponen al Rey, a Su reino y a Sus súbditos. Cuando el pueblo de Dios vive con rectitud en medio de la persecución, el cielo siempre dice de ellos: «Bienaventurados sois [...] porque vuestro galardón es grande en los cielos» (Mt 5.11, 12a).

Deberes supremos

El sobrescrito: Ninguno.

No se le ha asignado ningún título a este salmo en el TM, sin embargo, el salmo es parte de un grupo de siete salmos (93; 95—100) que enfatizan la alabanza a Dios como Rey sobre la tierra y sobre Israel. La primera línea de cada uno consiste en una exhortación o encargo de adorar a Dios. Además, a cada salmo del grupo se le ha dado un título en la traducción de la LXX que lo atribuye a David. Los títulos de dos de los salmos fechan sus respectivos salmos en una época posterior al exilio. Salmos 93 dice: «Para el día antes del día de reposo, cuando la tierra fue habitada por primera vez, la alabanza de un cántico de David». Salmos 96 tiene la frase «Cuando se construyó la casa después del cautiverio, un cántico de David» y Salmos 97 se titula «Para David, cuando su tierra sea establecida». Estos títulos, hasta donde sabemos, representan una tradición antigua y sin inspiración. Sin embargo, Hebreos parece asignar una autoría davídica a Salmos 95 con su frase específica «diciendo [...] por medio de David» (He 4.7). Podría ser que las partes básicas de estos salmos fueron escritas originalmente por David y luego fueron adaptadas para un uso especial durante la reconstrucción de Jerusalén y el templo después del cautiverio.

Este himno de alabanza se divide en dos partes. La primera mitad (vv. 1–7a) constituye una alabanza a Dios a la que se le ha puesto música y que a menudo cantamos como un exuberante canto de adoración. La segunda mitad (vv. 7b–11) muestra a Dios hablándonos, anunciándonos nuestra necesidad de obedecerlo. Con estas dos partes distintas, una invitación a adorar a Dios y una exhortación a obedecer a Dios, el salmo enfatiza los dos deberes supremos del hombre.

Si este salmo tiene un contexto postexílico, entonces el cántico se regocija en la renovación del reinado de Dios sobre la tierra después de la opresión del exilio. Cuando Jerusalén fue destruida y un gran número de judíos fueron llevados

cautivos, a los israelitas les habría parecido que Dios había entregado Su trono a los babilonios. Sin embargo, en el tiempo providencial de Dios, cuando los judíos regresaron del cautiverio a Judá, fue como si Dios volviera a ser el líder de Judá. Había comenzado la construcción del templo en Jerusalén, y la nación de Judá se estaba levantando de sus cenizas. En este período de reconstrucción, los judíos estarían reconociendo nuevamente a Yahvé como Gobernante soberano de toda la tierra.

Dios había permitido que Su pueblo fuera disciplinado por una potencia extranjera, y en ese momento estaba manifestando Su fidelidad a las promesas que había hecho por medio de los profetas. Incluso si este escenario del salmo carece de la evidencia más sólida, el regocijo que habría sido característico de tal circunstancia ilustra el gozo que tiene que haber motivado la redacción del salmo.

La exhortación que forma la última parte del salmo (vv. 7b–11) sirve como recordatorio para cualquier adorador de que Dios espera fidelidad de parte de Su pueblo. Si el salmo se usó especialmente en el tiempo de la reconstrucción del templo, una advertencia de no hacer lo que Israel había hecho en el desierto y en su vida como nación en Palestina habría constituido una parte apropiada de la invitación a adorar.

**«ACLAMEMOS ALEGREMENTE»
(95.1, 2)**

**¹Venid, aclamemos alegremente a Jehová;
Cantemos con júbilo a la roca de nuestra
salvación.**

**²Lleguemos ante su presencia con alabanza;
Aclamémosle con cánticos.**

Versículo 1. La más elevada de todas las invitaciones es la que invita al pueblo de Dios a adorar al Dios que los ha creado y salvado, y que ahora los guía. Con este tipo de convocatoria comienza este cántico, diciendo: **Venid, aclamemos alegremente a Jehová.** Esta primera línea constituye una exhortación incrustada en el verbo que se usa. El salmista insta a Israel a alzar sus voces de alabanza a Dios. El verbo hebreo רָנַן (*ranan*), que se traduce «aclamemos alegremente», es una palabra fuerte que transmite que el corazón está saltando de alegría mientras ofrece sus alabanzas a Dios.

El paralelo sinónimo de la primera línea repite el pensamiento anterior, pero con diferentes palabras: **Cantemos con júbilo a la roca de nuestra salvación.** Aquí se utiliza una palabra similar a *ranan*; es רוּעַ (*rua'*), que habla de un «canto» alegre que es como un clamor de triunfo. A menudo describe la alabanza a Dios con un corazón que reconoce una victoria que Él ha dado.

Esta alabanza va dirigida a Dios, quien ha sido la «roca de [...] salvación» de ellos o el medio del éxito de ellos. El salmista usa la «roca» metafórica (צִוְרָה, *tsur*), mediante la que se le compara a Dios con una roca del tipo acantilado, con el sólido muro de roca, para Su pueblo.

Según este salmo, todas las personas, especialmente las de la nación de Israel, deben unirse para alabar a Dios. Toda voz que pueda cantar debe ser elevada en adoración a Él. La gratitud y la felicidad que surgen en el corazón deben expresarse en himnos verbales de acción de gracias. Recae sobre cada persona el deber de entrar en la gozosa experiencia de darle la gloria adecuada a Dios.

Versículo 2. Esta advertencia de alabar a Dios se divide en cuatro líneas, formando un paralelismo sinónimo de dos versículos. **Lleguemos ante su presencia con alabanza.** El verbo hebreo קָדַם (*qadam*) y el objeto directo פָּנֶה (*paneh*) dicen literalmente que debemos «presentarnos delante de Su rostro» con nuestras ofrendas de gratitud. En la alabanza a Dios, se «viene al encuentro» de Dios de manera exclusiva. Se viene a Su asombrosa «presencia» de una manera especial.

Un elemento importante para alabarle es darle gracias. Acudimos a Él para expresar nuestra gratitud por Su obra en nosotros, por medio de nosotros y para nosotros.

La palabra para «alabanza» es תְּהִלָּה (*thodah*), una palabra que encarna himnos de acción de gracias e incluso sacrificios de acción de gracias. La palabra lleva a los cristianos al mandamiento

del último capítulo de Hebreos: «Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre» (He 13.15). La verdadera alabanza a Dios ha de ser sincera y revestida con la cobertura dorada de la acción de gracias.

Aclamémosle con cánticos. Los corazones llenos de la alegría de la acción de gracias normalmente se expresan en cánticos que ponen en palabras lo que conocen en sus corazones. Este fue también el testimonio de Santiago: «¿Está alguno alegre? Cante alabanzas» (Stg 5.13).

La palabra para «cánticos» se consigna «salmos» en otras traducciones de la Biblia, sin embargo, no es la típica que aparece a menudo en el libro de Salmos. Es זְמִירוֹת (*z'miroth*), palabra plural que en su base quiere decir «canciones».

Obviamente, nuestra alabanza a Dios debe tener un contenido significativo. Los corazones exuberantes, regocijados en las obras de gracia de Dios, han de expresar su felicidad entonando «cánticos» de alabanza o salmos.

EL GRAN REY (95.3–5)

³Porque Jehová es Dios grande,

Y Rey grande sobre todos los dioses.

⁴Porque en su mano están las profundidades de la tierra,

Y las alturas de los montes son suyas.

⁵Suyo también el mar, pues él lo hizo;

Y sus manos formaron la tierra seca.

Versículo 3. Las invitaciones a adorar a Dios en Salmos generalmente van seguidas de una justificación de por qué debería ser adorado de esa manera. Fiel a su estilo, este salmo menciona los atributos característicos de Dios que nos constriñen a alabarlo. El salmista canta: **Porque Jehová es Dios grande.** Esta primera razón para alabar a Dios, una razón básica que es obvia para todos los que le conocen, es que Dios (אֱלֹהִים, *'El*) es el Señor verdadero y vivo (יְהוָה, *YHWH*), que se sienta en Su trono muy por encima de la tierra. ¿Quién puede abstenerse de pensar en Su grandeza, Su soberanía y Su supremacía?

Este Dios es un **Rey grande sobre todos los dioses**. No es el Dios más grande de todas las multitudes de dioses inventados; Él es el único Dios real entre todos los «dioses» que han sido imaginados. Es el único Rey, el que reina sobre todos los seres e ideas, sean estas entidades o

pensamientos verdaderos o falsos.

Versículos 4, 5. Este gran Rey es el Gobernante sobre toda la tierra. **Porque en su mano están las profundidades de la tierra.** Él controla, o sostiene en Su «mano», los lugares profundos de la tierra, lugares a los que sólo se puede llegar mediante un gran esfuerzo, como cavar e investigar. (Vea Job 38.16; Jer 31.37.) La palabra para «profundidades» es מְחֻקָּר (*mechqar*), que aparece aquí como una palabra plural que enfatiza lugares vírgenes, es decir, partes oscuras de la tierra.

Y las alturas de los montes son suyas. En lugar de «las alturas de los montes», la KJV consigna «la fuerza de las colinas». La palabra תְּהֻמֹת (*tho^apoth*) se parece más a «lugares altos», «alturas» o «eminencias».

Las «alturas de los montes» y «las profundidades de la tierra» no son dominio de la raza humana, ya que no podemos habitarlas ni desarrollarlas plenamente. Son exclusivamente de Dios. Su gloria le pertenece sólo a Él; Éste los conoce y los controla. Dios es el Gobernante cuyo dominio se extiende por todo el mundo, desde los lugares profundos de la tierra hasta las cumbres áridas de las montes.

El autor, en su himno de alabanza, se traslada desde las profundidades de la tierra y desde las cimas de los montes hasta el mar y la tierra firme. Él canta: **Suyo también el mar, pues él lo hizo.** Las vastas masas de agua están bajo la soberanía de Dios en un doble sentido: Él no sólo las creó para el uso del hombre, también las controla. **Y sus manos formaron la tierra seca.** Dios habló y los cuerpos de «tierra» del mundo comenzaron a existir. Sus manos los «formaron» (יָצַר, *yatsar*) como se moldearía y daría forma a una pieza de cerámica. Él moldeó a Adán de esta manera; y como el todopoderoso Alfarero, moldeó la tierra de manera similar. En el tercer día de la creación, Dios ordenó: «Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco» (Gn 1.9). Después de ordenar esta reunión de aguas, «Dios llamó a lo seco tierra, y a la reunión de las aguas llamó mares» (Gn 1.10).

«VENID, ADOREMOS» (95.6, 7a)

⁶Venid, adoremos y postrémonos;
Arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor.
⁷Porque él es nuestro Dios;

Nosotros el pueblo de su prado, y ovejas de su mano.

Versículo 6. La contemplación del poder y la actividad creativa de Dios genera asombro, amor y adoración gozosa. El autor, en este punto, hace otra exhortación a sus lectores a confesar a Dios como el Dios verdadero que señorea supremamente sobre todo lo que ha creado. **Venid, adoremos y postrémonos.** Él invita a los adoradores a presentarse ante Él con humildad y reverencia, adorándolo con corazones confiados y obedientes.

Se dan dos mandamientos: «adoremos» y «postrémonos». La palabra «adoremos» proviene de חָוָה (*chawah*), que tiene el significado básico de «declarar». En la adoración, hemos de expresar, articular y enunciar adoración por los atributos perfectos de Dios. La segunda parte de la convocatoria tiene que ver con la reverencia. En la adoración, hemos de «postrarnos» (כָּרַע, *kara'*) delante de Él. Esta palabra va más allá de la postura física; en su amplitud, se convierte en una representación figurativa del reconocimiento de nuestra debilidad y de Su grandeza cuando nos presentamos delante de Él.

Arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor. «Arrodillarse» ante Dios expresa el respeto, la sumisión, la contrición y la apertura de nuestro corazón a Su ser y naturaleza que debe caracterizar a todos los que le rinden adoración. ¿Cómo se acerca alguien a su «Hacedor»? Se arrodilla en su corazón ante Él. Dios no sólo creó la tierra, también creó a Israel como Su nación y formó a cada individuo de la tierra. Su pueblo es obra de Sus manos y del amor de Su corazón.

Versículo 7a. Volviéndose aún más personal, el cántico se traslada a la atribución sincera de cada adorador. **Porque él es nuestro Dios.** No sólo es un *gran* Dios, también es *nuestro* Dios. Él es «nuestro» en el sentido de que Él nos ha elegido y nosotros le hemos elegido a Él. **Nosotros el pueblo de su prado, y ovejas de su mano.** Dios es nuestro Pastor. Él nos alimenta y nos guía. Comemos de «su mano», mientras pastamos en «su prado». Él hizo Su mundo para que nosotros no sólo vivamos en él y lo supervisemos, sino también para que seamos nutridos. No nos hizo para Su mundo; hizo Su mundo para nosotros. Él vive para nosotros y nosotros vivimos para Él. En estas frases están representados los conceptos de propiedad, señorío y liderazgo.

OÍR SU VOZ (95.7b–11)

^{7b}Si oyereis hoy su voz,
⁸No endurezcáis vuestro corazón, como en Meriba,
Como en el día de Masah en el desierto,
⁹Donde me tentaron vuestros padres,
Me probaron, y vieron mis obras.
¹⁰Cuarenta años estuve disgustado con la nación,
Y dije: Pueblo es que divaga de corazón,
Y no han conocido mis caminos.
¹¹Por tanto, juré en mi furor
Que no entrarían en mi reposo.

Versículo 7b. Dios ahora se convierte en el hablante y el salmo se convierte en un oráculo. Él le da una advertencia a Su pueblo, recordándoles a aquellos que confían en Él que no cometan el mismo error que cometió Israel en el desierto. Atrayendo atención solemne con un prefacio, Él dice: **Si oyereis hoy su voz.** El deber del hombre ante Dios implica no sólo adoración sino también obediencia. La primera obligación se hace evidente en la primera parte del salmo (vv. 1–7a), y la segunda se da en esta sección final (vv. 7b–11). La adoración se vuelve aborrecible para Dios cuando surge de corazones desobedientes y rebeldes. (Vea Pr 28.9; Is 1.11.)

Dios le habla a Su pueblo y estos tienen que decidir si lo escucharán o no. Si eligen ser siervos sumisos, serán bendecidos; si no escuchan Su voz, no se les permitirá entrar en Su alabanza ni en Su reposo.

Versículo 8. Mientras Dios habla, le recuerda a Su pueblo el pasado mediante ilustraciones. **No endurezcáis vuestro corazón, como en Meriba, como en el día de Masah en el desierto.** «Meriba» quiere decir «contienda» y «Masah» quiere decir «tentación». La KJV ha consignado «Meriba» y «Masah» como sustantivos comunes, no como nombres propios, traduciéndolos como «provocación» y «tentación»: «No endurezcáis vuestro corazón, como en la provocación, y como en el día de la tentación en el desierto».

Los topónimos «Meriba» y «Masah» aluden al mismo incidente, según Éxodo 17.7. Para edificación del lector, se cita un episodio en el que los israelitas endurecieron sus corazones o se negaron a hacer lo que Dios había ordenado. La obediencia y la adoración están inseparablemente conectadas entre sí.

Versículo 9. ¿Qué pasó en Meriba o Masah? Dios dijo: **Donde me tentaron vuestros padres, me probaron, y vieron mis obras.** Mientras avanzaban por el desierto, la infidelidad de los israelitas «probó» a Dios y Su bondad. Tentaron a Dios con su insistencia rebelde en que Él cumpliera inmediatamente Sus promesas a favor de ellos. En el momento en que le hicieron tal demanda a Dios, Éste estaba en el proceso de obrar Su misericordia y reprimenda contra ellos. No los había olvidado. En el momento de la queja de ellos, Él estaba actuando a favor de ellos con gracia y sabiduría. Pese a que habían sido testigos del poder y las provisiones de Dios en el pasado, decidieron olvidar lo que habían visto y actuaron como si Dios fuera descuidado en la supervisión de sus necesidades. Creían que Él no tenía en mente sus intereses y que conocían una mejor manera de cómo Él debía de manifestar Su cuidado por ellos.

Versículo 10. Los israelitas no sólo fracasaron en Meriba, sino que su falta de confianza continuó exhibiéndose en sus posteriores peregrinaciones por el desierto. Con el tiempo, su actitud desconfiada se convirtió en una pesada carga para Dios. **Cuarenta años estuve disgustado con la nación, y dije: Pueblo es que divaga de corazón, y no han conocido mis caminos.** Debido a que ignoraron Su bondad, Dios finalmente estuvo «disgustado» (קִי, *qut*) con ellos. Estaba profundamente «triste» en Su corazón por ellos, como consigna la KJV. La devoción del pueblo se había corrompido. Se habían alejado de Dios y se habían convertido en un pueblo de corazones malvados y descarriados. No habían caminado en línea recta delante de Él. Se habían extraviado desviándose de la verdad de Dios. La palabra hebrea para «divaga» (הִתְאַחַח, *tha'ah*) está en forma participial y transmite estar o continuar en un estado de error. Habían pensado poco en lo que Dios había dicho y hecho. Desobedientes a Él, habían vivido sin ningún compromiso verdadero con Sus «caminos». Se habían considerado seguidores de Dios; sin embargo, no habían seguido ni «conocido» realmente, en ningún estilo de vida consecuente, Sus caminos.

Versículo 11. Habiendo ignorado los mandamientos de Dios, fueron rechazados por Él; Dios tuvo que hacer caer sobre ellos Su justo juicio, y dijo: **Por tanto, juré en mi furor que no entrarían en mi reposo.** La frase «por tanto» es una palabra clave aquí. La rebelión trajo rechazo, y Dios no podía permitirles entrar en Su «reposo» (מְנוּחָה, *m^enuchah*), la tierra de Canaán. Si hubieran

entrado en la Tierra Prometida, habrían reposado o recibido un hogar permanente en lugar de sus peregrinaciones nómadas. Habrían gozado de una «llegada» de su viaje fuera de Egipto, de dejar de estar sin tierra que pudieran considerar propia.

Cuando este pasaje es aplicado a los cristianos en Hebreos, se refiere al reposo superior que experimentaremos en el cielo. Según el autor, si los cristianos a los que se dirigía no tuvieran cuidado, ellos, al igual que sus antepasados, se perderían de la recompensa final que les esperaba.

La advertencia dada en Hebreos 3.7–11, 15 es reintroducida en Hebreos 4.7 con las palabras «diciendo [...] por medio de David». La idea en la frase podría haber sido que esta cita provenía de Salmos, un libro que en términos generales puede designarse como «las palabras de David». Puede que el autor lo haya visto de esta manera porque reconoció a David como uno de los autores prominentes del libro y como el compilador inicial del libro. Considerándolo desde otro punto de vista, la LXX se refiere a David en su sobrescrito: Αἶνος ᾠδῆς τῷ Δαυιδ (*ainos ōdēs tō Daudid*). Este salmo, dice el título, es un himno de alabanza «por» («para» o «a») David. Bien podría ser que David escribiera este salmo y luego el salmo fuera adaptado al entorno de adoración del templo en el período del exilio. Quizás se hizo de manera similar a como hemos adaptado este cántico a nuestra adoración. Si tal es el caso, sería apropiado referirse a su autoría como perteneciente a David. Parece que la frase del Espíritu Santo «diciendo por medio de David» está atribuyendo algún tipo de autoría davídica al salmo.

Aunque se trata de un himno de alabanza, termina con una nota triste. Dios lo concluye con Su discordante declaración de que los infieles no entrarán en Su reposo. Por medio de este cántico, el Espíritu Santo está inculcando a quienes adoran a Dios la absoluta importancia de la obediencia. Termina este salmo de adoración con una fuerte amonestación, enfatizando que nadie que camine con Él puede tratar a la ligera Su exigencia de seguir Su Palabra con un corazón confiado.

APLICACIÓN

En el momento de la alabanza

El salmo menciona características específicas de la adoración a Dios. Es bueno para nosotros que nos lleven directamente al «cómo» de la alabanza.

Nuestra alabanza a Dios ha de ser una acción gozosa

y feliz. La invitación en el primer versículo de este salmo trata sobre el gozo de la adoración: «Venid, aclamemos alegremente a Jehová; cantemos con júbilo a la roca de nuestra salvación». Obviamente, a Dios no le impresiona que Su pueblo vea la adoración de Su nombre como una experiencia problemática o triste. Cuando pensamos en quién es Dios, lo que ha hecho y la naturaleza generosa de Su cuidado, el gozo y la felicidad fluyen de nosotros cuando comenzamos a alabarlos.

La adoración ha de ser exuberante y expresiva. La verdadera adoración requiere la participación de nuestra mente y espíritu. Las acciones de Dios nos tocan profundamente. Debido a esto, nuestra alabanza a Dios surge de nuestro ser más íntimo y es expresada por los mejores y más puros de nuestros pensamientos y energías. La adoración a Dios no sólo llega con nuestros labios, sino también con la totalidad de nuestra personalidad.

No se puede dar adoración de este tipo sin ser agradecidos. Una de las principales obligaciones del hombre para con Dios es estar agradecido por lo que Él ha hecho por nosotros. ¡Cuán razonable y apropiado es que un cristiano le diga a otro: «Lleguemos ante su presencia con alabanza; aclamémosle con cánticos» (v. 2)! No se debe ofrecer ninguna adoración a Dios sin una sincera acción de gracias. Los adoradores deben agradecerle a Dios por lo que ya les ha dado antes de pedirle cualquier otra bendición.

La adoración ha de ser reverente, porque reconoce la grandeza del Rey que nos está recibiendo. Al acercarnos ante Él, nos vemos obligados a recordar que Él es el Rey de todos los reyes y Dios de todos los dioses (v. 3). Como el único Dios verdadero, creó todas las cosas y tiene todo lo que ha hecho en Sus manos. Desde lo más profundo de la tierra hasta su cumbre más alta, desde el valle más profundo del mar hasta la cima más alta de la montaña, Dios señorea. Él nos creó, nos salvó y nos satisfizo. «Él es nuestro Dios; nosotros pueblo de su prado y ovejas de su mano» (v. 7).

En su fundamento, nuestra alabanza brota de corazones obedientes. El pueblo de Dios no lo alaba para poder salirse con la suya. No acuden a Él como niños pequeños que intentan halagarlo o manipularlo para que les dé lo que deseen. Él es Dios, el Dios verdadero y justo, que nunca ha pecado y nunca ha enviado una sola tentación a nadie. Su voluntad es perfecta, misericordiosa y siempre la mejor para Su pueblo. Tenemos que acudir a Él con corazones rendidos, buscando

alabar, agradecerle y ser uno con Él.

La adoración y la obediencia son las experiencias y responsabilidades más elevadas del hombre. ¡Ningún humano se eleva más que cuando está arrodillado delante de Dios! Nadie puede dedicarse a una actividad mayor que reconocer, adorar y alabar a Dios.

Los errores en Meriba

Una persona no podría recibir mayor elogio que el que Dios mencione su conducta como un ejemplo a seguir para otros; y no podría recibir mayor reprensión que la de Dios señalándolo y diciendo: «Ese es una tragedia. Míralo y aprende de él sobre lo que no debes hacer».

El antiguo Israel se convirtió en un ejemplo de cómo desagradar a Dios. En este salmo se cita a Dios diciéndoles: «No endurezcáis vuestro corazón, como en Meriba, como en el día de Masah en el desierto, donde me tentaron vuestros padres, me probaron, y vieron mis obras» (vv. 8, 9).

¿Qué fue lo que hizo Israel que provocó un juicio tan hiriente de parte del Señor?

Se quejaron. Mientras los israelitas viajaban hacia el monte Sinaí, llegaron a Refidim. Al no encontrar agua allí, «... altercó el pueblo con Moisés, y dijeron: Danos agua para que bebamos. Y Moisés les dijo: ¿Por qué altercáis conmigo? ¿Por qué tentáis a Jehová?» (Ex 17.2). El pedido de ellos fue más que simplemente pedir un vaso de agua. Fue una queja innecesaria contra Moisés y Dios. El texto continúa con una descripción más completa de la escena, diciendo: «Así que el pueblo tuvo allí sed, y murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?» (Ex 17.3). ¡Uno de los peores pecados de los que puede ser culpable el corazón humano es acusar a Dios de ser cruel e indiferente con Sus hijos!

Egoístas. En lugar de mirar el diseño de Dios para ellos, estas personas se concentraron en su sed. Su deseo de agua borró su imagen del liderazgo misericordioso de Dios sobre Su pueblo. Él los estaba preparando para un mayor servicio como Su nación, sin embargo, ellos estaban preocupán-

dose por la falta de humedad en sus lenguas. Su respuesta recuerda a un equipo de atletas que se quejan de los rigores de su entrenamiento. En lugar de murmurar, debían alegrarse de que van a estar bien preparados para la competencia.

Incrédulos. En lugar de confiar en el cuidado de Dios por ellos, probaron y tentaron a Dios, sometiéndolo a una prueba extrema e innecesaria. Debido a su temperamento, este lugar fue llamado «Meriba» y «Masah» (v. 8), que querían decir «prueba» y «tentación». Si sólo hubieran pensado en ello, habrían llegado a la conclusión de que Dios no tendría problemas para proporcionar agua a esta multitud de personas. No tuvo dificultad en convertir las aguas del Nilo en sangre durante las plagas, y no tuvo problema en hacer retroceder las aguas del mar Rojo para que pudieran cruzar en tierra firme. Israel había visto Sus maravillas en el pasado y deberían haber confiado en que Él las proveería en Su propio tiempo y a Su manera. En el momento de la prueba, no confiaron en la bondad de Dios y clamaron de incredulidad.

Desobedientes. Los israelitas, tanto como multitud como individualmente, le pertenecían a Dios. Habían sido redimidos por Su mano y habían de vivir según Sus palabras y confiar en Su cuidado. Sin embargo, en Refidim se negaron a escucharlo. Endurecieron sus corazones negando la preocupación de Dios por ellos y rechazando Su plan para ellos.

Cada persona y cada nación tiene que tomar la decisión de seguir el camino de la obediencia o el camino de la voluntad propia. La única manera de entrar en el camino de la desobediencia es elegir hacerse sordos a las instrucciones de Dios. En el fondo, esta respuesta constituye un endurecimiento del corazón para con Dios.

Dios ruega que las personas de Su creación lo sigan. Con Sus palabras «si oyereis hoy su voz» (v. 7c), nos invita a llevar una vida de obediencia. O humillaremos nuestros corazones ante Dios o los endureceremos para con lo que Él dice. La humildad conduce a la obediencia, y el endurecimiento del corazón conduce a la clase más trágica de desobediencia.

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).